

WILLA CATHER

*Sapphira y la joven esclava*

*Traducción de Alicia Frieyro*



Lectulandia

Publicada en 1940, *Sapphira y la joven esclava* es la última novela que Willa Cather escribió antes de morir. Representa, pues, su testamento literario y un regreso a los escenarios de su infancia, en un retrato retrospectivo del viejo Sur que se desvanece, con el telón de fondo de la esclavitud y su progresiva abolición.

Black Creek Valley, Virginia, 1856. Sapphira Colbert es una de las pocas propietarias que mantienen esclavos en sus tierras. Una práctica que su marido, Henry, considera cada vez más difícil de defender. Sapphira, matriarca implacable, confinada a una silla de ruedas, maneja con mano de hierro la propiedad con ayuda de su fiel criada negra, Till, y de la hija de esta, la joven y bella Nancy. Henry es dueño de un molino, pero no solo trabaja en él, sino que duerme allí cada vez que puede ya que su matrimonio constituye una mera formalidad. La vida de Sapphira es monótona. Tiene mucho tiempo para pensar, y cuando descubre que su marido desea que solo sea Nancy quien ordene su habitación en el molino, empezará a sospechar de ellos y su ira hará que se desate un enorme poder de resentimiento contra la niña esclava.

Lectulandia

Willa Cather

# Sapphira y la joven esclava

ePub r1.0

Titivillus 12.09.15

Título original: *Sapphira and the Slave Girl*

Willa Cather, 1940

Traducción: Alicia Frieyro

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## 1

Henry Colbert, el molinero, desayunaba siempre con su esposa; más allá de esto, sus apariciones en la mesa familiar eran irregulares. A la caída de la tarde, cuando llegaba la hora de la cena, solía demorarse en el molino. No obstante, siempre se disponía un servicio para él en la mesa, y él podía acudir o bien mandar a uno de los peones de molino para que le llevase una bandeja de la cocina. Al ama, sin embargo, se la servía puntualmente. Y ella jamás preguntaba por su marido ni por dónde paraba.

En esta mañana de marzo de 1856, a las ocho en punto, Colbert entró en el comedor. Venía del molino, donde ya llevaba dos horas trajinando, si no más. Le dio a su esposa los buenos días, expresó su deseo de que hubiese dormido bien y tomó asiento en el butacón de respaldo alto situado en el extremo opuesto de la mesa, frente a ella. Un anciano de color, con el pelo blanco y una chaqueta de algodón a rayas, le trajo el desayuno. El ama sirvió el café de una cafetera de plata que descansaba sobre cuatro patitas curvadas. La porcelana era de la mejor calidad (como todas las cosas que el ama poseía), sorprendentemente fina para tratarse de la mesa de un molinero rural de los bosques de Virginia. Ni el molinero ni su esposa eran nativos de la zona: procedían de un condado mucho más próspero, al este de Blue Ridge. Constituían una pareja peculiar para Back Creek, si bien hacía ya más de treinta años que vivían aquí.

El molinero era un hombre de porte robusto y poderoso, cuya estatura se correspondía con su peso. Lucía una abundante mata de pelo negro, todavía húmeda de haberse lavado la cara y la cabeza antes de subir a la casa; se había pasado los dedos por el pelo, que se le veía de punta y algo ahuecado. Tenía una cara rellena, cuadrada y ostensiblemente rubicunda; un curtido bronceado le otorgaba un tono marrón rojizo, como el de un oporto añejo. Iba completamente afeitado, algo nada habitual en un hombre de su edad y posición. Como excusa, aducía que la barba de un molinero se cubría de polvo de harina y que cuando el sudor le resbalaba por el rostro, la harina se mojaba y le dejaba la barba grumosa. Su semblante lo definía como un hombre de carácter recto, franco y decidido. Solo sus ojos resultaban inquietantes: oscuros y graves, rehundidos bajo un ceño cuadrado y poblado. Aquellos ojos, reflexivos, casi soñadores, parecían desentonar con el simple vigor de su cara. De haber nacido mujer, las largas pestañas le habrían granjeado más de una conquista.

Colbert dirigía su molino con tesón. Es más, podía decirse que se dejaba la vida en él. Se le conocía por ser justo en los tratos, y se había ganado la confianza de una

comunidad en la que ingresó como un forastero. Pero igual que se había ganado la confianza, contaba con escasas simpatías entre sus vecinos. La gente de Back Creek y de Timber Ridge y de Hayfield no olvidaba jamás que Colbert no era uno de los suyos. Era callado y poco comunicativo (un rasgo que les desagradaba en extremo), y la ausencia de acento sureño en él equivalía casi a un acento extranjero. Su abuelo había emigrado desde Flandes. Henry había nacido en el condado de Loudoun y en su vecindario todos eran colonos ingleses. Así que hablaba la misma lengua que ellos. La hablaba con claridad y rotundidad, y en Back Creek esa no era una forma de hablar del todo amable.

Su esposa también hablaba distinto a la gente de Back Creek; pero todos se hacían cargo de que en tanto mujer y heredera estaba en su derecho a hacerlo. Su madre había llegado desde Inglaterra, y aquel era un hecho que ella se cuidaba de tener siempre presente. De qué modo acabaron viviendo estas dos personas en la Granja del Molino es una larga historia; demasiado larga para un cuento de mesa de desayuno.

El molinero bebió su primera taza de café en silencio. El anciano negro permanecía de pie detrás de la silla del ama.

—Puedes retirarte, Washington —dijo ella por fin. Mientras servía otra taza de café de la cafetera con sus tumefactas manos blancas, se dirigió a su marido—: El mayor Grimwood estuvo ayer aquí, iba de camino a Romney. Tendrías que haber subido a saludarle.

—No podía dejar el molino en ese momento. Tenía unos clientes que habían venido desde muy lejos con su grano —replicó él con seriedad.

—Si tuvieras un capataz como todo el mundo, dispondrías de tiempo suficiente para mostrarte cortés con las visitas importantes.

—¿Y descuidar mi negocio? Sí, Sapphira, sé todo lo que hay que saber sobre esos capataces. Así es como se hace en el condado de Loudoun. El jefe manda al capataz, el capataz manda a su negro de confianza y es el negro de confianza quien manda a los demás. No olvides que soy el primer molinero de la zona que consigue ganarse la vida con esto.

—Y bien humildemente que vives, sí, todo hay que decirlo —añadió su esposa con una risita indulgente—. Y hablando de negros, el mayor Grimwood me dice que su esposa anda necesitada de una chica mañosa. Él sabe que mis criados están bien enseñados, y le gustaría quedarse con uno.

—Pues lo primero que necesita saber es que tú enseñas a tus criados para tu uso personal. Nosotros no vendemos a nuestra gente. ¿Puedes llamar y pedir un poco más de beicon? Me muero de hambre esta mañana.

Ella hizo sonar una pequeña campanilla. Washington trajo el beicon y volvió a ocupar su lugar detrás de la enorme y aparatosa silla de su ama. Ella, sin dirigirle la palabra esta vez, estiró la mano en dirección a la puerta. El anciano se escabulló rápidamente con un ruidoso chancleteo.

—Por supuesto que no vendemos a nuestra gente —convino ella con voz melosa—. Desde luego que nunca pondríamos a ninguno en venta. Pero complacer a los amigos es otra cosa. Y tú mismo has dicho más de una vez que no quieres interponerte en el camino de nadie. Vivir en Winchester, en una mansión como la de los Grimwood... Bueno, cualquier negro se lanzaría para atrapar al vuelo una oportunidad como esa.

—No nos sobra ninguno, exceptuando alguno que otro que el mayor Grimwood no querría. Se lo diré.

—Pero está Nancy —prosiguió la señora Colbert con su voz melosa y considerada—. Podría prescindir de ella perfectamente para complacer a la señora Grimwood, y no creo que la chica pudiese encontrar un lugar mejor. Sería una excelente oportunidad para ella.

El rostro del molinero adquirió un tono encarnado que le llegó hasta las raíces de su espesa mata de pelo. Los ojos parecieron hundírsele todavía más bajo su poblado ceño, a la vez que miraba a su esposa de hito en hito. Su mirada parecía decir: «Veo lo que hay detrás de todo esto, lo veo hasta el fondo». Ella no buscó su mirada. Contemplaba absorta y pensativa la cafetera.

Su marido apartó el plato.

—¡Nancy menos que nadie! Su madre está aquí, también la vieja Jezebel. Su gente lleva con tu familia más de cuatro generaciones. No has enseñado a Nancy para que le aproveche a la señora Grimwood. Nancy se queda.

La gelidez, esa cualidad que tan eficaz le resultaba con los criados, inundó la voz de la señora Colbert cuando contestó a su esposo.

—No hace falta ponerse nervioso, Henry. Como bien dices, su madre y su abuela y su bisabuela han sido todas negras de los Dodderidge. Me parece, por tanto, que yo debería poder disponer del futuro de Nancy. Su madre estaría de acuerdo conmigo. Sabe que una criada digna de una señora jamás podrá aprender el oficio en estos parajes sin civilizar.

El ceño del molinero se ensombreció.

—No puedes venderla sin que yo estampe mi nombre en el contrato de venta. Y jamás lo haré. Se diría que no fuiste consciente, cuando llegamos aquí por primera vez, de lo mucho que se nos criticó por la tropa de negros que traías. Este no es un vecindario de esclavistas. Si vendieses a una buena chica como Nancy a Winchester, la gente de por aquí te lo echaría en cara, no lo dudes. Dirían cosas muy feas...

La boca de la señora Colbert se torció. Luego dedicó a su esposo una sonrisa tolerante, llena de malicia.

—Nos han criticado antes, Henry, y hemos sobrevivido. Ya lo hicieron, y de qué manera, cuando la negra Till dio a luz a una criatura de piel amarilla después de que dos de tus hermanos pasaran tanto tiempo en la zona. Unos se la adjudicaron a Jacob, otros a Guy. ¿No será que profesas algún tipo de sentimiento familiar hacia Nancy?

—Sapphira, sabes perfectamente que el responsable fue aquel artista de

Baltimore.

—Quizá. Sea como fuere, conseguimos los retratos, y puede que hasta una bonita niña amarilla por el mismo precio. —La señora Colbert se rio discretamente, como si la idea la divirtiese e incluso la agradase bastante—. Till estaba en su derecho, obligada como estaba a vivir con el viejo Jeff. Jamás se lo eché en cara...

El molinero se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Un momento, Henry. —Él había empezado a darse la vuelta, pero ella le invitó a regresar con un gesto—. En serio, no pretenderás impedirme que me deshaga de uno de mis propios sirvientes, ¿verdad? Firmaste cuando Tom y Jake y Ginny y los demás regresaron.

—Sí, pero porque regresaban con los suyos, y al lugar donde nacieron. Jamás firmaré por Nancy.

Los ojos azul pálido de la señora Colbert siguieron a su marido cuando este salía por la puerta. Su pequeña boca se torció en un gesto burlón.

—Entonces, tendremos que buscar otra forma... —se dijo en voz baja.

Pasados unos instantes hizo sonar la campanilla para requerir la presencia de Washington. Cuando este se presentó, ella no dijo nada. Estaba perdida en sus pensamientos. Apoyó las manos en los brazos de la silla cuadrada de alto respaldo en la que estaba sentada, y el anciano se apresuró a abrir las dos hojas de la puerta. Luego apartó de la mesa la silla del ama, recogió el cojín sobre el que habían estado reposando sus pies, se lo encajó bajo el brazo y, con solemnidad, salió del comedor empujando la silla, que resultaba estar montada sobre unas ruedecillas, y la hizo rodar a lo largo del extenso pasillo hasta la alcoba de la señora Colbert.

El ama sufría hidropesía y no podía caminar. Todavía alcanzaba a recibir de pie a las visitas: los vestidos le llegaban hasta el suelo y ocultaban la deformidad de sus pies y de sus tobillos. Era cuatro años mayor que su esposo —y detestaba que así fuera—. Esta afección resultaba tanto o más cruel cuanto que ella había sido una mujer muy activa y había dirigido la granja con el mismo celo con el que su marido dirigía ahora su molino.



A la misma hora que Sapphira Dodderidge Colbert abandonaba la mesa del desayuno en su silla de ruedas, una mujer menuda y robusta, tocada con una capota y portando un pesado chal sobre el vestido de percal recién planchado, cruzaba los prados por un estrecho sendero que conducía a la Casa del Molino desde la carretera. Tendría unos treinta y seis o treinta y siete años, aunque parecía mayor, y guardaba tanto parecido con Henry Colbert que no resultaba difícil adivinar que se trataba de su hija: la cabeza, con el mismo porte apesadumbrado pero resuelto al mismo tiempo; la cara ancha, tan tostada; y aquella nariz carnosa con la punta profundamente remachada. Tenía los ojos graves y oscuros del molinero, rehundidos también bajo una ancha frente.

Tras dejar atrás la escalerilla que salvaba la cerca de la Casa del Molino, la señora Blake tomó el sendero que conducía a las cabañas de los negros. Tenía que visitar a tía Jezebel, la más anciana de los negros de los Colbert, quien hacía ya un tiempo que no se encontraba bien de salud. A la señora Blake siempre se la requería allí donde medraba la enfermedad. Poseía talento y experiencia como enfermera; de hecho, resultaba de más ayuda a los enfermos que el médico rural, quien no había realizado estudios de medicina en ninguna escuela y en su lugar trataba a sus pacientes siguiendo los dictados del Libro de Medicina de Familia de Buchan.

Cuando le dijeron que tía Jezebel estaba durmiendo, la señora Blake dejó atrás la cocina (separada de la vivienda por unos treinta pies) y entró en la casa por la puerta trasera que empleaban los sirvientes cuando transportaban la comida caliente desde la cocina al comedor en fuentes con tapas de metal. Mientras avanzaba por el largo pasillo alfombrado en dirección a la alcoba de la señora Colbert, escuchó elevarse, enojada, la voz de su madre: una voz enojada pero no alterada, sino cargada, más bien, de frío y burlón desdén.

—¡Deshazlo ahora mismo! Sabes hacerlo perfectamente. ¡He dicho que lo deshagas! Las horquillas no sirven de nada. ¡Me haces daño, burra!

Entonces llegó hasta sus oídos un chasquido, y de nuevo otro, y otro más: el sonido de la parte posterior de madera de un cepillo golpeando la mejilla o el brazo de alguien. La fina línea que dibujaban los labios de la señora Blake se estrechó todavía más cuando llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó la misma voz con tono imponente.

—Solo soy yo, Rachel.

Cuando la señora Blake abrió la puerta, su madre se dirigió con frialdad a una muchacha agazapada junto a su silla.

—Ahora puedes retirarte. Y cuando vuelvas, procura que sea con mejor disposición.

La muchacha pasó como una exhalación junto a la señora Blake sin emitir el menor sonido, apartando el rostro y con los hombros encogidos.

La señora Colbert, en su silla de ruedas, estaba sentada ante un tocador con un espejo de marco dorado. Llevaba sobre los hombros un peinador blanco que arrojó a un lado al entrar su hija.

—Acércate una silla, Rachel. Llegas pronto. —Hablaban con cortesía, pero era evidente que había querido decir «demasiado pronto».

—Sí, llego antes de lo que tenía pensado. He pasado a ver a la vieja Jezebel, pero estaba durmiendo, así que he entrado directamente.

La señora Colbert sonrió. Siempre le divertía que la gente obrara de forma tan previsible. En vez de molestar a una negra enferma, Rachel había venido a molestarla a ella a la hora de su aseo personal, momento en el que era bien sabido por todos que no aceptaba visitas de nadie. ¡Qué típico de Rachel!

Hasta donde la señora Blake alcanzaba a ver, el pelo gris y castaño de su madre estaba en perfecto estado. Lo llevaba peinado hacia arriba desde el cuello, con una trenza recogida en un rodete plano sobre la coronilla, y sendas alas onduladas le caían a ambos lados de la frente.

—Puedes sacarme una cofia limpia del cajón de arriba, Rachel. Detesto lucir una cabeza desaliñada de buena mañana. Gracias. Ya me lo arreglo yo. —Se prendió el diminuto tocado de lazo y muselina almidonada sobre el rodete plano—. Y ahora —dijo, afable— puedes girarme un poco para que te vea.

La silla estaba tallada en nogal, con el respaldo de mimbre y los brazos ligeramente curvados hacia abajo. Se trataba de una de las sillas del comedor, modificada para ella por el señor Whitford, el carpintero y fabricante de ataúdes rural. Whitford la había acolchado y dispuesto sobre una plataforma de nogal con unas ruedecillas de hierro debajo. La señora Blake la giró de modo que su madre estuviera al sol y de cara a las ventanas que daban al este, en lugar de mirando al espejo.

—Bien, supongo que es una buena señal que Jezebel pueda dormir tanto, ¿no te parece?

La señora Blake sacudió la cabeza.

—Till no consigue hacerla comer. Cada día que pasa está más débil. No durará mucho.

La señora Colbert sonrió con malicia ante la expresión solemne de su hija.

—Ha conseguido durar un tiempo más que considerable: algo más de noventa años. A mi no me gustaría vivir tanto, ¿y a ti?

—No —admitió la señora Blake.

—Entonces no veo la necesidad de poner caras largas. Ha estado bien atendida en su vejez y en su última enfermedad. Tengo intención de salir e ir a visitarla; puede que hoy mismo. Rachel, tengo aquí una carta de mi hermana Sarah que debo leerle.

La señora Colbert sacó sus anteojos de una bolsa de redecilla prendida al brazo de la silla. Leyó la carta procedente de Winchester prácticamente con la única intención

de poner fin a su conversación. Sabía que su hija había oído cómo reprendía a Nancy y sabía también que ahora la iba a mirar con mala cara y con reproche. Como nunca había dispuesto de sirvientes de su propiedad, Rachel no tenía ni idea de cómo tratarlos. Siempre fue una muchacha difícil, rebelde hacia unas costumbres bien arraigadas que satisfacían a los demás. De modo que para la señora Colbert supuso un auténtico alivio casarla y tenerla fuera de casa a los diecisiete años.

Durante la lectura de la carta, la señora Blake permaneció sentada, contemplando a su madre y pensando en el buen aspecto que tenía a pesar de llevar casi cinco años aquejada de hidropesía. Había de reconocer que la enfermedad le había arrebatado todo su color. Ahora siempre estaba pálida y, por las mañanas, amanecía con la cara un tanto hinchada bajo los ojos. Pero los ojos en sí eran cristalinos, de un vívido azul verdoso, sin profundidad. Su rostro resultaba agradable, incluso muy atractivo para aquellos a quienes no irritara la leve sombra de plácida autoestima. Soportaba su discapacidad con coraje. Rara vez se refería a ella, y ocupaba su tosca silla de inválida como si de un asiento de privilegio se tratara. Podía sostenerse de pie con gracia cuando recibía visitas y podía caminar hasta el retrete privado de detrás de su alcoba del brazo de su criada. Su habla, al igual que su caligrafía, era más cultivada de lo habitual en ese distrito rural. Su hija percibía en ocasiones una suerte de falsa afabilidad en su voz. Y, sin embargo, reflexionó mientras escuchaba la lectura de la carta, no tenía casi nada de falso: era la única afabilidad de la que su madre era capaz; una afabilidad no del todo cálida.

Cuando la señora Colbert hubo finalizado la lectura, la señora Blake habló con mucha efusividad.

—Una carta fabulosa, sin duda. Tía Sarah siempre escribe buenas cartas.

La señora Colbert se retiró los anteojos y miró a su hija con una sonrisa traviesa.

—¿No te molesta que se burle un poco de tus baptistas?

—No. Está en su derecho. Jamás me habría unido a los baptistas si hubiese podido acudir a nuestra Iglesia en Winchester. Pero el cuerpo necesita un lugar de culto. Además, los baptistas son gente buena.

—Eso opina tu padre. Claro que a él nunca le ha importado mezclarse con gente corriente. Digo yo que forma parte del oficio de molinero.

—Sí, la gente corriente de por aquí necesita harina de trigo y de maíz, y solo hay un molino donde obtenerlas.

La señora Blake pronunció estas palabras con un tono bastante cortante. Y estaba pensando que no debería haber utilizado aquel tono, cuando su madre le habló de forma inesperada y con bastante indulgencia:

—Bueno, Rachel, desde luego que tú sí que has sido una buena amiga para ellos.

La señora Blake se despidió de su madre y se alejó rápidamente por el pasillo. En ocasiones tenía que defender la fe que llevaba en su interior. Una fe que no se centraba tanto en los baptistas como secta (ella todavía leía su Libro de Oración<sup>[1]</sup> todos los días), sino en ellos como hombres y mujeres de buena voluntad.

Al salir de la casa por la puerta trasera, vio la puerta del lavadero abierta y a Nancy a la tabla de planchar en su interior. Se desvió de su camino y entró en la caseta del lavadero.

—Vaya, Nancy, ¿cómo te va? —Acostumbraba a hablar a la gente de la condición de Nancy con una resuelta jovialidad que no siempre sentía.

La muchacha de piel amarilla sonrió con deleite, mostrando todos sus blancos dientes.

—Muy bien, señora, muy bien. Oh, siéntese, haga el favor, señorita Blake. —Arrastró una silla que tenía el respaldo roto hasta un espacio que quedaba abierto ante la tabla de planchar. Los ojos se le iluminaron con entusiasmado afecto, si bien los párpados todavía estaban enrojecidos de haber llorado.

—Continúa con la plancha, niña. Lo último que quiero hacer es entretenerte... ¿Es esa una de las cofias de Madre? —Y señaló un gurrño de encaje húmedo que descansaba sobre la sábana blanca.

—Sí, señora. Esta es una de las que se pone para las visitas. Me gusta tenerlas bonitas. —Sacudió la pelota de arrugado encaje, sopló sobre ella y empezó a pasar una plancha diminuta sobre los frunces—. Esta es una plancha de niña. Me la conseguí de la señorita Sadie Garret. Ella no la usaba para nada, y es de lo más útil para las cofias.

—Sí, ya veo que lo es. Eres buena planchadora, Nancy.

—Gracias, señora.

La señora Blake se quedó observando las finas y hábiles manos de Nancy, tan flexibles que cualquiera habría afirmado que no tenían huesos: parecían comprimibles, como las de una niña. Eran solo un tono más oscuras que su cara. Si sus mejillas eran de color dorado pálido, sus manos eran de ese color que la señora Blake llamaba «oro viejo». Mientras estaba allí sentada, reflexionó sobre el caso de Nancy (las marcas encarnadas del cepillo todavía eran visibles en el brazo derecho de la muchacha) y le sorprendió comprobar lo mucho que le dolía el cariz que estaban tomando las cosas. Nancy había perdido el favor de su ama. Todos estaban al tanto de aquello, pero nadie sabía por qué. Ningún negro que se preciase se quejaba jamás si lo trataban con dureza. Se lo tomaban a broma y se reían entre ellos del trato que recibían, igual que los rudos niños montañeses se reían de los azotes que recibían en la escuela. A Nancy no la habían criado para ser humilde. Hasta hacía muy poco, la señora Colbert había mostrado hacia ella un marcado favoritismo; le daba bonitos vestidos que hicieran destacar su bello rostro, y disfrutaba de su compañía cuando recibía visitas o cuando salía de viaje.

—Bueno, niña, he de irme —dijo la señora Blake al cabo de un rato. Salió del lavadero y paseó entre las viviendas de los negros para contemplar la multitud de junquillos que con sus afilados tallos verdes brotaban de los arriates de delante de las cabañas. No tardarían en florecer. Ella las llamaba «flores de Pascua», pero los negros las llamaban «pipas» porque las flores amarillas brotaban del tallo verde

exactamente con el mismo ángulo que la cazoleta de sus pipas de arcilla con la caña.

La Casa del Molino era de un estilo con el que todos los virginianos estaban muy familiarizados ya que se construyó siguiendo prácticamente el mismo patrón que Mount Vernon<sup>[2]</sup>: a saber, dos plantas, un pronunciado tejado a dos aguas y ventanas abuhardilladas. La casa era una construcción alargada y estrecha, con un porche delantero soportado por pilastras que recorría la fachada de punta a punta. Desde este porche, la extensa pradera de hierba iniciaba un largo descenso hasta una cerca de estacas de madera pintadas de blanco, donde arrancaba el solar del molino. Unos paseos delimitados por setos aseadamente podados discurrían a la sombra de enormes arces de azúcar y de viejas falsas acacias. Todo estaba en orden en la parte delantera: parterres de flores, macizos de arbustos y un cenador cubierto de lilas podadas en forma de arco, bajo el cual podía pasar un hombre de estatura considerable.

A unas diez yardas de la puerta trasera de la casa se encontraba la cocina, que quedaba completamente exenta de la vivienda obedeciendo a la costumbre de la época. Las cabañas de los negros estaban mucho más apartadas. Estas últimas, el lavadero y el enorme ahumadero de dos alturas tenían los muros cubiertos de trepadoras de flor que, en el momento que nos ocupa, empezaban a echar las primeras yemas: enredaderas de Virginia, trompetas trepadoras, candiles, dondiegos de día. La fachada sur de todas las cabañas, sin embargo, se reservaba para la útil calabacera, que crecía más rápido que cualquier otra enredadera y daba flores y fruto al mismo tiempo. En verano, no cesaba de dar enormes flores amarillas cada mañana, incluso después de que la multitud de pequeñas calabazas hubiese adquirido un tamaño tan considerable que costaba creer que la planta pudiese soportar su peso. Las calabazas se dejaban en la viña hasta después de la primera helada; luego se recolectaban y se ponían a secar. Cuando estaban duras, se vaciaban para obtener cacillos para beber y cuencos para almacenar harina de maíz, mantequilla, manteca, salsa de carne o cualquier bocado exquisito que se pudiese escamotear desde la cocina principal a una de las cabañas. Nadie hacía preguntas sobre lo que se escamoteaba en una calabaza. Los recipientes de calabaza eran invisibles a las buenas maneras.

A partir de Pascua las cabañas aparecían rodeadas de multitud de flores, aunque no de hierba. El «patio trasero» era de dura arcilla pisada, amarilla al sol, y solo estaba aseado los domingos. Durante la semana de labor se desplegaban por él tendederos de ropa donde ondeaban rojos vestidos de percal, camisas de hombre y pantalones azules de peto. Debajo, desperdigados por el suelo, había escobas, palas y azadones viejos, además de las muñecas de trapo y las vagonetas de juguete de fabricación casera de los niños negros. Salvo bajo una lluvia torrencial, los niños estaban siempre allí jugando, en compañía de gatitos, cachorros, pollitos, patos que subían desde la represa del molino, y pavos jóvenes que aterrorizaban a los pequeños

negritos y en ocasiones mordían sus desnudas piernas negras.

Cuando Sapphira Dodderidge Colbert llegó al valle de Back Creek con su veintena de esclavos, no tuvo un recibimiento muy caluroso. En aquel apartado y escasamente poblado distrito situado entre Winchester y Romney, no había ni una sola familia que hubiese tenido jamás en propiedad más de cuatro o cinco negros, lo que se debía en parte a la pobreza: la gente era muy pobre. Buena parte del territorio seguía cubierto de bosque virgen, y la madera era tan abundante que carecía de valor. Los colonos llegados de Pensilvania no creían en la esclavitud y no tenían negros en propiedad. La señora Colbert fue reduciendo gradualmente su mano de obra esclava vendiéndola y enviándola de regreso al condado de Loudoun, adonde los esclavos volvían encantados. Su marido necesitaba dinero en efectivo para mejorar el viejo molino, y aquel no era un lugar donde hubiese granjas grandes y prósperas en las que los negros pudiesen trabajar. No era como en el condado de Loudoun. No se necesitaban muchas manos para el campo.

Sapphira Dodderidge solía actuar llevada por motivos que no desvelaba a nadie. Así era su naturaleza. Ni siquiera las amistades de su propio condado averiguaron jamás por qué se casó con Henry Colbert. Se referían a su matrimonio como «un enorme descenso de escalafón». Los Colbert estaban etiquetados como «inmigrantes» —al igual que todos los colonos que no procedían de las Islas Británicas—. El anciano Gabriel Colbert, el abuelo, procedía de algún lugar de Flandes. El padre de Henry era un hombre sencillo, un molinero, que se había encargado de enseñar el oficio a su vástago. Los tres hijos más pequeños eran harina de otro costal. Cabalgaban en compañía de una disoluta cuadrilla de cazadores de zorros. Tenían muy buen ojo con los caballos y eran bien recibidos en todos los establos. Incluso los recibían (aunque no sin cierta condescendencia y solo ocasionalmente) en las casas de buena familia, aunque no en las mejores, qué duda cabe. Henry era un joven sencillo, trabajador y poco hablador, que se quedaba en casa y ayudaba a su padre. Y con él acudía con regularidad a una iglesia disidente sustentada por pequeños granjeros y artesanos. Evidentemente, no era un buen partido para la hija del capitán Dodderidge.

Es cierto que cuando las dos hermanas pequeñas de Sapphira ya estaban casadas, ella, que había cumplido los veinticuatro, seguía soltera. La gente decía que Sapphira rehuía la humillación al dejar bien claro que estaba atada de pies y manos por los cuidados que debía dispensarle a su padre inválido. El capitán Dodderidge había sufrido una grave lesión durante una cacería cuando, al saltar por encima de un muro de piedra, el caballo se le cayó encima. El capitán sobrevivió a la lesión durante tres años. Tras su muerte y el reparto de su propiedad, Sapphira anunció su compromiso con Henry Colbert, quien no había visitado la casa del padre de Sapphira salvo por motivos de negocios. Después de quedar lisiado y achacoso, el capitán hacía llamar al

joven Henry a menudo para que le aconsejara sobre cómo vender el grano, encomendarle la redacción de su correspondencia comercial, y pedirle que echara un ojo al verdadero administrador. Confiaba enormemente en el buen juicio de Henry.

Sapphira solía estar presente en sus reuniones de negocios y participaba en cierta medida en sus discusiones sobre la administración de las tierras y el ganado de la granja. Era ella la que cabalgaba a lo largo y ancho de la propiedad para cerciorarse de que se llevaban a cabo las órdenes del amo. Acudía a las subastas públicas los días de mercado y compraba ganado y caballos, de modo que era una experta en todo lo referente a ellos. Cuando había demasiados animales en los rebaños o en los establos y había que ponerlos a la venta, era ella la encargada de hacerlo con la ayuda de Henry. Cuando en las cabañas de los esclavos había más de los necesarios para cubrir la mano de obra que requerían las labores del campo y la casa, vendía a algunos de los negros más jóvenes. El capitán Dodderidge nunca vendía a los sirvientes que llevaban con su familia mucho tiempo. Una vez superaban la edad de trabajar, continuaban viviendo en sus viejas cabañas y él se encargaba de que se atendieran a todas sus necesidades.

Cuando Sapphira anunció su compromiso, la noticia sorprendió a los amigos de la familia tanto o más que si hubiese hecho pública su intención de casarse con el jardinero. Interrogaron a los criados negros, que declararon que el señor Henry nunca había pasado más allá de la sala en sus visitas. Nunca le habían «cogido» hablando con la señorita Sapphy fuera de la habitación de su padre, y menos aún le habían sorprendido cortejándola. Después de todos estos años, la singularidad del matrimonio seguía siendo tema de conversación en las reuniones de viejos amigos. La gorda Lizzie, la cocinera, había chismorreado con los vecinos de Back Creek: «Donde vivíamos, la gente decía que parecía que la señorita y el señor Henry no se habían relacionado lo bastante antes de la boda, y que tampoco han intimado después. Tan encerrado está él en el molino», solía añadir ella untuosamente.

Pero puesto que acabó casándose con Henry, no resulta difícil explicar por qué Sapphira se mudó de su condado natal, donde los modales llanos de él, su vocación, su vago linaje, sus conexiones luteranas, incluso, la habrían colocado en una posición social bastante insólita. Una vez retirada a varios días de viaje de sus viejas amistades, podía regresar a visitarlos sin pudor. La cerril y un tanto zafia figura del molinero no tenía por qué aparecer en escena de ninguna manera.

La novia escogió Back Creek como su exilio porque poseía allí una propiedad más que considerable legada de un tío que había muerto cuando ella era todavía una muchacha. En aquella propiedad de Back Creek había un molino. Llevaba varias generaciones allí, desde tiempos de la guerra de Independencia.

Aquella granja (y una importante extensión de bosque que más tarde venderían) fue una cesión que Thomas, Lord Fairfax, le hizo a un tal Nathaniel Dodderidge, el cual llegó a Virginia con Fairfax en 1747. Las posesiones de Fairfax en la colonia eran inmensas, algo así como cinco millones de acres de bosque y monte sin



topografiar, regados por ríos, grandes y pequeños, nunca hasta entonces explorados salvo por los indios y sin otro apelativo que aquellos nombres impronunciados dados por los mismos indios. La Asamblea de Virginia expresó su descontento por el hecho de que tan extenso territorio perteneciese a una única concesión. Cuando Fairfax estableció su última residencia en el valle de Shenandoah, silenció la insatisfacción de la Asamblea cediendo porciones de su heredad a colonos respetables, estableciendo pueblos y fomentando la inmigración de todos los modos posibles.

A Nathaniel Dodderidge le cedió una extensión de tierra en Back Creek, pero ni él ni ninguno de sus descendientes llegaron a vivir jamás en aquellas tierras. El montañoso territorio que se extendía entre Winchester y Romney no fue un lugar completamente seguro para los colonos hasta que el joven general Wolfe logró tomar Quebec en 1759. Antes, era bastante frecuente que grupos de indios liderados por capitanes franceses atacaran a fuego y sangre lugares tan próximos a Back Creek como el río Capon.

Cuando el peligro de las incursiones indias hubo pasado, alguien (su nombre se había perdido) construyó un molino de agua en el lugar en que ahora se levantaba el molino de Henry Colbert. Durante el transcurso de la guerra de Independencia, y ya siempre desde entonces, un molino cubrió en ese emplazamiento las necesidades de los dispersos colonos. Los Dodderidge arrendaron la Granja del Molino durante generaciones sucesivas. El padre de Sapphira no posó jamás los ojos en aquel lugar, pero antes de su muerte, Sapphira en persona realizó el viaje de cuatro días a caballo, atendida por un mayordomo, para visitar su heredad. Por fin, una mañana, llegó a la estafeta de Back Creek, donde siempre se reservaba una habitación para los viajeros. Sapphira vació sus alforjas y lo dispuso todo para una estancia de varios días. Cabalgó a lo largo y ancho de la Granja del Molino y el bosque maderero; mantuvo un encuentro amistoso con el molinero y le anunció que no podía renovar su contrato de arrendamiento, al que apenas le quedaba un año de validez.

Antes de la boda de Sapphira con Henry Colbert, se enviaron carpinteros desde Winchester para que tiraran abajo la vieja casa del molino (que era poco más que una cabaña) y construyeran la cómoda vivienda que ahora se alzaba en el lugar. Cuando la nueva casa estuvo lista, salieron desde Chestnut Hill varios carros cargados con los enseres de Sapphira y los instalaron allí. Sapphira y Henry Colbert se casaron en la iglesia de Christ Church de Winchester. Finalizada la ceremonia, partieron hacia Back Creek y la nueva Casa del Molino, obviando las sofisticadas celebraciones que de costumbre seguían a una boda.

Aunque a menudo se decía que la señorita Dodderidge había roto con la posición social que le correspondía, ella no rompió ni mucho menos con su familia ni perdió el contacto con sus amistades. Hasta que le sobrevino su enfermedad, todos los años pasaba una larga temporada de visita en casa de la hermana que vivía en Chestnut

Hill, la vieja propiedad del condado de Loudoun. Incluso ahora la llevaban siempre en coche a Winchester en marzo, donde permanecía en casa de su hermana Sarah hasta después de Pascua. Mientras estaba allí, acudía a todos los servicios religiosos de Christ Church, la iglesia bajo cuyo presbiterio estaba enterrado Lord Fairfax, el primer patrón de los Dodderidge de Virginia. Valiéndose de la ayuda de su cuñado y de un bastón, cojeaba hasta el banco reservado para la familia, si bien se veía forzada a permanecer sentada durante toda la misa.

Ofrecía una bonita estampa entre la congregación, con su vestido de seda negra y su pañoleta blanca. La falta de ejercicio le había conferido un aspecto rollizo, pero gastaba corsés de las hechuras más severas y, por tanto, siempre iba muy erguida. Su rostro sereno y sus vivos ojos de color azul claro sonreían a los viejos amigos desde debajo de una capota de terciopelo negro que cada año renovaba o «refrescaba» el sombrerero de la ciudad. En modo alguno despedía el aire de una campesina que de repente se viera de visita en la ciudad. Y nunca, ni antes ni después, ocupó aquel banco un Dodderidge que luciera mejor el linaje de su sangre. El molinero, claro está, no la acompañaba. Henry se había casado en la iglesia de Christ Church en una ceremonia oficiada por un párroco inglés, pero no profesaba cariño alguno por la iglesia Anglicana.

La señora Colbert, con una chaqueta de día y su cofia puesta, se había sentado a su escritorio para redactar una carta. Escribía haciendo pausas para pensar, algo del todo inusual ya que precisamente era bastante diestra con la pluma. Cuando escribía a sus hermanas, llenaba hojas y hojas de diminuta y aseada caligrafía, pues se había impuesto la disciplina de «escribir pequeño». El servicio postal era caro, y cuando enviaba a Inglaterra largas cartas para algún pariente, constituía un gran ahorro encajar mucho texto en una misma hoja. Esta mañana estaba componiendo una carta para un sobrino: una invitación. Debía ser cordial, pero no en exceso. Cuando estuvo satisfecha con el contenido, dobló la hoja y la selló con lacre rojo. Los sobres no eran de uso común. Luego hizo sonar la estridente campana de cobre que siempre tenía a mano en el bolsillo lateral de su silla.

El anciano Washington acudió.

—¿Sí, señorita?

—Tengo intención de salir, Washington. He pedido el coche, y es probable que tío Jeff lo tenga ya preparado a la entrada. Busca a Till y dile que venga y me vista.

—Sí, señora.

La señora Colbert volteó la carta y la depositó boca abajo sobre el escritorio. Till sabía leer, y el ama no deseaba que viera a quién iba dirigida la carta. Cuando la pulcra mujer negra se presentó en el umbral, la señora Colbert se dirigió a ella con un animado tono de voz.

—Bien, Till, debes vestirme para salir en coche.

—Sí, señorita. El vestido de cachemir negro, supongo. Hace un día precioso, señorita Saphy. Le sentará bien.

Till, la madre de Nancy, era una negra de unos cuarenta años, tiesa y enjuta. Su conducta y su porte y su habla eran los propios de un ama de llaves bien adiestrada. Sabía qué postura adoptar mientras recibía órdenes, cómo recibir a las visitas en la puerta principal, cómo acomodarlas en la sala y cómo atender a sus necesidades. La había adiestrado como doncella de sala el ama de llaves inglesa que la madre de Sapphira se había traído consigo cuando emigró a Virginia para casarse con su primo norteamericano. El ama de llaves había considerado a Till una muchacha «apta» para el aprendizaje. Desde que la señora Colbert perdiera el uso de los pies, Till se había hecho cargo de todo lo de la casa a excepción de la cocina y de la gorda Lizzie, la cocinera, a quien nadie podía controlar salvo la señora Colbert.

Till se dispuso a vestir a su ama. Le retiró la chaqueta de día y pasó una enagua blanca almidonada y un vestido de cachemir por encima de la cabeza de la señora Colbert.

—No se levante, señorita Saphy. Ya lo estiraré yo todo hacia abajo cuando tenga

que levantarse.

—Ahora los pies, me imagino —dijo la señora Colbert encogiéndose de hombros. Muy rara vez se permitía emitir un suspiro—. Las medias de seda no, no... No pienso salir del coche... Pero puedes ponerme los zapatos nuevos de cabritilla. Me hacen daño, pero tengo que acostumbrarme a llevarlos.

—Usted póngase las zapatillas de tela y vaya cómoda, señorita Sapphy. Deje que yo ande con los zapatos de cabritilla unos cuantos días más por la casa y los dé de sí para usted.

—Calla, Till. No debes mimarme —bromeó su ama mirando ilusionada las zapatillas de tela que Till palmoteaba en sus dos manos como si fueran mitones—. Bueno, pónmelas, pero es la última vez. No vas a poder dar demasiado de sí el par nuevo, tienes los pies pequeños. Casi tan pequeños como solían serlo los míos. —Se contempló los pies y los tobillos con burlón desdén mientras Till le colocaba las medias y anudaba los lazos de sendas ligas por debajo de cada una de sus rodillas, hinchadas y blancas como la cera.

—¡Ya está aquí Jeff! —Exclamó Till conforme ataba las cintas de la segunda mejor capota de su ama. La ayudó a alzarse un instante y tiró de las faldas hacia abajo.

Washington acudió tras requerirse su presencia, y empujó la silla de la señora Colbert por el largo pasillo hasta la puerta de entrada. En el exterior aguardaba el coche recién lavado, que guardaba un gran parecido con las antiguas berlinas de alquiler. En el asiento elevado estaba sentado un viejo negro apergaminado, ataviado con un abrigo negro demasiado grande para él, y tocado con la reliquia de un sombrero de cochero. Un niño negro se acercó corriendo para sujetar los caballos mientras Jeff descendía para asistir a su ama.

Apoyándose en Jeff y en Washington, la señora Colbert cruzó el porche y descendió hasta el carruaje. Una vez en el interior, se acomodó sobre los cojines de cuero y, justo cuando Jefferson iba a cerrar la portezuela, se dirigió a él con tono casual.

—Jefferson, ¿qué es eso que llevas en los pies?

Jeff se encogió. No llevaba absolutamente nada en los pies. Estaban tan desnudos como el día en que nació.

—Pensé que nadie iba a verme los pies en mi asiento, Señorita.

—¿Eso pensabas? Sacarme de paseo como un montañés cerril, ¿eso ibas a hacer? Ahora, desaparece de mi vista y ponte ese par de botas del señor Henry que te di. ¡Andando!

Jefferson se escabulló como una rata vieja. Washington se acercó a ayudar al niño con los caballos, que se impacientaban. Till, con medio cuerpo en el interior del carruaje, colocaba un cojín bajo las zapatillas de su ama y una manta sobre sus rodillas.

—Till —dijo la señora Colbert en tono confidencial—, desearía que me

explicas por qué cuesta tanto mantener los pies de un negro entre cueros.

—Pues es que no lo sé, señorita Sapphy. Lo último que hice fue advertirle a ese negro que se pusiera las botas. Y cuando lo he visto meneando esos deformados dedos viejos suyos ahí en la grava, ¡qué vergüenza me ha dado! —Till hablaba indignada. Estaba avergonzada. Jeff era su marido, lo había sido durante todos esos largos años, aunque no por elección propia.

Jeff regresó con los pantalones embutidos en un par de botas viejas que pedían a gritos una mano de betún, y se encaramó a su asiento a toda prisa.

—¡Y ahora, Jeff, conduce con cuidado! —le chilló Till.

Washington y el niño negro se apartaron de los caballos, y el coche inició el descenso por el paseo. El camino discurría junto al molino, y Sampson, el primer peón de molino, salió para saludar con la mano.

—¡Buen viaje tenga usted, señorita Sapphy! —gritó.

En la casa era todo un acontecimiento que el Ama saliera de viaje. En este lugar tan apartado y agreste había muy pocas familias a las que la señora Colbert se tomara la molestia de ir a visitar, y tampoco eran de su gusto los escabrosos caminos de la sierra. Cuando el laurel o la azalea (*Rhododendron nudiflorum*) silvestres estaban en flor, entonces solía remontar la sinuosa carretera hasta Timber Ridge. Se sabía en una posición aventajada cuando se detenía a departir con sus vecinos desde la ventanilla bajada de su coche. Muy pocas personas, incluso en el condado de Loudoun, contaban con ventanillas de cristal en sus carruajes. Es más, en la portezuela del coche había un pequeño parche de color, el emblema de los Dodderidge: su «escudo de armas», como lo llamaban los lugareños de Back Creek. Los niños del camino solían contemplar maravillados aquel misterioso sello de superioridad.

Esta mañana, cuando alcanzaron el lugar donde el camino del molino desembocaba en la carretera, Jefferson elevó su cascada voz de tiple.

—¿Adónde, Señorita? —preguntó.

Ella le dijo que a la estafeta, así que él giró hacia el oeste. Cuando llevaban una milla de camino, aminoró la marcha de los caballos al paso. Allí estaba la casa de la señora Blake, al pie de cuatro enormes arces, en una aseada parcela con una cerca pintada de blanco. Dos niñas se acercaron corriendo.

—¡Buenos días, abuela! —gritaron.

Jefferson detuvo el carruaje, y la señora Colbert les preguntó por su madre.

—Mamá no está en casa —dijo la mayor—. Está en Peughtown. La señora Thatcher está muy enferma. Vinieron a buscar a mamá por la noche y trajeron un caballo para ella.

—¿De modo que estáis las dos solas? ¿Qué os parece subir y dar un paseo hasta la estafeta?

Las niñas intercambiaron una serie de rápidas miradas. La pequeña, que solo tenía ocho años, respondió con timidez.

—Es que llevamos los vestidos viejos, abuela.

Su abuela rio.

—¡Oh, por esta vez no importa! Subid, a los caballos no les gusta estar parados. Además, Molly lleva los rizos bien peinados.

Las niñas subieron al interior del carruaje entusiasmadas por su buena suerte. En ocasiones, cuando su abuela salía a dar un paseo los domingos por la mañana, pasaba y las llevaba a ellas y a su madre hasta la iglesia baptista; pero muy rara vez habían viajado solas con ella. Era sábado, y Molly deseó que todos sus compañeros de la escuela estuviesen jugando a lo largo del camino para que las viesan pasar. En realidad, su nombre era Mary, pero puesto que prometía ser una muchacha bonita, su abuela se había encaprichado de ella y la llamaba Molly. Se sobrentendía que el empleo de este nombre era un privilegio especial reservado a su abuela; su madre y sus compañeros de la escuela la llamaban Mary. Su hermana pequeña era la única que osaba emplear con ella el nombre que usaba la abuela.

Tío Jeff detuvo los caballos delante de la casa larga y baja, pintada de blanco, donde vivía y desempeñaba sus funciones la jefa de la estafeta. Esta última se sacó el delantal por encima de la cabeza y salió al encuentro del carruaje. Ella y la señora Colbert se saludaron con marcada cortesía. Albergaban opiniones muy diferentes acerca de un asunto esencial.

La señora Colbert extrajo de su bolsa de redecilla la carta que había escrito escasas horas antes.

—Le he traído esta carta en persona, señora Bywaters, porque es importante, y espero que la ponga usted misma en la saca del correo.

—Desde luego, señora Colbert. Nadie manipula aquí el correo salvo yo. La saca pasa de mis manos a las del cochero de la diligencia. Veo que hoy trae consigo a sus nietecitas.

—Sí, señora Bywaters, es un día agradable para dar un paseo. Oí que había hecho pintar la casa. ¡Está preciosa!

—Gracias. Me ha costado lo suyo, pero por fin está terminada. Tuve que desprender todas las madreselvas y tenderlas en el suelo. Espero que no estén demasiado dañadas.

—Eso espero, desde luego. Eran un fabuloso ornamento para su casa, sobre todo la madreselva trompeta. Bien, Jefferson, nos detendremos un momento en el almacén. Que tenga usted un buen día, señora Bywaters.

El almacén rural quedaba al otro lado de la calle, frente a la estafeta. El tendero vio detenerse el carruaje y salió. La señora Colbert le pidió que le trajera una libra de bastones de caramelo, mitad de menta fresca y mitad de eucalipto. Las dos pequeñas intentaron hacerse las distraídas, pero mientras su abuela hablaba con el tendero, Betty pellizcó a Mary con suavidad para expresar su emoción. El tendero les dispensó los dulces en un envoltorio de papel de estraza, pero su abuela no se los dio hasta haberlas dejado en la verja misma de su casa. Las niñas le agradecieron los caramelos y el paseo muy educadamente.

—Jefferson, llévame hasta el peaje, y de ahí a casa de la señora Cowper, en la carretera de Peughtown. Voy a preguntar por mis alfombras.

Conforme avanzaban, la señora Colbert iba pensando en que era una suerte que por una vez hubiesen llamado a su hija para atender a un enfermo en casa de una familia próspera como los Thatcher, que se ocuparían de pagarla como era debido; si no con dinero, al menos sí en forma de jamones o beicon o un rollo de paño de buena calidad. Por lo general, tenía que acudir a alguna rústica cabaña emplazada en la montaña, donde no recibía otra cosa que un mero «gracias» y adonde las más de las veces tenía que llevar leche y huevos y sus propias sábanas para la pobre criatura enferma. Rachel era pobre, y en nada la favorecía regalar sus cosas. Cuanto tenía lo llevaba allí donde más se necesitaba, y estaba claro que la señora Colbert no tenía la menor intención de mantener a toda la montaña.

Tras recorrer varias millas dando tumbos por un abrupto camino secundario, hizo una parada para visitar a la señora Cowper, la tejedora de alfombras. En la Casa del Molino, toda la ropa usada, las mantelerías desechadas y las sábanas viejas se cortaban en tiras estrechas, se cosían y se liaban en gruesos ovillos. Esta era la labor que regularmente ocupaba a los negros las tardes de invierno. Cuando ya se habían reunido un montón de estos ovillos de harapos, se le hacían llegar, junto con varias madejas de hilo de algodón, a la señora Cowper, que las teñía con palo de Campeche, caparrosa verde o cochinilla, y luego tejía con ellas resistentes jarapas, rayadas o lisas.

Tan pronto como el Ama salió de la casa, Till y su hija Nancy se pusieron manos a la obra y empezaron a limpiar su alcoba a fondo. Separaron la cama de la pared y fregaron el suelo del retrete. Abrieron todas las ventanas y retiraron las alfombrillas que se ponían al pie del lavamanos y del tocador; las sacaron al patio trasero para sacudirlas.

Después de que Nancy hubiese prendido un antimacasar limpio en el respaldo de la silla de ruedas y dispuesto las zapatillas del Ama a los pies de esta, su madre dijo que bien podían «darle un repaso a la sala» antes de que regresara el carruaje.

Las dos mujeres, con las cabezas envueltas en sendos pañuelos rojos de algodón, entraron en la sala y enrollaron las persianas de papel verde pintado con escenas de jardines y fuentes. La luz del sol inundó la estancia. La sala era de forma alargada, no cuadrada, con los techos bajos y la chimenea de ladrillo en el centro, bajo una ancha repisa. Butacas y sofás con tapetes en el respaldo y los brazos llenaban el espacio. El viejo escritorio de caoba del capitán Dodderidge ocupaba uno de los rincones. Todo el suelo, cada milímetro, estaba cubierto por una gruesa alfombra Wilton tejida con rosas de color fucsia y hojas verdes. Estaba un tanto raída pues se la había «traído» la madre de Sapphira en su primer viaje a Virginia. Sobre esta alfombra se aplicaron rápidamente las dos escobas.

La estancia despedía un aire de comodidad y estabilidad arraigadas, y eso era algo que los visitantes percibían al instante. Las ventanas rehundidas hacían que uno sintiera el grueso espesor de los muros. Un niño podía trepar al alféizar de una de aquellas ventanas y hacerse una casita para jugar. La señora Colbert pedía todas las tardes que la llevaran a la sala, y allí permanecía sentada varias horas antes de la cena. Desde aquel lugar podía contemplar la luz del sol poniente consumiéndose sobre los enormes cedros que crecían a lo largo de la otra orilla del arroyo, frente al molino. En invierno, cuando la nieve cubría el jardín de flores y los setos, aquella alargada estancia, con sus seis ventanas y su cálido hogar, era un lugar agradable para estar.

Con Nancy a un extremo y Till al otro, la sala estuvo barrida pronto. Till nunca se entretenía mientras trabajaba. El ama de llaves de Chestnut Hill le había enseñado que la pereza era marca de una raza inferior. Después de barrer tocó el polvo.

—Bien, Nancy, ve corriendo a la cocina y tráete una silla y un trapo suave que esté limpio. Quiero pasarle el polvo a los retratos, que la semana pasada no tuve tiempo.

Cualquier otra criada de la casa se habría subido sin pensar al grueso almohadillado del asiento de una de las butacas, y eso si es que acaso se le pasaba por la cabeza que merecía la pena desempolvar los cuadros ahora que el Ama ya no podía



estirarse y pasar un dedo por los marcos.

Cuando le trajeron la silla de madera, Till se encaramó a ella y limpió el polvo. Primero el de los lienzos, luego el de los pesados marcos dorados. Su hija estaba a su lado, contemplándolos: el Amo y el Ama veinte años atrás. El Ama, con un vestido largo de terciopelo granate y encajes de hilo, luciendo sus pendientes largos y un collar de granates: una vigorosa joven de pelo castaño y mejillas sonrosadas. El Amo, con corbatín y abrigo de paño fino, su espeso pelo negro encrespado como a menudo lo llevaba ahora, la cara ancha y rubicunda. Había cambiado muy poco. A Nancy estos cuadros le parecían una maravilla. Deseaba que el pintor fuera realmente su padre, como algunos decían. La vieja Jezebel, su bisabuela, le había dicho confidencialmente que por eso ella tenía el pelo negro y liso, sin rizos.

Fuera lo que fuere, Nancy sabía que tío Jeff no era su padre, aunque siempre le llamaba «papi» y lo trataba con respeto. Su madre no tenía hijos de tío Jeff, y la gorda Lizzie, la cocinera, se había encargado en su día de disipar cualquier duda que hubiese podido albergar Nancy al respecto. Cuando Nancy era una niña, Lizzie hizo que la acompañase un domingo a recoger grosellas. Mientras estaban entre los arbustos, le contó que la señorita Sapphy había casado a Till con Jeff porque era un «capón». Aquello desconcertó a la criatura, que pensó que se refería a que Jeff procedía de algún lugar próximo al río Capon. Pero Lizzie le explicó los hechos con toda claridad. La señorita Sapphy no quería una doncella que «se echase a tener críos a diestro y siniestro, siempre cargando con ellos o dándoles de mamar». De modo que casó a Till con Jeff y «se encargó de que le mereciese la pena, como aseguraban los negros». Till se llevaba la parte liviana de todas las tareas y siempre tenía lo mejor de todo. Y Lizzie no se creía aquel rumor sobre el pintor. Le dijo a Nancy que su verdadero padre era uno de los hermanos del señor Henry. Desde ese día, Nancy había sentido auténtico pavor de Lizzie. Trataba de disimularlo, pero Lizzie lo sabía y volvía a sacar el tema a la menor ocasión. Encargó a su propia hija, Bluebell, que espicara a la muchacha de Till.

Nancy nunca le había preguntado a Till quién era su padre. Admiraba a su madre y se enorgullecía de las «buenas maneras», como ella decía, de su madre. La muchacha poseía una naturaleza delicada. Las cosas feas y las palabras ordinarias la ponían enferma. Compartía las buenas formas de Till con una calidez y una viveza añadidas. Pero no era valiente. Cuando los criados chascarrilleaban durante el almuerzo en la cocina principal, si sentía avecinarse un chiste subido de tono, se escabullía de la mesa y salía corriendo al jardín. Si sentía avecinarse una reprimenda, en ocasiones mentía: mentía sin pensárselo dos veces y sin decirse que al final acabarían cogiéndola en la mentira. Esgrimía cualquier pretexto para evadir la culpa o el castigo durante una hora, durante un minuto aunque fuera. Y no es que contara falsedades de forma deliberada con el propósito de obtener algo; cuando lo hacía, era siempre para rehuir algo.

Nancy abandonó sobresaltada las reflexiones sobre su misterioso padre cuando

oyó la voz de su madre.

—Y ahora, cariño, cuando oigas llegar el carruaje, yo que tú preparaba un ponche de huevo bien rico y se lo llevaba al Ama cuando haya salido del coche y esté ya en su habitación. Se lo llevaría en la pequeña bandeja de plata, con una servilleta blanca y algún que otro panecillo.

Nancy contuvo la respiración. Su aspecto adquirió un aire abatido.

—A Lizzie no le gusta que me meta en su cocina a hacer nada.

—Yo voy a estar por la cocina, y a mí Lizzie no me dice nada. Y yo que tú no le llevaría la bandeja a la señora con esa cara de cordero degollado. Sonríe y pon cara de estar feliz de servirla, y ya verás como ella te devuelve la sonrisa.

Nancy sacudió la cabeza. Sus delgadas manos se desplomaron inertes a los costados.

—No lo hará, Madre —dijo en voz muy baja.

—Lo hará si sonríes como es debido y no empiezas a temblar como un gatito ahogado. A la señorita Sapphy se la conocía en todo el condado de Loudoun por sus buenos modales y porque sabía tratar a cada uno según su condición.

La hija vaciló, pero no contestó. Hacía ya casi un año que parecía haber perdido su condición y que su ama la trataba como a una extraña indigna de su confianza. Antes de eso, que ella recordase, la señorita Sapphy había sido muy amable con ella, le caía en gracia y se lo había demostrado.

—Sé que la gorda Lizzie está detrás de todo esto de una forma u otra. Siempre la ha tenido tomada conmigo —murmuró Nancy, más para sí que para su madre, mientras salían de la sala.

El molino estaba en la orilla oeste de Back Creek: la enorme noria casi colgaba suspendida sobre el riachuelo mismo. El arroyo discurría ruidoso por un abrupto lecho de piedra que batía en espuma las oscuras aguas aquí y allá. En su mayor parte era ancho y poco profundo, aunque había hondas pozas entre los escalones naturales de roca. La represa, en los verdes prados de más arriba del molino, estaba alimentada por manantiales, y un caz conducía el agua hasta la enorme noria de madera.

En la segunda planta del molino se almacenaban la harina y el grano sin moler; allí se encontraba a salvo en épocas de crecida. El «cuarto del molinero», en la primera planta, era un rasgo característico de todos los molinos por aquellos días. El hombre que se encontrara al cuidado de todo dormía allí y echaba un ojo a la propiedad, incluso durante las noches en que no había molienda. Henry Colbert no tenía capataz. Era él en persona quien ocupaba el cuarto, que le hacía las veces de dormitorio y de oficina. Años atrás solo había pasado las noches en el molino cuando estaban en época de molienda nocturna o de crecida. Pero en los últimos tiempos, el cuarto del molino se había ido convirtiendo en el lugar donde, de hecho, residía.

Aquel cuarto era todo lo que quedaba del edificio original, que había ocupado el lugar en tiempos de la guerra de Independencia. La vieja chimenea estaba todavía en buenas condiciones y, cuando hacía frío, el molinero usaba el hogar, que estaba revestido de pizarra. El suelo, en cambio, estaba desnudo: se trataba de un entarimado de anchísimos tablones viejos que habían sido labrados con hacha a partir de enormes árboles antes de que existieran los aserraderos. Por techo tenía únicamente el suelo del almacén de arriba con sus pesadas vigas transversales talladas a hachazos. Este techo de madera, sus vigas y las paredes de madera del cuarto se encalaban cada primavera. Y los muebles del molinero también los encalaba día a día, por así decirlo, el polvo de harina que caía como tamizado desde arriba y se colaba a través de las grietas y las rendijas de puertas y paredes. Cada mañana, Nancy, la hija de Till, se desembarazaba de la harina armada de escoba y paño.

El molinero lo había dispuesto todo a su gusto en este cuarto. Las ventanas cuadradas estaban vestidas con persianas de papel y así mantenía a raya el albor estival de las cuatro de la mañana si la noche anterior había permanecido despierto hasta tarde. El señor Whitford, carpintero y ebanista del lugar, había tallado su estrecha cama en madera de castaño, y le había entregado una buena pieza de ebanistería. Una serie de cuerdas atadas a una ristra de aseadas clavijas hacían las veces de muelles, y sobre las tensas cuerdas descansaba el colchón: «cólcedra» de plumas en invierno y jergón de farfolla en verano. Su «secreter» era también de castaño. (A Whitford le gustaba trabajar con esa madera.) Era escritorio y librería a la vez. Por encima del escritorio, cuatro estantes hospedaban libros de cuentas y de

registro —y también un curioso surtido de otros libros—. La alta cómoda ante la que se afeitaba el molinero estaba colocada entre las dos ventanas del lado oeste, mirando hacia la casa, y su pequeño espejo con marco de madera colgaba de una punta claveteada a la pared de tablones de madera. Todas las mañanas, a las siete en punto, el pequeño Zach se acercaba corriendo desde la casa con el agua de afeitar del amo en una humeante tetera de hierro.

Cuando Henry Colbert se hizo cargo del molino, su naturaleza callada e insociable jugó en su contra. Un molinero tenía que ser un hombre jovial. Se esperaba de él que ofreciese whisky, o licor de manzana al menos, cuando alguien realizaba un pequeño pago a cuenta de una deuda importante. Con el tiempo, los vecinos descubrieron que, si bien el nuevo molinero era parco en palabras, no tenía mano dura con las deudas.

Un lluvioso día de marzo, hacia las cuatro de la tarde (en Virginia se decía las cuatro de la «noche»), el molinero estaba sentado a su secreter, repasando el libro de cuentas. Se había propuesto marcar los nombres de los morosos a quienes no pensaba extender el crédito bajo ninguna circunstancia. Halló tantos de estos nombres ya marcados una, y hasta dos veces, que, después de estudiar ceñudamente las cuentas durante un buen rato, se recostó en la silla y se rascó la barbilla. Cuando la gente es tan pobre, ¿qué debe hacer un cristiano? Eran pobres porque eran perezosos y holgazanes o, en el mejor de los casos, malos administradores. Pues bien, no estaba en su mano rehacer a las personas, concluyó. Y tenían que comer. Mientras estaba allí sentado pensando, Sampson, el primer peón de molino, apareció en la puerta, la cual permanecía a menudo abierta de par en par durante el día.

—Señor Henry, el pequeño Zach acaba de bajar desde la casa diciendo que al Ama le gustaría que subiese si no está usted demasiado ocupado.

El molinero cerró el libro de cuentas encantado de poderse escabullir.

—¿Ha ocurrido algo, Sampson?

—No, señor, digo yo que no. Zach ha dicho que ella le espera en la sala.

Colbert se mudó la vieja chaqueta de cuero por un abrigo negro, cepilló el polvo de harina de su sombrero de ala ancha y subió caminando hacia la casa bajo la fría llovizna primaveral que reverdecía la hierba.

Encontró a su esposa vestida para la tarde, con una cofia de encaje en la cabeza y sus anillos en los dedos, tomando el té junto al fuego. (Ella, al oírle abrir la puerta de la entrada, le sirvió su taza y añadió un subrepticio y nada desdeñable chorrito de ron de Jamaica, dado que él no lo tomaba con leche.) Antes de sentarse, Colbert tomó una bandeja de panecillos tostados del hogar y se la ofreció a su esposa. Luego se bebió el té en unos pocos sorbos, a pesar de que estaba muy caliente.

—Gracias, Sapphy. Esto le arranca a uno el frío de los huesos. Es tremenda la humedad que puede llegar a haber ahí abajo en el molino. ¿Te importaría servirme otra taza?

Mientras masticaba el panecillo, observaba a su mujer servir el té. Cuando la vio

inclinarse para alcanzar una pequeña licorera de cristal rojo oculta en la repisa inferior de la mesita, se echó a reír y se frotó las manos.

—¡Por eso sabe tan bien! Debería tratar de subir más a menudo para el té, pero es justo a esta hora del día cuando acuden los granjeros. Los buenos se pasan la mañana trabajando y los pelagatos no dan palo al agua hasta que ya casi se les ha ido el día.

—Estoy convencida de que la compañía del Amo sería más que bienvenida por las noches —replicó la señora Colbert levantando las cejas con malicia o ironía, es difícil saberlo.

—No hagas teatro conmigo, Sapphy. —Se inclinó hacia el hogar para coger otro panecillo—. Tú eres el Ama aquí, yo el molinero. Y así es como me gusta que sea.

Su esposa lo miró con una sonrisa indulgente y sacudió la cabeza. Removió su té con delicadeza, en silencio, durante unos instantes. Un tronco se partió en dos en el fuego despidiendo unas llamas muy altas; el molinero juntó los dos extremos con las pinzas.

—Henry —dijo ella de repente—, ¿te das cuenta de que se acerca la Pascua?

—Y todavía no te has puesto en camino —añadió él—. ¿Has descartado del todo ir este año?

—No, no querría decepcionar a mi hermana Sarah. Pero Jezebel ha estado tan débil. No quisiera estar fuera de casa cuando suceda. Pensaba que para estas fechas nos habría dejado ya.

Colbert levantó la vista sorprendido.

—Vaya, pues no hay necesidad de que te tomes ninguna molestia a causa de Jezebel. Es bien probable que aguante hasta la cosecha. Se diría que la vida se resiste a dejarla partir.

—Si es así como lo ves, ¿qué habría de impedir mi marcha este mismo viernes? Así pasaría toda la Semana Santa con Sarah, y si no recibo malas noticias de casa podría quedarme una semana más. Sarah siempre organiza veladas después de Pascua, ya lo sabes, y podría ver a mis viejas amistades.

—No veo objeción alguna. Los caminos deberían de estar en buenas condiciones si esta llovizna no se transforma en una lluvia torrencial. Mientras estás en la ciudad podrías hacer que pintasen el coche. Lo necesita.

—Es una buena idea. Y este año creo que voy a llevarme a Nancy en lugar de a Till. Le vendría muy bien ver cómo hace la gente las cosas en la ciudad.

Él contempló la idea unos instantes.

—Muy bien, siempre y cuando dejes a Till a cargo de mi cuarto de ahí abajo. ¡No pruebes más a Bluebell conmigo!

Su esposa respondió con su risa más fina, aderezada con un destello de diversión.

—¡Pobre Bluebell! ¡Es que nunca va a tener una oportunidad de aprender! ¿A qué tanto encono?

—No la soporto, ni a ella ni nada de lo que hace. ¡Si hay un negro en esta casa al que azotaría con mis propias manos es Bluebell!

El Ama lanzó las manos al aire. Esta vez rio con tantas ganas que los anillos emitieron destellos en sus dedos. Era un deleite escuchar a su esposo estallar de aquella forma.

—Bueno, Henry —dijo mientras se enjugaba los ojos con un pañuelo diminuto—, admitiré en tu favor que si no fuese porque heriría los sentimientos de Lizzie, echaría de casa a esa muchacha perezosa mañana mismo. ¡La regalaría! Pero tenemos a la única buena cocinera que hay al oeste de Winchester, así que nos toca quedarnos con Bluebell. Lizzie andaría siempre enfurruñada, y cuando una cocinera no está de humor es fácil que arruine todos los platos con solo tocarlos. Jamás volveríamos a sentarnos ante una buena cena. Además, seguro que tus baptistas echarían de menos a Lizzie y a Bluebell en los himnos. Y siempre las están llamando para que acudan a cantar en los funerales. Incluso a mí me gusta escucharlas las noches de verano.

El molinero se levantó, echó otro leño al fuego y, a modo de cortesía, enderezó un poco la tosca silla de ruedas. Tomó la mano regordeta de su esposa y le dio unas palmaditas.

—Gracias por hacerme llamar, Sapphy. Me ha hecho mucho bien. El cuarto del molino acumula mucha humedad entre estaciones y me olvido de pedirle a Tap que encienda la chimenea. Puedes hacerme llamar algo más a menudo. —Se levantó el cuello del abrigo e iba a coger el sombrero cuando su mujer lo interrumpió.

—Ve y coge el chal del armario ropero del pasillo. No puedes volver al molino y sentarte con un abrigo húmedo. Es una tontería exponerse a coger un resfriado. Con este tiempo, deberías encender la lumbre todos los días.

Él salió al pasillo y regresó con un enorme chal de fina lana escocesa. En otra época había sido de color verde oscuro, pero los años y las inclemencias del tiempo lo habían guarnecido de una apagada pátina dorada. Lo plegó en tres, de forma que cubriese el abrigo, y se internó en la llovizna. Los militares y los hombres prósperos de ciudad vestían sobretodos, pero los granjeros y los hombres del campo usaban chales pesados, abrochados con un alfiler bien grande.

Sapphira permaneció sentada contemplando los árboles que goteaban y las espesas nubes de color amatista que se cernían bajas sobre el molino y emborronaban los altos cedros del otro lado del arroyo. Sonrió fugazmente. Se le antojó que, mientras hablaban de Bluebell, tanto ella como Henry habían estado pensando todo el tiempo en Nancy. ¿Cuánto era lo que deseaban ocultarse el uno al otro?, se preguntó.

Tales especulaciones constituían un somero entretenimiento para una mujer que no leía demasiado y que debía permanecer sentada en su silla todo el día.

Había dedicado poco tiempo a las reflexiones en los años en los que tuvo y crio a sus hijas. Incluso después de que ellas se hubieran casado y marchado, el gobierno de la casa la había mantenido atareada. Cada año estaban el jardín que atender y la siembra, la época de matanza y el curado de la carne. El verano suponía preparar conservas y elaborar mermeladas, secar cerezas y pasas y maíz dulce y manzanas laminadas para el invierno. En aquellos días cabalgaba a menudo en su yegua hasta

Winchester los sábados para asistir al servicio dominical. El hecho de que hubiese sido tan enérgica, y tan buena administradora, era la causa de que, incluso desde la silla de una inválida, fuese todavía capaz de mantener a sus criados bajo control.

El jueves por la mañana se bajaron dos baúles de cuero del desván, y Nancy obtuvo permiso, por primera vez, para prepararlos bajo la dirección de Till. Aparte de los baúles, había un práctico cajón de madera de fabricación Whitford para los zapatos, dada la gran cantidad de pares que debía llevar consigo la pobre Ama. Las sombrereras debían viajar en el interior del carruaje.

A las once de la mañana del viernes, la señora Colbert ya tenía el vestido y la capota puestos. La casa entera se reunió en torno al carruaje para verla partir. La gorda Lizzie trajo la fiambarrera con un ligero refrigerio para el camino a Winchester. El molinero acudió desde el molino para subir a su esposa al carruaje. Nancy, con la capota y el chal de los domingos, aguardaba a un lado, dando por supuesto que compartiría asiento con tío Jeff, pero la señora Colbert le dijo que viajaría en el interior. Los criados les desearon buen viaje mientras Jeff iniciaba la marcha, y Henry caminó junto al coche hasta la altura del molino. Nancy había lanzado una mirada suplicante a su madre cuando supo que debía sentarse junto al Ama. Pero Till conocía los modales de los Dodderidge; si la muchacha viajaba como acompañante, se la trataría como tal.

Tras cerrar la alcoba del Ama, Till bajó al molino para «poner orden» para el señor Henry. Tenía formada su propia opinión sobre lo que era apropiado o no, y estimaba que el cuarto del molinero estaba bien para él, del mismo modo que la sala de monturas del capitán Dodderidge siempre había estado bien. Gozaban de su aprobación el catre de madera de castaño pulida y el cubrecama a grandes cuadros blancos y azules tejido por la misma señora Cowper que hacía las alfombras. Los cuatro candeleros de latón junto a los que el molinero leía caída la noche estaban limpios y relucientes; solo un poco de sebo de la noche anterior había goteado por las barretas. La silla de brazos junto a la mesa de lectura era de ramas torneadas de nogal, resistente y bien adaptada a la espalda. Till quiso hacer en su día unos cojines para esta silla, pero el Amo dijo que los cojines eran para las mujeres. Le agradó comprobar que Nancy mantenía lustrosas las piezas de cobre del señor Henry: sabía que él las tenía en gran estima.

Entre los encalados listones verticales que sostenían las paredes de tablones, el molinero había encajado anaqueles de madera. En ellos almacenaba afiladas y delicadas herramientas que bajo ningún concepto podían tocar los peones de molino, y una hilera de cuencos y jarras de cobre que pertenecieron a su abuelo.

Nancy se había encargado de mantener en orden el cuarto del molino desde los doce años. No había nada allí abajo que pudiese sufrir algún desperfecto o romperse, le había hecho notar el Ama a Till, pero, de algún modo, la tarea le serviría de adiestramiento.



Esta mañana Till lo examinó todo con ojos críticos. Las cuerdas del catre, las sábanas y las colchas, el lavamanos, el cajón con jabón y las toallas para el uso privado del molinero. Ni ella misma habría tenido la habitación tan limpia, pensó. De regreso a la casa, Till empezó a pensar por enésima vez en por qué Nancy habría perdido el favor del Ama. Es cierto que hasta hacía poco la señorita Sapphy había mimado a la muchacha en exceso, pero no era propio de los Dodderidge darle la espalda a nadie de quien antes hubieran estado prendados. La propia Nancy, Till lo sabía, sospechaba de la gorda Lizzie como la cizañera, pero nunca había dicho por qué.

El anciano Washington podría haber proporcionado a Till alguna pista sobre la razón de este cambio en el Ama, pero los labios de Washington estaban sellados. Los largos años de servicio le habían enseñado que un mayordomo con la lengua larga solo podía atraerse problemas.

Hacía casi un año, en el mes de mayo, había ocurrido un desafortunado incidente. El Ama, que estaba sentada a la mesa después de que su marido hubiese terminado de desayunar y regresado al molino, escuchó un griterío en la cocina. Las ventanas y las puertas estaban abiertas para que el fresco aire primaveral corriera por la casa. Reconoció los bramidos de la gorda Lizzie y supuso que estaría reprendiendo a alguno de los otros criados. Washington estaba plantado detrás de la silla del Ama. Le pidió que la ayudase a levantarse, lo cogió del brazo y cojeó lastimosamente hasta la puerta de atrás.

Esto fue lo que escuchó (no la voz de Lizzie ahora, sino la de Nancy): «A mi no me hables así, Lizzie. ¡No lo voy a tolerar! Se lo diré al Amo».

Y a continuación, Lizzie, con una risotada: «¡Pues claro que irás a contárselo al Amo! ¿No es justo lo que te decía? Te crees la dueña y señora de ese molino. Bajando hasta allí a todas las horas del día y de la noche para llevarle libros. ¡Oh, sí, te he visto más de una vez! ¡Cogiendo violetas y dicentras y escondiéndolas debajo del delantal! ¡Ayer le llevaste para el almuerzo los higaditos de pollo que había frito para la Señorita! Te has hecho cargo del cuarto del molino pero que muy bien, doña Niña Amarilla, y siempre andas por allí abajo cuando se te necesita».

«¡Mentira! Siempre me apresuro. Me quedo lo justo para limpiar el polvo de harina ese que se mete por todas partes y para hacerle bien la cama.»

«¡Señor, Señor! ¿Y le haces bien la cama? ¡Qué bonito! ¡Lo supongo! Pues ten cuidado no vayas a hacérsela demasiado bien alguna vez. Luego ya no será tan bonito, cuando empiece a notársete algo, doña Cara Amarilla.»

A través de la risa lasciva de Lizzie surgió la frenética voz de una chiquilla rompiendo a llorar.

«¡No pienso quedarme aquí escuchándote, deslenguada! Y que digas eso de él, que es un hombre bueno y amable con todos los negros de esta casa. ¡Debería darte vergüenza, mala mujer!» Nancy salió corriendo de la cocina sollozando, con la cara enterrada en las manos. No vio a su ama plantada junto a la puerta.

Esa misma noche, Nancy recibió órdenes para que subiese su jergón de paja de la cabaña de Till y lo tendiese en el suelo del pasillo, junto a la puerta de la alcoba de la señora Colbert. Desde entonces dormía allí.

En verano, echarse junto a la puerta del Ama no suponía ninguna molestia —la muchacha siempre había dormido en el suelo—. Pero al llegar el invierno empezaban a circular corrientes de aire por el largo pasillo del caserón y, aunque Nancy se acostaba con las medias de hilo puestas y se echaba gruesas mantas encima, el frío de la madrugada la mantenía despierta hasta que despuntaba el sol.

Las noches en que el molinero no bajaba al molino, sino que dormía en la alcoba del Ama y se daba por supuesto que esta no necesitaría tener una criada a mano, despachaban a Nancy al patio trasero y allá que se iba ella, corriendo a la cabaña de Till, con el jergón en los brazos y una sonrisa de alivio en la cara. Adoraba aquella cabaña y todas las costumbres de su madre. Till y el viejo Jeff dormían en el «cuarto bueno», donde había una cama con somier y cabecero, y Nancy extendía su colchón sobre el suelo de la cocina, donde podía contemplar la luz de la lumbre titilar sobre las paredes encaladas a la vez que se consumían los leños. Allí se sentía a gusto, como cuando era niña. Al aproximarse la mañana, podía escuchar claramente todos los sonidos caseros: los ronquidos de tío Jeff, el cacareo de los gallos, los ladridos de los perros en el granero. Y a su mami, que quizá se acercara y le echara encima una manta extra, y entonces ella volvería a dormirse.

A los pocos días de que Nancy empezase a montar su cama junto a la puerta de su ama, el molinero acudió una mañana a tomar el desayuno con el semblante sombrío. Saludó a su mujer con gravedad, tomó asiento y empezó a comerse el jamón y los huevos en silencio.

—Washington, puedes retirarte hasta que tu ama te llame —dijo en voz baja cuando tuvo servida ante sí su segunda taza de café.

Tan pronto se quedaron a solas, alzó los ojos y miró por encima de la mesa a su mujer.

—Sapphira, ¿sabes tú quién ha estado bajando al molino a limpiar el cuarto últimamente?

Ella levantó la vista del plato con aire ingenuo.

—Creo que ha sido Bluebell. ¡No me digas que ha estado toqueteando tus cosas!

—Bluebell. ¡La cría más vaga e inútil de la casa!

—Aprenderá, Henry. Si no se hace con la tarea, mandaré a Till para que le haga aligerar el paso.

—No va a dar ni un paso más en el molino. Si vuelvo a verla por allí, la echaré. Es Nancy quien debe ocuparse del cuarto del molino, como siempre.

—Pero Nancy ya tiene edad para adiestrarse como doncella de sala. Si no quieres a Bluebell, prueba con una de las muchachas de Martha. Puesto que yo no puedo

moverme, Till tiene ahora toda la casa a su cargo. Necesita contar aquí con Nancy.

El molinero permaneció en silencio un momento. Su primer arranque de ira había pasado. Cuando levantó la vista de nuevo, habló con voz queda.

—Es evidente que los negros de esta casa te pertenecen y yo nunca he interferido en tu forma de manejarlos. Pero te lo advierto, Sapphira, no permitiré que ninguna de las crías baje al molino. No pienso domar a otra muchacha. Nancy es silenciosa y rápida. Sabe cómo quiero las cosas y las coloca a mi gusto. Debo pedirte que la reserves para mí un rato todas las mañanas.

La señora Colbert se rio suavemente.

—Oh, claro, si eso es lo que quieres. No sé por qué te tomas tan a pecho un asunto tan nimio. A mí no me importa quién me hace la cama —añadió con un levísimo asomo de desdén.

—Sí que te importa. No dejarías que nadie hiciese tu alcoba salvo Till. No es mi cama lo que me importa. Son el carácter callado y las formas respetuosas de la muchacha, además de que nunca se para a cotillear con los peones.

No dijo más. Salió al pasillo y cogió su sombrero de ala ancha, que esa mañana estaba blanco con el polvo de harina acumulado de dos días sin limpiar.

Cuando Nancy empezó a ocuparse del cuarto del molino solía bajar mientras el Amo estaba desayunando. A veces tenía que ir antes para llevar la ropa interior y las camisas recién planchadas y colocarlas en la cómoda antes de que él le echase la llave al cuarto para el resto del día. Pasado un tiempo, adquirió la costumbre de ir temprano porque recibía una sonrisa, junto con su «Buenos días, niña». Después de su madre y de la señorita Blake, no había nadie en el mundo a quien quisiera tanto como al Amo. Jamás recibía una mala palabra de su parte —jamás muchas palabras, a decir verdad—. Pero su amable saludo la ponía contenta; eso y la sensación de serle de cierta utilidad.

En una ocasión, una mañana de primavera en que las flores de Pascua (junquillos) amarillos empezaban justo a abrirse, recogió un ramo de camino al molino y las colocó en una de las jarras de cobre de los anaqueles. Pensó que las flores amarillos estaban muy bonitas en el cobre. El molinero ya se había ido a desayunar, y ella no sabía si debería dejarlas allí o no. Podía ser que a él no le gustase que se tomase semejante libertad.

A la mañana siguiente las flores seguían en la jarra. El molinero estaba afilando su cuchilla de afeitar. Se giró al entrar ella.

—Buenos días, niña. Me pregunto quién me habrá bajado hasta aquí unas pipas.

Las mejillas amarillentas de Nancy se sonrojaron.

—Es que las vi cuando bajaba corriendo hacia aquí, señor Henry. Las puse en agua para mantenerlas frescas. Luego supongo que me las olvidé.

—Pues déjalas ahí. Me gusta ver flores en esa jarra. Mi padre solía beber de ahí

su cerveza de malta.

Después de aquello, siempre que podía hacerlo sin ser vista, Nancy se detenía a menudo a recoger un ramo de cualesquiera que fueran las flores del momento, y se las llevaba al molino debajo del delantal.

El molinero se sentía un poco decepcionado cuando Nancy no llamaba a su puerta antes de salir él hacia la casa, pero jamás sugirió que viniera más temprano ni retrasó su salida ni un minuto. Mientras se afeitaba, siempre tenía a su lado su reloj de plata, y cuando la manilla alcanzaba las ocho menos cinco se calaba el sombrero. Los varones Colbert gozaban de mala reputación en lo que atañía a las mujeres. Ese era el motivo de que a Nancy, a pesar de su parecido con el retrato del pintor de Cuba, se la contabilizara a menudo como uno de los bastardos de los Colbert. Unos decían que su padre era Guy Colbert, otros se la atribuían a Jacob. Aunque Henry era un auténtico Colbert por naturaleza, nunca se había comportado como tal, y jamás se le había atribuido bastardo alguno.

El molinero llevaba una vida bastante solitaria, qué duda cabe. Después de la cena solía sentarse durante una hora en la sala con su esposa, luego regresaba al molino y leía. Las páginas de su Biblia estaban desgastadas por el uso, y los márgenes salpicados de remisiones. Una vez prendidas las cuatro velas de su mesa, se acomodaba en la silla de nogal y leía con la mente además de con los ojos. También se hacía preguntas. Detectaba contradicciones que le producían inquietud. Contra esta, hallaría consuelo en John Bunyan, quien también había experimentado esa inquietud. A veces no dormía bien, y mucho antes de que el pequeño Zach bajara corriendo desde la casa con su tetera de agua para el afeitado, él ya estaba despierto y vestido. Luego solía observar a la muchacha amarilla acercarse serpenteando por el sendero del jardín: se la veía tan feliz; libre de toda preocupación, como las flores y los pájaros. Hasta que Bluebell no se encargó de ocupar su lugar durante dos días, Colbert no reparó en el amor y la delicadeza que Nancy dedicaba para ordenar su desnuda habitación tal y como a él le gustaba. Ya había advertido en ella el deseo de agradarle cuando era poco más que una niña. Y conforme la muchacha se fue haciendo mayor, acabó por identificarla con Mercy, la dulce compañera de Christiana<sup>[3]</sup>. Cuando leía extractos de la segunda parte de su libro, veía a Mercy con el rostro y la figura de Nancy.

La noche después de la partida de la señora Colbert a la ciudad, Till se sentía sola y abatida. Había pasado el día entero atareada y decididamente animada. Ahora, mientras el sol se ocultaba detrás de las colinas, se sentó en el umbral de su cabaña para contemplar cómo se instalaba el largo crepúsculo.

Este era el primer año que echaba de menos el viaje de Pascua a Winchester con su ama. Le alegraba que Nancy hubiese sido la escogida porque parecía significar que la incomprensible severidad de la señorita Sapphy hacia la muchacha empezaba a ablandarse. Pero, en el fondo de su corazón, Till se sentía despreciada y abandonada. Para ella había sido siempre un enorme regalo alojarse en la casa del juez Halstead en la ciudad y asistir al servicio en las veladas que la señora Halstead ofrecía después de Pascua. La tercera hermana, la señora Bushwell, la ahora propietaria de Chestnut Hill, visitaba Winchester esos días acompañada de su doncella y de su cochero, y por ellos Till podía enterarse de todo lo acontecido en su hogar desde la última Pascua; su «hogar» siempre sería Chestnut Hill.

Esta granja del molino en Back Creek nunca había sido un hogar para Till. A ella le gustaba, como se decía a sí misma, vivir entre «principales», no entre granjeros pobres y gente de campo. Apenas si tenía oportunidad de lucir aquí las habilidades más exquisitas que había aprendido de la señora Matchem, aquellas de las que se sentía más orgullosa. Antes de que el Ama se quedase inválida, las cosas estaban mejor. Por entonces, las amistades de Winchester venían a menudo a pasar la noche o a quedarse una semana; le deparaba cierta satisfacción mantener bruñidos el cobre y la plata, y blanqueadas las pilas de ropa de cama y las mantelerías. En aquellos días, la señorita Sapphy solía regresar a Chestnut Hill casi todos los veranos para disfrutar de una larga estancia visitando a su hermana, y Till la acompañaba.

Mientras estaba sentada en el umbral, recordando días más felices, Till reparó en que estaba tiritando de frío. Se levantó y entró en la cabaña. Cuando regresó, llevaba un edredón relleno de lana sobre los hombros. En los serenos crepúsculos de primavera y verano, nubes de niebla aborregada se elevaban formando rizos sobre la deprimida pradera de más abajo, dónde se encontraba la represa del molino. El secreto descontento que Till sentía hacia la Granja del Molino quedaba expresado en la discreta afirmación de que era «húmeda». Incluso en los días soleados de colada, las sábanas permanecían secándose más tiempo del que deberían. En otoño, la escarcha era más densa aquí que un poco más allá, en casa de la señora Blake, junto a la carretera. Cuando Till y el Ama regresaban de su quincena de Pascua en la ciudad, y no se había encendido la lumbre en la sala, encontraban marcas de humedad en el empapelado inglés.

—Han tenido humedad aquí arriba —comentaba la señorita Sapphy risueña—.

Tanto mejor para las primeras rosas. —Jamás admitiría que había más humedad aquí que en cualquier otro lugar.

Pero para Till, la pesadez del ambiente le transmitía un peso en el corazón. En modo alguno era una negra alegre. De niña había sufrido una impresión horrible en Chestnut Hill. Una noche, mientras estaba tumbada en su carriola contemplando cómo su madre se vestía para la fiesta de Año Nuevo de los criados, había visto prenderse sus ropas con la llama de una vela; vio a su madre salir corriendo, en llamas, gritando, e internarse en el viento invernal. La pobre mujer se había quemado sin remisión antes de que los hombres pudieran alcanzarla y sofocar el fuego. En cuanto a la criatura, los negros dictaminaron que se había quedado muda de la impresión y que no volvería a hablar jamás. La pequeña no articuló palabra cuando intentaron reconfortarla, se limitó a mirarlos con ojos aterrados. La señora Matchem, el ama de llaves, se llevó a Till a la casa principal y la metió en una cuna en su propia alcoba. Una vez allí, alejada de los emotivos negros, empezó a dormir de forma natural de nuevo y pronto se convirtió en una muchachita avispada y perspicaz —si bien, una muchachita de aire grave y seria—. Tan seria como la señora Matchem. Till reverenciaba a aquella mujer; se esforzaba por imitar su habla y sus maneras. Matchem le inculcó que había todo un mundo entre hacer las cosas correctamente y hacerlas de cualquier manera. Y la niñita negra se quedaba plantada, con la vista levantada hacia la alta mujer de Devonshire, absorbiendo estos preceptos con auténtica devoción. Siempre que los criados le sugerían con sus insidiosos cuchicheos que la vía fácil resultaba igual de buena, la niña huía de ellos como si fuese el mismísimo Hombre Malo quien le susurraba al oído.

Después de morir el capitán Dodderidge y de que la señorita Sapphy se casara y se mudara a Back Creek, su hermana, la señora Bushwell, compró Chestnut Hill. A la señora Bushwell solo le interesaban los establos y dejó que el gobierno de la casa recayese por completo en Matchem. Till permaneció allí, trabajando bajo las directrices de Matchem hasta los quince años. Entonces Sapphira Colbert se la quedó a cambio de un trueque.

Un verano, durante su visita anual a Chestnut Hill, la señora Colbert se llevó consigo a un joven negro que tenía mucha mano con los caballos. Durante dos inviernos se lo había arrendado al nuevo herrero de Back Creek. Este herrero había llegado procedente de Pensilvania, y su destreza maravilló a aquella aletargada comunidad. No solo sabía herrar y tratar a los caballos; también fabricaba buenos carros y carretas. A la señora Colbert no le costó convencer a su hermana de que un muchacho adiestrado bajo las directrices de semejante herrero sería muy útil en sus establos. Estaba dispuesta a deshacerse de él a cambio de la joven Till, añadiendo cien dólares de incentivo. La señora Bushwell, sorprendida ante tan generosa oferta, cerró el trato al instante. Pero Matchem torció su larga nariz y apretó los labios.

A Till no le apenaba la perspectiva de viajar y conocer sitios nuevos. Partió en el coche entusiasmada y orgullosa. Pero empezó a sentirse como sepultada en los

profundos bosques desde la primera noche transcurrida en la Granja del Molino. Durante muchos años echaría en falta a la señora Matchem y la tierra que había dejado atrás, con su amplitud, su brisa, sus ordenados cultivos.

Cuando Sapphira la casó con Jefferson, que era mucho mayor y cuya incapacidad era bien conocida entre los negros, Till aceptó el compromiso con perfecta dignidad. Hasta dónde le hirió el orgullo es algo que jamás supo nadie; puede que ni ella misma. Quizá su mayor deseo en la vida fuera el de ser «respetable y gozar de una buena posición». La señora Matchem le había enseñado a valorar la posición social. Lo apropiado para una doncella de sala y para la doncella de alcoba de una señora era ofrecer siempre una estampa presentable y acicalada. Ni una sola de las pesadas tareas propias de un caserón de campo le fueron encomendadas a Till. Iba siempre con vestido negro y delantal blanco, pulcros zapatos y medias. Unos años después de que hubiese trasladado sus pertenencias desde su cuarto en el ático de la casa principal a la cabaña de Jeff, llegó el pintor cubano para pintar los retratos. El encargo le llevó un tiempo considerable.

Mientras estaba sentada en el umbral, arrebujada en su colcha, Till oyó un quejumbroso sonido procedente de los espesos bosques del otro lado del arroyo: el primer chotacabras. Suspiró. ¡Cómo odiaba el canto de aquel pájaro! Una primavera tras otra tenía que escucharlo, surgiendo de este resignado e indolente territorio apartado del mundo. Una primavera más, y aquí seguía ella, junto al estanque del molino y los húmedos prados.

Allá arriba, al final de una larga carretera que atravesaba sinuosa los bosques, la línea de Timber Ridge se levantaba como una pared azul. Una vez cruzada la sierra y avanzado un tanto, llegabas al río Capon. Till había viajado hasta allí cuando el Ama se quedaba en Capon Springs para tomar los baños. Más allá estaba Romney, donde vivía gente de cierta distinción, o eso había oído. Ante sí, al otro lado del arroyo, podía ver las irregulares laderas de North Mountain. No había carreteras allá arriba, solo un puñado de caminos hollados por el paso de los carromatos a través de bosques sin fin. Y cabañas, separadas unas de otras por millas y millas de distancia. Y sembrados de maíz y de patatas, y de calabazas, quizá. Till tenía la certeza de que la pobre escoria blanca de allá arriba sobrevivía principalmente de las ardillas contra las que disparaban, y del puerco de turno, dos a lo sumo, que cebaban con bellotas. Aquí abajo, en el valle, junto a la carretera principal que conducía a Winchester, había algunas granjas vistosas, desde luego, donde vivían familias pudientes. Cuando llegabas tan lejos como la iglesia de Hayfield, los bosques empezaban a clarear y el paisaje resultaba más humano a la vista.

Pero Till no se encontraba del todo de regreso en el mundo hasta que no divisaba de nuevo la estructura de ladrillo rojo de la fresquera, cuyas vituallas enfriaban las aguas de Town Spring, un poco antes de llegar a las afueras de Winchester.

¡Cuán adorable le resultaba el primer atisbo de las calles adoquinadas, sin rastro de barro en ellas! Se entraba a la ciudad por Water Street, flanqueada a ambos lados

por aseadas casas de tejados abuhardillados y pálidos muros de caliza de color gris; gris, pero casi azul y no tan pulida como para arrebatarse la vida a la rugosa piedra. Cuán refinadas eran, abriéndose directamente a la calle, con contraventanas verdes y llamadores de latón; y un jardincito tapiado y una bomba de agua detrás de cada casa. Water Street parecía darte la bienvenida a la ciudad.

Seguías adelante y pasabas Christ Church, y entonces llegabas a donde vivía la crema de la sociedad. Donde vivía el juez Halstead; donde estaban la señorita Sapphy y Nancy esa mismísima noche. Allí las casas tenían pórticos con altas columnas y descansaban entre praderas de hierba a la sombra de árboles floridos. Cuántas veces, estando la «mansión» del juez Halstead iluminada para una velada, se había encontrado Till al pie de la escalinata en el gran salón, esperando a conducir a las damas a las habitaciones del piso superior para ayudarlas a desvestirse. Siempre que el mayordomo oía el crujido de unas ruedas en el camino de acceso y abría de par en par la puerta principal...

En ese mismo momento, Till oyó un sonido muy diferente, muy cerca. El viejo Jeff se acercaba arrastrando los pies en la oscuridad. Se detuvo y se plantó tambaleante delante de la figura sentada en el umbral.

—Se hace tarde, amorcito —dijo con su voz chillona.



Comoquiera que su esposa siempre pasaba en Winchester la Semana Santa, el molinero acostumbraba a celebrar la cena de Pascua con su hija y sus nietas. Este año, el Domingo de Resurrección caía pronto (el veintitrés de marzo), pero era una mañana luminosa, soleada y cálida para la estación. Cruzó caminando el prado para acompañar a la señora Blake y a sus niñas a la iglesia. Las pequeñas le contaron muy contentas que el señor Fairhead, el pastor (y su maestro, además), vendría a cenar. Iba a ser como una fiesta pues el señor Fairhead no era viejo y taciturno como la mayoría de los demás pastores, y no pronunciaba una larga oración para bendecir la mesa mientras el pollo se enfriaba.

La iglesia era un desolado edificio de madera sin chapitel ni campana. Se alzaba en la ladera desnuda de una colina sobre cuya pedregosa pendiente las lluvias habían labrado hondos surcos. Otrora había estado pintada de rojo, pero las tablas empezaban ahora a combarse a falta de una mano de pintura. Parecía una fábrica que se hubiese dejado abandonada a merced de las inclemencias del tiempo. En el sótano de abajo se alojaba la escuela diurna rural.

El molinero y su hija ascendieron cuatro escalones de madera alabeada y entraron en la iglesia. Una vez dentro, se separaron. Los hombres y los niños se sentaban a un lado del pasillo que conducía al altar; las niñas y las mujeres al otro. Los bancos eran alargados, con respaldo pero sin cojines. No había cobertor de ningún tipo en el suelo, ni persianas en las polvorientas ventanas. El techado apuntado de tejas planas de madera se apoyaba sobre una estructura de vigas encaladas. Arriba, bajo el tejado y sobre la puerta principal, estaba la galería donde se sentaba la gente de color. Entre los granjeros con esclavos de su propiedad existía la norma de enviarlos a la iglesia los domingos.

Mientras la señora Blake se arrodillaba unos instantes en silenciosa oración, Mary y Betty se revolvían inquietas en sus asientos, tratando de asomarse por encima de los sombreros y capotas de delante por si podían ver a su querido señor Fairhead, quien, acomodado en una silla de asiento de rejilla detrás del púlpito, aguardaba a que se reuniera su congregación.

Cuando el ruidoso trajinar de basto calzado sobre el suelo desnudo hubo cesado, el señor Fairhead se levantó.

—Oremos —dijo.

Cerró los ojos y dio comienzo a su invocación. Bajo la luz no atemperada que entraba a raudales por las ventanas desnudas ofrecía el aspecto indudable de un hombre jovencísimo, con mejillas rosadas y pelo amarillo. Había sido destinado a aquel apartado lugar para enseñar en la escuela rural y «ocupar el púlpito», aunque todavía no había sido ordenado. Durante las largas vacaciones estivales vivía en

Winchester y estudiaba teología con el viejo señor Solers, doctor en teología, y viajaba a caballo hasta Back Creek todos los sábados para officiar el servicio de los domingos.

Tras la oración dio paso al himno. Lo leyó primero muy despacio, en voz alta y clara, dado que muchos de los miembros de su congregación no sabían leer. Cuando cerró su libro de himnos, la congregación se puso en pie. El viejo Andrew Shand, un escocés con una hirsuta pelambreira y perilla pelirrojas, lideró oficialmente el canto. Golpeó su diapason contra el respaldo de un banco y arrancó con «Hay una tierra de puro deleite» con ritmo cansino y mucho arrastrar de palabras. Pero los negros de los Colbert, y el molinero en persona, se desligaron inmediatamente de la pauta marcada por Shandy y aceleraron la melodía. El señor Fairhead se unió a ellos levantando la vista hacia la galería. Para él, el canto constituía la parte más tangible del culto del oficio de los domingos, tal era la ferviente convicción con la que los negros del atillo cantaban aquellas brillantes promesas y lúgubres advertencias. A la gorda Lizzie y a su hija, Bluebell, se las oía muy por encima de todos ellos. Bluebell poseía una bonita voz de soprano, pero Lizzie cantaba alto y bajo con la misma facilidad. La congregación del piso inferior sabía que era un «bicho», pero nadie, salvo Andy Shand, se quejaba de su embate tiránico con los himnos. Los ancianos que no sabían leer podían «escuchar las palabras» cuando Lizzie cantaba. Y no es que Lizzie supiera leer, pero se sabía los himnos de memoria. El señor Fairhead se preguntaba a menudo cómo era posible que pronunciara la letra erre con tanta claridad cuando cantaba si no lo hacía al hablar.

«Si pudiéramos situarnos donde estuvo Moisés  
Y contemplar el paisaje desde lo alto  
Ni las aguas del Jordán ni el frío influjo de la muerte  
Nos ahuyentarían de esa orilla.»

Cuando Lizzie entonó el último verso y tomó asiento, el joven pastor miró hacia la galería, no exactamente con una sonrisa, pero sí con reconocimiento. A menudo sentía ganas de darle las gracias.

En cuanto a Andy Shand, él odiaba a Lizzie y a todos los negros de los Colbert. Su animosidad se extendía a los Colbert mismos. Y, a decir verdad, no acababa de «tenerlas todas consigo» en lo referente a la señora Blake.

Después de disgregarse la congregación, el señor Fairhead y el molinero bajaron por la carretera juntos, enfrascados en una conversación. La señora Blake y sus niñas les seguían detrás. Ella sabía que su padre disfrutaba de la compañía de un hombre letrado como Fairhead, y esa era la razón de que hubiese invitado al pastor a cenar. La charla, por lo que podía escuchar, era banal, asuntos del campo, cómo no. Giraba en torno al comienzo de la temporada y a las perspectivas de cosecha de trigo y heno. El molinero empezó a interesarse enseguida por la escuela rural y por los alumnos del señor Fairhead. Había muchachos brillantes entre ellos, insistió el joven, algunos de

los cuales acudían a la escuela a caballo desde lugares tan apartados como Peughtown. Incluso había niños de las montañas a los que no les iría del todo mal tener una mínima oportunidad. Estaba Casper Flight... Llegados a este punto, Colbert alzó la mano.

—Nunca pronuncie el apellido Flight en mi presencia, señor Fairhead. Llevo diez años moliendo la miserable cosecha de maíz y alforfón de ese hombre a cambio de nada. Y, para más inri, merodea por el molino y le roba la molienda a los hombres honrados. Mi Sampson le ha sorprendido en más de una ocasión saliendo a gatas del almacén por la noche con un saco en la mano.

—Lo sé todo sobre él, señor Colbert. Pero si pudiera ver cómo se cultivaron ese maíz y ese alforfón, no pondría pegas a molerlo a cambio de nada. No tienen caballo, y este chico del que le hablo, Casper, rotura él mismo la tierra de su terruño de maíz y de su campo de alforfón. Él tira del arado y su madre va detrás a la esteva y clava la reja en la tierra. La última primavera le pedí al señor Giffen, allí en las montañas, que le prestara a Casper un caballo para plantar el alforfón. Su padre se presentó en casa inesperadamente, descabalgó al niño de un golpe, sacó el caballo del arado y se marchó con él de pesca al río Capon.

—Le agradezco que me lo diga, señor. Si puede salir algo bueno de los Flight, Dios sabe que me encantaría contribuir a que así fuese. Podría ofrecerle a ese chico trabajo en el molino en las épocas de mucho ajeteo, pero usted sabe que ninguno de esos muchachos de las montañas se prestaría a trabajar codo a codo con manos negras.

—Sí, lo sé. —El señor Fairhead suspiró—. Lo único que les permite sentirse importantes es ser blancos. Qué pena.

Siempre que Colbert mantenía una charla con David Fairhead deseaba poder verlo más a menudo. Había invitado al joven a cenar a la Casa del Molino en varias ocasiones, pero había constatado que Fairhead no se hallaba a gusto en compañía de Sapphira. Se comportaba con timidez y en guardia, y Sapphira parecía decidida a desconcertarle con ligeras ironías. Puesto que él era de Pensilvania, ella le consideraba su inferior. Con todo, el trato que dispensaba a sus inferiores (el zapatero, el carnicero, el tejedor, el tendero) era irreprochable. Cuando se presentaban en su puerta el anciano escobero ambulante o el hojalatero itinerante, siempre les ofrecía un lugar en la mesa, y sabía cómo hablar con ellos. Pero con Fairhead adoptaba una pose de burlona condescendencia, como si en todo momento estuviera ridiculizando la simplicidad del joven. Henry había llegado a la conclusión de que no es que ella lo considerara realmente como un ser inferior, sino más bien como a un igual aunque de la clase equivocada. Fairhead se alojaba en régimen de alquiler con la señora Bywaters, en la estafeta, y Sapphira sabía que era «norteño» de corazón. Se reía y le decía a Henry que eso era algo que se sabía «solo con olerle».

Y oh, claro, debía admitir que no era un ignorante como los maestros rurales que lo habían precedido. Se alegraba de que Mary y Betty tuviesen un maestro que no

mascase tabaco en el aula ni hablase con el deje de la gente de las montañas. Sin duda, lo habían educado como a un caballero, de los de Pensilvania. Pero era un remilgado, te pongas como te pongas. Y si ella le hacía sentirse incómodo era porque él no tenía el ingenio suficiente para responder. «¿Cómo voy a hablar con un hombre que se sonroja cada vez que le tomo el pelo, a él o a cualquier otra persona? Será mejor que desistas, Henry.» Así que no se volvió a invitar al maestro a la Casa del Molino.

El primer día después de regresar de la ciudad, la señora Colbert llamó a Till y le dijo que tenía intención de salir a ver a tía Jezebel esa mañana. «Antes me daré una vuelta por el patio trasero. Mándame a Nancy para que me vista, y dile a Tap que tenga aquí a los chicos dentro de una hora más o menos.»

Los «chicos» eran jóvenes negros que Tap hacía venir del granero o de los campos para que le ayudaran a portar al Ama. A cada lado de la silla había dos anillas de hierro, y los muchachos las atravesaban con sendas ramas de nogal forradas para poder portar a la señora Colbert por la propiedad. Tap era uno de los peones de molino, pero le encantaba servir a las damas. Era un muchacho guapetón y sabía que así lo consideraba el Ama. Para estas ocasiones, solía pedirle a sus ayudantes que se acicalaran. «Quítate ese andrajo sudado y ponte una camisa limpia para la Señorita», decía.

Esa mañana, el sol brillaba con tanta intensidad que el Ama llevaba un diminuto quitasol de mango articulado. Sus portadores la condujeron por los paseos de ladrillo bordeados por setos de boj podados y oscuros como tejos salvo por las puntas verdiamarillas de los brotes. La señora Colbert visitó todos los parterres. Las lilas del cenador estaban ahora cargadas de yemas, y los capullos de las rosas amarillas no tardarían en abrirse. El Ama envió a Tap por las tijeras de podar y cortó racimos de flores de los arbustos de falso naranjo que llenaban el aire con su fragancia. Luego, con los ramilletes en la falda, prosiguió el paseo, hasta que la llevaron hasta el interior de la cabaña de la vieja Jezebel. Su silla fue colocada junto a la cama.

—¿Sabes quién soy, verdad, tía Jezebel?

—¡Pues claro que sí, señorita Sapphy! ¿Es que no la conozco desde el día en que nació? —La anciana se puso de costado para ver mejor a su ama.

Estaba más estropeada que la última vez que Sapphira la vio. Allí, acurrucada en la cama, su aspecto no distaba mucho del de un viejo y flaco langur gris. (En otro tiempo había sido una mujer alta y robusta.) Su lana encanecida estaba enroscada en jirones de tela. No tenía dientes, y su piel negra había adquirido una pátina grisácea. Jezebel pensaba que tenía unos noventa y cinco años. Sabía que tenía dieciocho cuando la capturaron y la vendieron a un tratante de esclavos británico, pero no estaba segura de cuántos años pasaron antes de aprender inglés y empezar a llevar la cuenta del tiempo.

La señora Colbert colocó los ramilletes de celinda sobre la almohada, junto al rostro de la anciana.

—Los falsos naranjos ya están en flor, y he pensado que te gustaría olerlas. No hay un solo hombre en esta casa que cuide los arbustos como tú lo hacías.

—Ay, gracias, señora. Yo la ayudé a plantar casi todos los arbustos de esta casa,

¿a que sí? Aquí no había nada cuando llegamos, salvo ese viejo lilo blanco.

—Fueron buenos tiempos, tía. Yo ya hace tiempo que estoy postrada en casa, como tú.

—Ay, señorita, ¿y no pueden los doctores de Winchester hacer algo por usted? ¿Para qué sirven, entonces? —Se interrumpió con un resuello.

—Vamos, no te conviene hablar, te deja sin respiración. Debemos aceptar lo que nos toca y resignarnos.

—Sí, señora, yo me he resignado —susurró la anciana.

La señora Colbert prosiguió con tono sosegado.

—Cuando me siento afuera en el porche en días como hoy y miro a mi alrededor, a menudo, pienso en cómo solíamos levantarnos temprano para rastrillar los nuevos arriates y trasplantar las flores antes de que apretase el calor. Y tú solías bajar corriendo al arroyo para romper ramas de aliso, y las hendíamos alrededor de las plantas que habíamos colocado para protegerlas del sol. Supongo que tú también lo recuerdas.

La anciana negra la miró y asintió.

—Y ahora voy a leerte un salmo que nos alentará a las dos. —La señora Colbert sacó de su bolsa de redecilla la funda de las gafas y un devocionario, pero se abstuvo de abrir ninguno de los dos mientras repetía—: El Señor es mi pastor.

Jezebel la observaba atentamente, con los ojos muy brillantes bajo unos párpados finos como el papel.

Cuando el Ama acabó el salmo, llamó a Nancy, quien aguardaba en la cocina de la cabaña por si requerían su ayuda.

—¿Están los chicos afuera?

Luego se volvió de nuevo hacia la cama.

—¿Tienes colchas suficientes, Jezebel? ¿Te abrigan?

—Sí, Señorita. Los negros se portan pero que muy bien conmigo. Me ponen una plancha a los pies, y una bolsa de sal caliente debajo de las rodillas. Lizzie me manda muchas veces a Bluebell para que se siente a mi lado. Eso ayuda a pasar el tiempo. Ella y Bluebell vienen y me cantan, también.

—Pero me dice Till que no comes nada. Debes comer para no perder las fuerzas.

—No tengo gana, Señorita.

—¿No se te ocurre nada que pudiera apetecerte? Vamos, piensa un poco y dímelo. ¿No hay nada?

La anciana soltó una risilla traviesa entre dientes. Un párpado de papel se cerró en un guiño, y sus ojos despidieron un brillo de humor macabro.

—No, señora, no se me ocurre nada que me pudiese apetecer como no fuese, quizá, la manita de un niño negrito.

Nancy, en cuclillas en un rincón, soltó un grito de asombro y corrió hasta el pie de la cama.

—¡Ay, ya está desvariando otra vez! Es terrible cómo desvaría últimamente. ¡No

se quede aquí, Señorita! ¡Está mal de la cabeza!

La señora Colbert levantó la vista y lanzó a la muchacha una mirada fría y penetrante.

—No hace falta que la defiendas. Conozco a tu abuela de la cabeza a los pies. Está tan mal de la cabeza como lo pueda estar yo. —Se giró de nuevo hacia la cama, tomó en sus manos la fría zarpa gris de Jezebel, y le dio unas palmaditas—. Adiós, tía, hasta otro rato. Ahora debes recostarte y dormir un poco.

Llamó a los cuatro porteadores que aguardaban afuera, y ellos entraron con sus palos de nogal y se la llevaron.

Jezebel era la única de los negros de los Colbert que procedía de África. Todos los demás eran virginianos, como ellos se encargaban de proclamar con orgullo. Nacidos y criados en la hacienda de los Dodderidge o en las plantaciones de sus vecinos del condado de Loudoun. Pero a Jezebel la trajeron de Guinea, esa costa dorada de los tratantes de esclavos, en la década de 1780, unos veinte años antes de que se declarara ilegal la importación de esclavos. Fue vendida a su primer amo en la cubierta de un barco negrero en el puerto de Baltimore.

La aldea donde nació en África estaba enclavada en el interior, tierra adentro, a unos cuatro días de viaje del mar. Fue asaltada y destruida por una tribu del litoral cuyos miembros se habían convertido en cazadores de esclavos a sueldo de los negreros en los albores del tráfico de esclavos. De aquella noche de fuego y carnicería, cuando presencié cómo le sacaban los sesos a su padre y cómo acuchillaban a sus cuatro hermanos mientras luchaban, Jezebel se acordaba ahora muy difusamente. Todo terminó en unas pocas horas. De la aldea no quedaron más que cenizas humeantes y cuerpos mutilados. Al romper el día, ella y los demás cautivos estaban encadenados por los pies y marchaban hacia el mar.

Cuando alcanzaron la costa, los confinaron en un cercado el tiempo justo para que los desnudaran, les afeitaran el cuerpo entero y los rociarán de arriba abajo con agua de mar. Un navío inglés, el *Albert Horn*, se encontraba anclado en medio del golfo con un cargamento casi completo de negros almacenado a bordo. El viento era favorable y el patrón aguardaba con impaciencia el botín de este último saqueo.

Jezebel y los demás cautivos fueron trasladados en pequeños botes de remos hasta el barco y engrilletados a cubierta por las piernas. Perteneían a un fiero pueblo caníbal y no habían sido doblegados tras semanas de disciplina en el cercado.

Cuando el *Albert Horn* hubo iniciado su singladura y las líneas azuladas de las montañas en tierra firme comenzaban a desdibujarse, se les retiraron los grilletes a las mujeres cautivas. No era probable que causaran problemas.

El *Albert Horn*, armado para la trata de esclavos, contaba con dos cubiertas. El cargamento de negros iba almacenado entre la cubierta superior y la inferior, en una plataforma tan larga y ancha como el navío, pero solo había un espacio de un tres pies y diez pulgadas entre el armazón sobre el que descansaban y la cubierta superior que les hacía las veces de techo. Los esclavos realizaban la larga travesía de entre dos y tres meses de duración sentados o recostados sobre un suelo de tablones de madera, con muy poco espacio, si acaso lo había, entre sus cuerpos desnudos. A los varones los colocaban por delante de la escotilla principal; a las mujeres, en la popa. Los dejaban desnudos toda la travesía y les afeitaban la cabeza y el cuerpo cada dos semanas. Como no había sistema de desagüe de ninguna clase, la bodega de los



esclavos y las criaturas de su interior alcanzaban un estado nauseabundo por las noches. Todas las mañanas se limpiaban las «entrecubiertas» y a sus reclusos con chorros de agua de mar con ayuda de una manga. El capitán del *Albert Horn* no era un hombre brutal, y su navío era un negrero modelo. Salvo con mal tiempo, los varones, engrilletados de dos en dos, podían acceder a la cubierta inferior mientras se fregaba y fumigaba su plataforma. Al mismo tiempo, se sacaba sin grilletes a las mujeres a la cubierta inferior de popa.

Poco después de que el *Albert Horn* hubiese zarpado, la primera noche, los marineros le dieron a Jezebel el nombre por el que se la conocería para siempre. Cuando los dos tripulantes encargados de vigilar las entrecubiertas de popa comprobaron que todas las mujeres estaban tumbadas en el espacio que les había sido asignado, apagaron sus faroles y salieron a cubierta para tomar el aire. Al rato, el segundo de a bordo, alarmado por los gritos y los chillidos procedentes de la bodega de las mujeres, bajó corriendo desde su camarote para encontrarse a los marineros de guardia azotando a una muchacha que habían sacado previamente a rastras de una bramadora y aulladora pila de negros.

—Es esta Jezebel la que ha montado el jaleo, señor —dijo sin resuello uno de los hombres.

El segundo se lanzó a la garganta de la muchacha con un rápido movimiento, pero ella demostró ser demasiado rápida para él. Lanzó una dentellada como un mastín, y de un mordisco le atravesó la yema del pulgar.

A la mañana siguiente, el segundo sentía una punzada nada halagüeña en la mano. Informó del tumulto al capitán, añadiendo que no veía otra solución que lanzar a la gorila por la borda. Jamás lograrían domesticarla.

El patrón temía que su segundo pudiese tener una infección grave, pero tenía una participación de la tercera parte del cargamento y no estaba dispuesto a tirar ni un ápice de este por la borda. Pensó que le gustaría ver a esa muchacha que era capaz de hacer frente a dos hombres y a aquel tipo.

—Lávala y ponle el bocado, luego la traes aquí —le dijo al segundo. Jamás se acercaba a la cubierta de los esclavos; no soportaba el hedor.

Subieron a Jezebel fuertemente encadenada para su inspección. Su espalda desnuda estaba cosida de verdugones y cortes sangrantes, pero su actitud era de una orgullosa indiferencia y sus ojos no suplicaban clemencia. El patrón ordenó a los marineros que la custodiaban que le aflojasen la soga que llevaba atada al cuello. Mientras andaba de un lado para otro fumando su pipa, la examinó de arriba abajo. Estimó que aquella muchacha valía por tres de cualesquiera de las otras mujeres, —y lo mismo que el mejor de los hombres—. Su anatomía era notable: una negra africana alta, erguida, musculosa, de largas piernas. Al patrón le inspiraban cierto respeto las criaturas bien formadas, ya fuera caballo, vaca o mujer. Y respetaba a cualquiera que fuera capaz de soportar sin doblegarse una tanda de azotes como la que ella había recibido.

Dio órdenes para que Jezebel no regresase a las entrecubiertas. Debía permanecer en la cubierta superior, fueran cuales fueran las condiciones meteorológicas, atada a la baranda con una cadena ligera. Le darían una casaca de marinero para cubrir sus heridas, y por las noches se le proporcionaría una gorra de marinero.

Después de aislarla de este modo, la muchacha no volvió a causar problemas, aunque siempre soltaba una risotada cuando el segundo de a bordo pasaba a su lado con el brazo en cabestrillo. La travesía fue larga y nada apacible. Jezebel fue zarandeada y remojada por un mar encrespado, y se mareaba a veces, pero no formuló queja alguna. Cuando los marineros limpiaban con la manga el imbornal, ella se quitaba la casaca y recibía con agrado el río de agua salada sobre su cuerpo. A excepción de unas largas cicatrices en la espalda y los muslos, no había huellas que apuntaran a lo que había ocurrido aquella primera noche en que subió a bordo.

Cuando el *Albert Horn* arribó por fin a Baltimore, su patrón la mantuvo encadenada hasta que pudieran dar el aviso y llegaran los compradores de Maryland y Virginia. Jezebel, como pudo constatar el patrón, observaba la línea de costa de la ciudad con viva curiosidad, de una manera muy diferente a la desesperada apatía que exhibían los rostros de sus compañeros de cautiverio.

—Será la que mejor se venda de toda la partida —le dijo al segundo.

Entre la primera andanada de compradores que acudieron al barco para inspeccionar el cargamento del patrón había un holandés que era dueño de una granja lechera. Este traía consigo al médico rural de su vecindad. El granjero y su amigo, el médico, demostraron no tener prisa. Inspeccionaron a un gran número de negros. A Jezebel le practicaron un exhaustivo examen físico, hablando entre ellos en la grave jerga holandesa, y sin hacerle pregunta alguna al patrón. El granjero hizo notar las cicatrices de látigo en su cuerpo, y le pidió al segundo que se acercara.

—¿Disposición? —preguntó.

—Los negros que la capturaron le hicieron eso. Se defendió. Fuerte como un toro.

El holandés tenía aspecto de toro él mismo, pero el médico parecía un hombre amable y sagaz. Rebuscó en uno de sus bolsillos y sacó un estuche de piel de ciervo del que extrajo dos terrones de azúcar de arce. Uno se lo metió en la boca, y se relamió. El otro se lo ofreció a Jezebel con una sonrisa interrogante. Ella abrió las mandíbulas. El segundo, que observaba la escena desde allí cerca, miró hacia otro lado. El médico colocó el azúcar en la lengua de Jezebel. Ella lo mascó, sonrió abiertamente y sacó la lengua para pedir más. El médico se volvió hacia su amigo e hizo un decisivo ademán de asentimiento con la cabeza. El holandés pagó el precio que le pedía el patrón, desembarcó a Jezebel en Baltimore, y la subió al pesado carromato en el que había viajado a la ciudad.

Cuando llegó a casa, el granjero acometió la tarea de domesticar a su nueva muchacha. En el viaje desde Baltimore había descubierto que sus modales eran demasiado toscos, incluso para la casa de un granjero holandés, de modo que la alojó en el henar sobre el establo de vacas. Ella aprendió a ordeñar a las vacas y a llevar a

cabo todas las labores del establo, pero la mantenían circunscrita a ese espacio y no se le permitía tocar la mantequilla. El granjero murió durante una epidemia de viruela. Sin demora, su viuda vendió a Jezebel, quien había pasado por las manos de varios amos y sabía ya algo de inglés cuando la compró el administrador de la granja de los Dodderidge. Llegó a la casa de los Dodderidge el año en que nació Sapphira, y permaneció con la familia desde entonces.

Sapphira le confió la supervisión de los jardines de la Granja del Molino hasta que Jezebel cumplió los ochenta años. La última primavera, incluso, seguía saliendo para sentarse al sol y observar a los chicos que se encargaban de atender los arbustos y podar los setos. En invierno se quedaba en su cabaña, cosía jirones de tela para jarapas y remendaba las camisas y los petos de los peones de la granja. Administraba justicia proporcionándole al muchacho haragán una incómoda culera en las asentaderas de su peto, y otra tersa al muchacho aplicado. Cuando Manuel, ya fallecido, le fue quejándose de que «sus pantalones no eran cómodos», ella lo miró con desdén y le dijo: «Por qué ibas a tener que estar cómodo, tú que te sientas en cuantito te dan la espalda. ¡Ojalá pudiera meterte abrojos en los pantalones!».

Una mañana de abril, la señora Blake se presentó en la Casa del Molino muy temprano; le habían mandado llamar poco después de que amaneciera. Su madre estaba en el comedor, esperándola.

—Bueno, Rachel, ha sucedido por fin. Me dicen que se fue muy silenciosamente. Quiero que vayas al armario ropero y cojas lo que sea necesario. Abre el arcón verde que hay en el desván y busca uno de los camisones bordados que solía ponerme cuando era una muchacha. Ahora serán lo bastante grandes para la pobre Jezebel. Si han amarilleado después de haber estado guardados tanto tiempo, Nancy puede blanquear uno con alumbre y tenderlo al sol. El sábado no es demasiado tarde para el funeral, ¿verdad? No hace demasiado calor, ¿no?

Su hija convino en que no lo hacía. La señora Colbert se dirigió al anciano que permanecía de pie detrás de su silla.

—Washington, dile a Lizzie que venga.

Pocos momentos después apareció Lizzie, no sin antes haberse puesto un delantal limpio. También se había frotado la cara vigorosamente con la arrugada servilleta del desayuno del Amo. Iba descalza, como de costumbre, y hacía esfuerzos por tragarse un último bocado de tortita que le llenaba la boca. Fuera la hora que fuese a la que se la hiciera llamar, siempre estaría tragándose una última porción de algo.

—¿Sí, señorita Sapphy? —Llevaba las manos cruzadas con recato sobre el delantal limpio.

—Lizzie, espero que esta vez me des motivos para sentirme orgullosa. No quiero que se escatime nada a los veladores, como ocurrió cuando falleció Manuel.

Lizzie la miró asombrada y rompió a hablar muy acalorada.

—¡Por Dios santo, señorita Sapphy! ¡Ni que yo pensara en ir a garrapiñarle algo a la vieja tía Jezebel! ¡No se me ocurriría jamás! Y, vaya, ese Manuel era un crío de nada, señorita.

—De nada o de mucho, me dejaste en evidencia y se habló de ello a lo largo de todo Back Creek. Tortitas frías y pudín de recortes de cerdo para los veladores, ¡habráse visto tacañería igual! Y ahora, recuerda, dispones de dos noches para cocinar. Debes cocer un jamón y freír carne ahumada en cantidad. La señora Blake te dirá cuántas hogazas de pan de trigo debes cocer, y tiene que haber pan de maíz en abundancia y pasteles de azúcar y de jengibre. El amo va a invitar a todos los negros del señor Lockheart al velatorio, y es probable que algunos de los nietos de Jezebel acudan desde Winchester.

—¡Sí, señora! —Lizzie puso en blanco los ojos, que brillaron como canicas de cerámica negras y blancas—. ¡Sí, señora! No se preocupe usted que voy a esmerarme todo lo que pueda por la vieja tía Jezebel y por todos los años que tenía. Pero ese

insignificante niño Manuel no valía nada de nada, y su papá tampoco es mucho mejor.

La señora Colbert alzó su mano rechoncha.

—Ya basta, Lizzie. Y recuerda, si no me dejas en buen lugar en el velatorio de Jezebel, mandaré a Bluebell de regreso al condado de Loudoun para siempre, y es tan seguro como que estoy aquí ahora sentada.

Lizzie apoyó ambas manos sobre su enorme pecho como si fuera a tomar juramento. Enviar a Bluebell al condado de Loudoun significaba venderla allí, y Lizzie lo sabía.

Escasos momentos después, al pasar junto a la cocina de camino a la cabaña de Jezebel, la señora Blake oyó la risita maliciosa de Lizzie. Se detuvo y se asomó a la puerta. Lizzie le cuchicheaba algo a Bluebell, que estaba sentada a la mesa de la cocina, con el cuerpo encorvado sobre el tablero, los codos extendidos muy separados, como acostumbraba a sentarse día sí día también, se suponía que ayudando a su madre.

Los Colbert, al igual que todas las familias acomodadas, tenían su propio campo santo. Estaba enclavado en una verde pradera y lo rodeaba un muro: losas planas de piedra marrón dispuestas unas encima de las otras, con una cancela de hierro forjado. Un ancho camino de grava dividía el recinto cuadrado en dos mitades. A un lado estaban las tumbas de la familia, con lápidas de mármol. Al otro lado estaba el cementerio de los esclavos, con lápidas de pizarra rotuladas con nombres de pila: «Dolly», «Thomas», «Manuel», y así.

Los túmulos de amos y sirvientes por igual estaban cubiertos de densos arbustos de mirto. En esta época del año, innumerables ramilletes de nuevos vástagos verdes y de flores azul pálido con forma estrellada se ramificaban desde las oscuras matas trepadoras que crecían muy pegadas a la tierra.

El sábado por la tarde se formó la procesión para conducir a Jezebel al término de todos sus periplos. Todo el mundo iba de negro: la familia, los vecinos de arroyo arriba y arroyo abajo, los negros de los Colbert, y los esclavos del territorio de Hayfield, al sur. Las niñas de la señora Blake tenían pocos vestidos de ninguna clase, así que iban envueltas en chales negros que habían tomado prestados de su abuela. La señora Colbert en particular llevaba el vestido de crepé negro que reservaba para los funerales. La llevaban en su silla, y el molinero, con el abrigo de los domingos, caminaba a su lado. Iban justo detrás del ataúd, que portaban cuatro biznietos de Jezebel venidos desde Winchester.

Mientras estaban reunidos en torno a la tumba, el señor Fairhead pronunció unas breves palabras. Recordó las larguísimas andanzas de Jezebel; cómo había llegado desde una tierra infiel donde los pueblos adoraban ídolos y vivían en sangrienta contienda, para convertirse en una cristiana devota y en heredera de todas las

Promesas. Quizá su dilatada vida le había sido concedida a fin de que pudiera compensar en justa medida la plenitud de una vida cristiana. Tras su última oración, Lizzie y Bluebell cantaron «En la dulce despedida», y el cortejo se dispersó. Jefferson y Washington, en tanto que criados de mayor antigüedad, se quedaron atrás con los biznietos para rellenar la tumba.

Aquella noche se ofreció en la cocina una gran cena para los negros de los Colbert y todas las visitas, con dos turnos en la mesa. Los negros siempre se mostraban joviales después de un funeral, y este funeral había complacido a todos. «La señorita Sapphy le ha dado una preciosa despedida a Jezebel, vaya que sí», coincidieron todos.

Washington, ocupado en atender al amo y al ama en la casa principal, notó que ellos, también, estaban más animados que de costumbre, expresando su satisfacción por que todo hubiese salido tan bien y por que los jóvenes parientes de Jezebel hubiesen podido venir y portar su ataúd. El Amo se demoró a la mesa; se sirvió dos porciones de pudin y bebió cuatro tazas de café.

—No me digas, Henry, que vas a volver al molino esta noche con la ropa de los domingos puesta —le dijo su esposa con tono persuasivo cuando él se levantó por fin.

—Sí, creo que debería hacerlo. He estado fuera todo el día. Quiero hablar con esos muchachos de la ciudad y darles un dinerillo. Empezarán el viaje de regreso tarde esta noche. Buenas noches, Sapphira. Supongo que estás cansada, y espero que duermas bien.

—Igualmente —dijo ella con una plácida sonrisa que se mudó en expresión de fastidio mientras sus ojos le seguían hasta la puerta. Una vez se quedó sentada a solas, su rostro se tornó acerado y agrio. Escasas horas antes, cuando la sacaban del cementerio después del entierro, había visto algo que la había llenado de inquietud. Detrás de los oscuros cedros pegados al exterior del muro de piedra, conversando muy serios, estaban su marido y Nancy. La actitud de la muchacha era de abatimiento, con la cabeza caída y las manos entrelazadas, y el Amo, fuera lo que fuera lo que estuviese diciendo, hablaba con extremada seriedad, con afectuosa solicitud. Sapphira se había llevado el pañuelo a los ojos por miedo a que su rostro revelase su indignación. Nunca antes le había visto ponerse en evidencia de forma semejante. Lo que fuera con que insistía a aquella muchacha no lo decía como un amo a su esclavo. No había nada que invitase a pasar por aceptable aquella especial muestra de bondad bajo las actuales circunstancias. No estaba expresando sus condolencias. No. Aquello era personal. Se había dejado llevar. Y ahora, sentada a la mesa frente a la silla vacía de él, sintió bullir su ira y agitó la campanilla solicitando la presencia del anciano mayordomo.

—Washington, puedes llevarme a mi alcoba. Mándame a Till.

Till ayudó a la señora Colbert a ponerse su arrugado camisón, y se dispuso a

cepillarle la espesa cabellera. Percibió que algo iba mal. Empezó a hablar con voz melosa sobre los viejos tiempos en Chestnut Hill. El Ama apenas la escuchaba. Cuando se dirigía a la cama del brazo de Till, se detuvo ante la ventana, apartó las largas cortinas de chintz y miró hacia el molino. En la oscuridad, allá abajo, divisó un parche de color rojizo; las luces en el cuarto del molinero estaban prendidas. Dejó caer la cortina y retomó el camino hacia la ancha cama con dosel. Till le dio las buenas noches, apagó las velas de un soplido y se marchó.

Ya a solas, el Ama no conseguía conciliar el sueño. Su educación y su propio buen juicio le habían enseñado que hay muy pocas situaciones en la vida por las que merezca la pena perturbarse. Pero esa noche estaba enojada. Estaba dolida y le remordía la conciencia. Y porque estaba dolida, su mente regresaba una y otra vez a Chestnut Hill y a su padre. Deseó haber sido más bondadosa con él los años en que él estuvo inválido y a menudo aquejado de dolor. Deseó haberle mostrado algo de ternura. Sus ojos solían reclamársela a veces, recordó. Ella se había mostrado solícita, decididamente jovial. Le tenía bien atendido y se cercioraba de que su sirviente personal no descuidase ningún detalle. Pero sabía que había algo que él deseaba por encima del deseo de que se le cambiasen las sábanas todas las mañanas o de que se le preparase el té justo como a él le gustaba. Ella nunca se lo dio, nunca satisfizo su debilidad. En aquellos días, desconocía lo que significaba estar enfermo. Estar inválido e impedido, no poder ir y venir a voluntad, que lo dejaran a uno fuera de todo como si estuviera senil. Ella no era consciente de lo que se sentía, ni por asomo. A los inválidos había que tenerlos limpios y cómodos, había que saludarlos con alegría: así era su vida.

Cuanto más tiempo permanecía despierta pensando en aquellas cosas del lejano pasado, más y más sola y desgraciada y herida sentía que estaba aquella noche. Su acostumbrada fortaleza parecía haberse venido abajo por completo. Trató de recomponerla, pero los pedazos ya no estaban allí. Extrañas alarmas y sospechas empezaron a desfilar veloces por su mente. ¿Hasta qué punto era víctima del engaño y la burla de sus propios sirvientes en su propia casa? ¿Cuál era el significado de esa íntima conversación que había tenido lugar ante sus propios ojos esa tarde?

Incapaz de permanecer tumbada más tiempo, abandonó la cama con cautela y echó mano de su bastón y de su silla. Empujando la silla a su lado, pudo llegar hasta la ventana y de nuevo apartó la cortina. El rectángulo rojizo de luz seguía ardiendo en el oscuro molino. Se sentó en la silla y reflexionó. Unas horas antes había oído a Nancy extender su jergón de paja en el pasillo, junto a su puerta. Pero ¿estaba allí ahora? Quizá no siempre durmiera allí. ¿Una sustituta? Había cuatro muchachas de color, sin contar a Bluebell, que podrían ocupar fácilmente el lugar de Nancy en ese jergón. Seguramente sí que ocupaban su lugar, y todo el mundo lo sabía. ¿Podía acaso confiar en Till siquiera? De todas formas, Till se retiraba pronto a su cabaña, y ella sería la última en enterarse.

El Ama permaneció sentada muy quieta, casi sin respirar, sobrecogida de terror.

La idea de que pudiesen tomarla por estúpida, de que pudiesen burlarla de un modo u otro, le resultaba insoportable. Había velas sobre el tocador pero no tenía con qué prenderlas. Tenía la garganta seca y parecía atenazada. Tenía miedo de alzar la voz, miedo de respirar hondo. Una sensación de desmayo empezó a apoderarse de ella. Extendió la mano e hizo sonar con resolución su campanilla.

La puerta de la alcoba se abrió y alguien entró dando tumbos.

—¡Sí, señora! ¡Sí, señora! ¿Qué le pasa, señorita?

Era la voz somnolienta y alarmada de Nancy. La señora Colbert se derrumbó sobre el respaldo de la silla y aspiró una larga y lenta bocanada de aire. Todo había acabado. Su arruinada y pérfida casa se alzaba a salvo en torno a ella de nuevo. Estaba en su propia alcoba, recién arrancada de un sueño de destrucción. Pero debía terminar lo que había empezado.

—Nancy, me encuentro mal. Corre a la cocina y aviva las brasas y pon agua a calentar. Luego ve a buscar a tu madre. Necesito meter los pies en agua caliente.

Nancy recorrió a toda prisa el largo pasillo y entró en la cocina. Ahora estaba completamente despierta, y alarmada. No era una muchacha rencorosa.

Till acudió, antes de lo que su ama podría haber pensado que fuera posible. Nancy trajo la palangana para los pies y la enorme tetera de hierro. Till se sentó en el suelo masajeando rítmicamente los hinchados tobillos y rodillas de su ama, murmurando: «No se preocupe, señorita. No están peor de lo habitual. Solo es que ha cogido frío esperando ahí afuera junto a la tumba».

Cuando hubieron acomodado de nuevo al Ama en la cama, Till insistió en quedarse con ella. Pero la señora Colbert, reconfortada por la presteza y la conmiseración de sus criadas, les dio las gracias a ambas, dijo que el dolor había pasado y que dormiría mejor sola. Mientras la ayudaban a levantarse de la silla, miró una vez más por la ventana: las luces del molinero seguían ardiendo en el cuarto oeste del molino. ¿Sería un litigio del que nunca le había hablado lo que le quitaba el sueño al hombre?, se preguntó. ¿O quizá estuviera leyendo sus libros religiosos? Sabía que él ponderaba sobre cómo nos salvamos o nos perdemos. Esa era la desventaja de haber sido criado como un luterano. En su Iglesia todas esas cosas ya habían sido resueltas hacía tiempo por cabezas mucho más sabias que la de Henry. Se había casado con el único Colbert con conciencia, y a veces deseaba que no tuviera tanta.

Tras el rectángulo de luz titilante de allá abajo, el molinero, en ropa de faena, estaba sentado con la Biblia abierta sobre la mesa ante él, pero había dejado de leer. La vida de Jezebel, tal y como la había resumido el señor Fairhead, se le antojaba un extraño ejemplo de predestinación. Para ella, sin lugar a dudas, su captura había sido una salvación. Así y todo, él detestaba todo el sistema de la esclavitud. Su padre nunca había tenido un esclavo en propiedad. Los cuáqueros llegados de Pensilvania tenían fe en que la esclavitud sería abolida algún día. En el Norte había muchas personas



que se hacían llamar abolicionistas.

Henry Colbert sabía que la ley le daba derecho a manumitir a cuantos negros de su esposa quisiera, pero eso sería un ultraje para los sentimientos de ella y una injusticia para los propios esclavos. ¿Adónde irían? ¿Cómo vivirían? Jamás habían aprendido a cuidar de sí mismos ni a proveerse para el futuro. Eran parte de la propiedad de los Dodderidge y de la casa de los Dodderidge. De entre todos los negros del lugar, Sampson, su primer peón de molino, era el único que tal vez pudiese conseguir trabajo y ganarse el pan fuera de allí. Era un mulato alto y erguido, de buen semblante, atento, inteligente. Su cabeza era protuberante por detrás de las orejas, su forma más parecida a un melón tumbado que a un cacahuete de pie sobre un extremo. Colbert confiaba en el buen juicio de Sampson y estaba convencido de que podía encontrarle un hueco en alguno de los molinos cuáqueros de Filadelfia. Había contemplado la idea de comprárselo a Sapphira y enviarlo a Pensilvania convertido en un hombre libre.

Una noche, tres años atrás, había llamado a Sampson a su cuarto y allí le propuso este plan. Sampson no le interrumpió. Permaneció de pie, con aquella actitud suya, tan masculina y responsable, escuchando atentamente a su amo. Pero cuando le llegó el turno de hablar, se vino abajo. Este era su hogar. Aquí conocía a todo el mundo. No quería irse a vivir entre extraños. Además, Belle, su mujer, era una trabajadora perezosa, y sus hijos eran pequeños. Nunca podría tenerlos tan bien proveídos como lo estaban aquí. ¿A qué santo se le había metido al señor Henry esa idea en la cabeza? ¿Es que no era bueno de verdad en su trabajo? No es que Belle fuera de mucha ayuda en la casa, lo sabía, pero era buena con los críos y no le hacía daño a nadie. Además, antes abandonaba a los críos que dejar el molino, ahora que lo tenían todo tan a punto y podían aciberar harina de trigo más fina que la que se podía comprar en la ciudad.

—Supongo que yo te echaría más en falta de lo que tú echarías en falta al molino, Sampson. No se hable más del asunto, si es así como te sientes —dijo el molinero levantándose y apoyando la mano sobre el hombro de Sampson. Allí acabó la cosa. Samson jamás volvería a referirse a esta proposición ni tampoco lo haría su amo.

Aquella noche, después del entierro de Jezebel, Henry Colbert estuvo releyendo ciertos pasajes marcados en el Libro que él reconocía como una guía completa de la vida humana. Se había dirigido a todos los versículos marcados con una e mayúscula. José, Daniel y los profetas habían sido esclavos en tierras extranjeras y habían salido recompensados de su cautiverio. En ningún lugar de su Biblia había sido capaz de encontrar nunca una condena clara de la esclavitud. Aparecían llamadas a la benevolencia con los esclavos, a la compasión y la tolerancia. *Recordad a los prisioneros como si estuvierais presos con ellos*. Sí, pero en ningún lugar decía su Biblia que no debería haber prisioneros, ninguno en absoluto. Y Henry se había preguntado a menudo, ¿acaso no somos todos prisioneros? Si Lizzie, la cocinera, es prisionera de Sapphira, ¿acaso no es ella casi por igual prisionera de Lizzie?

El molinero sabía que debía de estar haciéndose tarde. Se había dejado el enorme

reloj de plata arriba, en la casa, sobre el tocador de su esposa. Pero él y los negros podían calcular la hora observando las estrellas. En esta estación del año, si la Osa Mayor se había ocultado tras los oscuros montes poblados de píceas que se elevaban detrás de la casa de Rachel, entonces era pasada la medianoche. Abrió la ventana de su cuarto que daba al norte, y la buscó. Sí, la Osa se había ocultado. El aire de la suave y sosegada noche primaveral se coló por la ventana. No se escuchaba otro sonido que el del arroyo que vertía incesante sus aguas sobre el lecho rocoso. Mientras estaba allí, se repitió a sí mismo algunos de los versos de un himno predilecto.

Dios se mueve de forma misteriosa  
para obrar Sus maravillas.  
(...)  
En la profundidad de minas insondables  
de inagotable ingenio,  
atesora Sus designios refulgentes,  
Y urde Su soberano arbitrio.

Hemos de depositar, se dijo a sí mismo, nuestra confianza en Sus designios. Designios que resultaban bastante evidentes en las estrellas, en el paso de las estaciones, en los bosques y los campos. Pero ¿y qué había de los asuntos humanos? Quizá nuestro desconcierto proviniese de un fallo en nuestra capacidad de percepción. Nunca podíamos ver lo que nos reservaba la siguiente curva del camino. Siempre que viajaba a Winchester, visitaba a un anciano cuáquero muy sabio. Este hombre, aun habiendo cumplido ya los setenta, creía firmemente que todavía sería testigo del advenimiento de uno de esos grandes designios, que el Señor ya había elegido a Sus heraldos y Sus capitanes, y que llegaría un día en el que todos los esclavos negros serían libres.

Era por la tarde. Corría una suave brisa, y la señora Blake iba caminando por la última curva de la «Doble Ese», rumbo a Timber Ridge. Al final de la empinada pendiente se sentó en un musgoso tocón, se retiró la capota y se entregó al disfrute del día primaveral.

En la profunda quebrada de más abajo, un arroyo de montaña descendía en torrente color café, arrojando cristalinos arcoíris allí donde gorgoteaba sobre los saltos en la roca. En la pronunciada ladera que se alzaba al otro lado del arroyo, los altos árboles del bosque estaban aún desnudos, y las hojas de roble se mostraban poco más grandes que la oreja de una ardilla. Desde el interior del desnudo bosque gris se abrían paso las retorcidas ramificaciones del cornejo salpicadas de brotes blancos: las flores dispuestas a su propia y asilvestrada manera a lo largo de las zigzagueantes ramas rampantes. Su inesperada presencia y su singular blancura no dejan de maravillarse ni al más mediocre morador de esos montes. En toda la floración y explosión de color y eclosión de una primavera de Virginia, el cornejo, desprovisto de todo perfume, es el arbusto más silvestre y a la vez el más austero, el más ultramundano.

En esto pensaba la señora Blake allí sentada en el tocón. Apenas si dedicó una mirada a la madreselva silvestre que lo invadía todo a su alrededor, muy pegada al suelo pedregoso, de color rosa y fucsia, con largos estambres temblorosos que hacían que cada una de sus flores pareciera un insecto brillante captado en pleno vuelo. Cuando finalmente cogió su cesta y prosiguió el ascenso, abandonó el camino de peaje y tomó una carretera secundaria que discurría a lo largo de la cresta de la sierra. Aquí arriba la tierra era mejor: diversos campos sembrados y pequeños prados verdes se desplegaban a lo largo del camino. Los podofilos medraban en las zonas húmedas y sus flores, como diminutos nenúfares, desprendían un dulzor intenso, casi mareante. Aquí y allá se levantaba una granja sólidamente construida, con un patio y un jardín pulcramente cuidados. Las falsas acacias estaban en flor y se extendían junto a las zigzagueantes cercas de maderos superpuestos. La brisa atrapaba su perfume y lo transportaba carretera abajo. Todo virginiano recuerda siempre esas falsas acacias que crecen a lo largo de los caminos: sus macizos como nubes de follaje azul verdoso y sus pesados racimos colgantes de flores color blanco crema, como la flor del guisante. A excepción de los árboles centenarios, los gigantes, las falsas acacias tienen un aspecto flexible y lánguido, como el del muchacho de las montañas que se apoya en el mostrador cuando visita la tienda rural. Y, sin embargo, desde el momento en que son lo bastante grandes como para ser talados, le ofrecen al granjero el poste más resistente que se pueda encontrar para sus cercas, y en el comercio maderero, la robinia es muy valorada por su resistencia a la humedad.

Desde la carretera de la sierra, la señora Blake podía extender la mirada sobre colinas y valles, igual que si se encontrara en la cima del mundo. Le gustaba subir allá arriba en cualquier época del año, y le gustaba hacerlo a pie y a solas. Incluso en sus mejores tiempos, antes de que su esposo falleciera, cuando vivía en Washington y nunca visitaba su hogar en Back Creek, solía echar de menos estas montañas y los lugares altos. Esa tarde estaba en la sierra para responder a la llamada de un enfermo, pero no era nada serio y estaba dispuesta a disfrutar.

La víspera, una niña muy pálida, con los pies descalzos y un vestido remendado a conciencia, se había colado silenciosamente en la cocina de la señora Blake sin llamar a la puerta. Llevaba el pelo peinado en una trenza y la cara lavada, pero aparte de eso, era una criaturita de aspecto desolador, con oscuras ojeras bajo los ojos. Su rostro tenía algo de furtivo y de inocente al mismo tiempo. Le contó a la señora Blake cómo a la abuelita se le había caído la plancha de hierro encima del pie el otro día, y ahora tenía el dedo infectado. ¿Podía quizá la señorita Blake subir y ver si tenían que hacer llamar al doctor Brush? Y ahora la señora Blake iba de camino a comprobarlo. Llevaba vendas y unguento de trementina y tintura de árnica en la cesta. Pero tenía también un tarro lleno de café recién molido, media hornada de pasteles de azúcar y una hogaza de pan blanco. Para aquella pobre gente de la sierra, el café y el pan de trigo eran auténticos manjares. Esta visita no iba a desperdiciarse por completo en un pie hinchado. No, la señora Blake sospechaba que el pie quizá no estuviera demasiado mal y que la anciana señora Ringer la había hecho llamar porque hacía mucho que no la veía y deseaba que la visitase.

La propia señora Blake acudía a esta visita muy animada. La señora Ringer era más agradable que muchas personas más afortunadas, que procedían de mejores familias y que tenían granjas y criaban ovejas y cerdos para el mercado. En la sierra había familias que vivían de forma desahogada, con unos pocos negros que se encargaban de la faena, y que se creían muy importantes. Si visitabas a los Pemberton, por ejemplo, te hacían esperar media hora en la sala mientras las señoras se vestían y se empolvaban el rostro. Cuando por fin hacían acto de presencia, con sus pañuelos de luto con puntilla negra y sus pendientes de azabache, cuidaban tanto sus modales que la conversación resultaba del todo anodina.

Ahora bien, Mandy Ringer había tenido una vida muy dura, sabe Dios que sí, pero el infortunio y los trabajos pesados nunca habían resquebrajado su ánimo. Era tan flaca como un saltamontes, e igual de saltarina también. Probablemente no había pasado ni un día de decaimiento en toda su existencia. Cuando se despertaba por la mañana, se ponía su vestido de percal en un abrir y cerrar de ojos y salía corriendo para ver en qué había estado ocupado su jardín por la noche. Entonces cogía un cubo e iba a ordeñar a Sukey en el cobertizo. Su hijo, aunque tullido, lo habría hecho por ella, pero era costumbre en aquellas tierras que las mujeres se encargaran del ordeño. La señora Ringer no le habría confiado a ninguna de sus dos hijas el cuidado de Sukey. Aquella vaquita de cara blanca mantenía a flote la casa de troncos cuando

todo lo demás fallaba, y sus terneros aportaban, de hecho, el único dinero contante y sonante con que la anciana podía contar en su vida.

La señora Ringer era curiosa de nacimiento. Se entretenía de lo lindo con la meteorología y el comportamiento de la luna. Cualquier miga de chismorreos que llegara a sus oídos era bienvenida como un regalo divino. La intempestiva visión de un rostro extraño era una gollería: ya fuera un vendedor ambulante con un saco a la espalda o un vendedor de medicamentos con su pequeño carromato, procedente del otro lado de los montes Allegheny. La señora Ringer no sabía leer ni escribir, como tenía la franqueza de contarle a todo el mundo, pero lo cierto es que sabía leer lo más importante: las señales del paso de las estaciones del año, el significado del comportamiento de las criaturas del bosque, y el rostro humano. Una vez le dijo a la señora Blake mientras charlaban: «Mientras el Señor me deje vivir y no me meta en un sucio agujero, yo, señora, puedo soportar lo que sea».

Y es que había soportado mucho, desde luego. Su hijo era un pobre tullido, y sus dos hijas, ambas, habían sido «burladas». Esto rara vez ocurría dos veces, ni siquiera en los hogares más dejados. La deshonra de sus mujeres hacía caer muy bajo a cualquier familia en aquellas tierras. Pero Mandy Ringer no podía permanecer arrugada mucho tiempo. Se venía arriba como un corcho, probablemente sin otra mejor excusa que la del hecho de que el sol saliera cada mañana. Su buen ánimo manaba efervescente a la luz como un manantial y se desparramaba entre los berros.

Rachel Blake siempre se había sentido atraída hacia la gente abierta y afable. Y había conocido a mucha gente así en el pasado, cuando vivía en la ciudad de Washington antes de que su marido falleciera.

Cuando se presentó en la baja casa de troncos con una enorme chimenea exterior de piedra, la señora Ringer, con el pie envuelto en andrajos, cojeó livianamente hasta la puerta para darle la bienvenida.

—¡Que me aspen si no es usted un ángel por hacerse todo el camino montaña arriba para venir a vernos! Reconozco que ya había pensado que no vendría, pero Lawndis me dijo que no desespere. Y hasta se ha afeitado para usted.

En estas, apareció a su espalda un hombre de piel morena con la espalda encorvada y un pie deforme.

—Sí, señorita Blake, cuando he visto que cambiaba el viento y se llevaba las nubes, me he imaginado que vendría a ver a Madre.

Tenía la voz suave y grave, y se percibía una cortesía genuina en el modo con que miraba a la visitante. Sacó una silla para ella y la alivió de la carga de su cesta.

La señora Blake examinó el pie hinchado y manifestó que no tenía más que un feo hematoma. Aplicó su unguento y colocó un vendaje limpio. Luego sacó de su cesta unas viejas zapatillas de andar por casa.

—Estará más cómoda con esto, señora Ringer. Póngaselas y no se las quite. Bajo ningún concepto camine descalza. Bien, estoy un poco cansada después de la caminata, así que, si Lawndis enciende la lumbre, prepararé un poco de café para

todos.

Después de encender la lumbre, el hijo se retiró el sombrero.

—Si me disculpa, señorita Blake, voy a salir al jardín a limpiarlo un poco de malas hierbas. Usted y Madre se sentirán más a gusto para hablar de sus cosas. No es que haya tenido muchas visitas últimamente.

Salió cojeando de la casa, cuidándose mucho de no calarse el sombrero hasta bien traspasada la puerta.

La señora Ringer extendió un mantel blanco sobre la mesa de la cocina y sacó sus tazas y platos de porcelana azul. Antes de que hirviera el agua, Lawndis regresó con un cántaro de cerámica en las manos.

—Tome, Madre. Creo recordar que a la señorita Blake no le gusta tomarse el café sin nata. Si desnata esta leche un poco devolveré el cántaro a la fresquera. Tenemos una auténtica fresquera de arroyo, señora, mejor que la de la mayoría de la gente de por aquí arriba. Queda un poco lejos, pero es que es donde está el arroyo.

—Tiene usted un hijo muy atento, señora Ringer —comentó la señora Blake, mientras le observaba alejarse cojeando con la leche por el jardín.

—Sí, señora, Lawndis es un buen chico, qué quiere que le diga. Y trabaja de lo lindo para estar tullido como está. ¿No es una pena que no haya tenido suerte con mis niñas?

Este era un tema delicado. La señora Blake no deseaba entrar en ese terreno.

—¿Dónde están las niñas hoy? —preguntó con cortesía, como si no pasara nada de particular con ellas.

—Ginnie tiene trabajo en Capon Springs ayudando a limpiar el hotel para los veraneantes. Quizá no les hayan llegado noticias de su problema por allá arriba. En cuanto a Marge, no sé por dónde anda ahora mismo, seguro que perdida por el bosque, avergonzada de tener que verla aquí. Ay, señorita Blake, las cosas habrían sido bien distintas si mi Lawndis fuera un hombre fuerte. Entonces podría haber cogido a aquellos tipos, darles una tunda y haberles obligado a casarse con sus hermanas. Pero los muy bribones sabían que mis pobres niñas no tenían a nadie que las defendiera. A los chicos les da miedo aprovecharse de una chica que tenga hombres hechos y derechos en casa que puedan asegurarse de que se respeten sus derechos.

La señora Blake trataba aún de evitar discutir sobre estos infortunios puesto que no había nada que ella pudiera hacer para remediarlos.

—Bueno, fuera lo que fuese lo que ocurrió, sé que Lawndis jamás sería duro con sus hermanas —dijo afable—. Y ahora, dígame, señora Ringer, ¿en honor a quién le puso el nombre a su hijo? Me lo he preguntado a menudo y nunca se me ha ocurrido preguntárselo.

—¿Lawndis? Ah, por el predicador. ¿No se acuerda de un predicador itinerante que vino por estos lares cuando usted era una niña todavía? Estuvo una semana o más celebrando reuniones todas las noches en la iglesia de Bethel, y no me perdí ni un

sermón. En mi vida había escuchado ni he vuelto a escuchar sermones como aquellos. Cuando llegó mi siguiente hijo, le puse el nombre de ese predicador.

Sí, la señora Blake se acordaba de aquel predicador. Llevaba un abrigo con faldones, incluso a caballo, y su nombre era Leonidas Bright. La gente de la sierra podía hacer cosas muy curiosas con los nombres con los que no estaba familiarizada.

En ese momento, la niña pálida que había ido a buscar a la señora Blake el día anterior bajó discretamente por la escalera de mano desde el altillo de encima de la cocina y se acercó con timidez a la mesa. En su mano portaba una pequeña caja de madera repleta de cristales de cuarzo que había recogido en las pedregosas laderas montaña arriba.

—¿Son diamantes esto, señorita Blake, señora? ¿Puedo venderlos a cambio de dinero?

—No, pequeña, me temo que no son diamantes. Aunque son igual de bonitos.

—Vamos a ver, Becky, ¿a qué vienes a molestar a la señorita Blake? Ya te dije yo que no son diamantes. Ahora sube corriendo y cuida del bebé, y toma, aquí tienes un pastel de los que me ha traído la señorita Blake. ¿Está dormido?

—Sí, Madre.

La señora Blake le tendió disimuladamente un segundo pastel a la niña, y esta trepó por la escalera sin hacer ruido.

La abuela cloqueó una risita.

—Es la última moda por acá arriba. Desde que robaron en Bethel, todo el mundo se cree que puede hacer una fortuna vendiendo cualquier cosa. Hasta la pobre Becky se lo cree.

—¿De qué robo me está usted hablando, señora Ringer?

La señora Ringer posó la taza sin que le llegara a rozar los labios.

—¿No me diga que no se ha enterado del robo en Bethel del servicio para la eucaristía?

—Se lo aseguro, no tenía noticia.

A la señora Ringer se le iluminó el rostro.

—¡Me deja usted de piedra, señora! Para la gente de aquí arriba ha sido una desgracia, y casi no hablamos de otra cosa. El domingo pasado por la noche, después de la misa, robaron el servicio completo, la patena de plata y el copón de plata y las vinajeras. Y ahora todos sus miserables parientes intentan echarle la culpa a Casper Flight, con lo buen chico que es, porque él tiene la llave de la puerta para poder barrer la iglesia y ocuparse de que esté limpia. Todo el mundo sabe que rompieron una ventana la noche del robo, así que ¿qué tendrá que ver la llave de Casper con todo este asunto, digo yo? ¿Es que iba a romper una ventana teniendo la llave?

A la señora Blake le picaba el interés.

—¿Se refiere usted al niño de los Flight que va a la escuela del señor Fairhead? Pero ¿cómo? Si su profesor solo tiene buenas palabras para él.

—A ese mismo me refiero. Le han estado persiguiendo todos esos primos suyos,

esa auténtica panda de cuidado, los Keyser, que tienen una destilería. ¿Quiénes son ellos para actuar en nombre de la iglesia, cuando en su vida han pisado una? A no ser —y aquí la señora Ringer hizo una pausa y sacudió el dedo en dirección a la señora Blake, mientras añadía de manera efectista—: A no ser que estuvieran dentro de la iglesia de Bethel el último domingo por la noche, después de la misa.

—Pero ¿por qué intentan los Keyser echarle la culpa a Casper? Dice usted que son primos.

—Bueno, señorita Blake, ¿quién puede odiarle a uno más que sus propios primos? Eso lo sabemos todos. Le odian únicamente por ser un buen chico y porque quiere ser alguien de provecho, bajando como baja a pie nada menos que hasta Back Creek para aprender a leer y a escribir. Nadie de su familia ha sabido ni leer ni escribir nunca, y que me aspen si aprenderán jamás. Es puro resentimiento, y yo le digo a Lawndis que sé que Buck Keyser rompió esa ventana y trepó al interior y robó al Señor, lo sé tan bien como si lo hubiese visto. Tiene las cosas escondidas en alguna parte, y un día cruzará al otro lado de los Allegheny, donde no le conocen, y las venderá.

La señora Blake se sorbió ruidosamente la nariz.

—Pues no va a sacarles mucho. Ese servicio de Bethel no es de plata maciza ni mucho menos. Está chapado, y el chapado es una birria, se lo digo yo.

La señora Ringer dio un respingo en la silla.

—¡No me diga, señorita Blake! Vaya, eso solo lo podía saber usted. Ay, Señor, ojalá hubiese tenido yo su suerte, señora. La vida en la ciudad es la que te enseña las cosas, ¡y a mí me habría encantado! ¡Así que después de tanta maldad no tienen ninguna fortuna escondida! ¡Y, para todo lo que han dado que hablar, no valen mucho más que los diamantes de la pobre Becky! Al fin y al cabo, sí que hay una clase de justicia en este mundo, ¿verdad?

La conversación derivó de forma natural hacia el clásico ejemplo de justicia retardada: el asesinato del vendedor ambulante en la casa de ladrillo rojo de Ridge Road y su resolución veinte años después. Mientras la señora Ringer relataba cuanto recordaba de las dos desgraciadas que habían matado al vendedor para robarle el saco, Lawndis apareció en la puerta. Estaba cubierto de sudor y resoplaba.

—Madre, me temo que esos Keyser han cogido a Casper. He oído gritos en el bosque y la risotada de Buck. Cuando anda haciendo de las suyas, tiene la risa más malévola que yo haya oído jamás. Voy para allá.

La señora Ringer se levantó de un salto.

—Pues entonces voy contigo.

—Ni hablar, Madre. El pie ese la tiene coja.

—Supongo que no estoy más coja que tú. Vamos, señorita Blake, iremos todos. En mis bosques no quiero problemas.

La señora Blake cogió la cesta.

—Coja uno de los bastones de Lawndis, Mandy, y evite hasta donde sea posible



forzar el pie.

Emprendió la marcha con los dos tullidos, jardín abajo, pasada la fresquera, y ascendió hacia el bosque, donde se oían voces maldicientes y provocadoras.

No se habían adentrado demasiado cuando se toparon con los tres Keyser y su cautivo. Un chico joven, de quince o dieciséis años quizá, despojado de su ropa hasta la cintura, estaba atado al tronco de un joven castaño. Tres hombres merodeaban en torno al árbol burlándose de él. El hermano llamado Buck llevaba las mangas arremangadas y la camisa abierta exhibiendo una espesa pelambreira de pelo rojizo en el pecho y los antebrazos. Se estaba riendo a carcajadas y hacía restallar un látigo de trallas de cuero trenzado de vaca. El muchacho atado al árbol no articulaba palabra en respuesta a las burlonas preguntas de Buck. No emitía sonido alguno, ni siquiera levantó la vista cuando la señora Blake se abrió paso entre los arbustos con mucho frufrú de faldas. A lo más, apretaba los dientes. Ella pudo ver cómo le temblaba la mandíbula inferior.

La señora Ringer habló primero.

—Eh, vosotros, ¿qué tramáis?

Buck, el grandullón, podía ser muy correcto si se esforzaba. Por nada del mundo esperaba encontrarse con la señora Blake de Back Creek, y su aparición lo cambió todo. Se retiró el sombrero y habló con desenvoltura.

—No es nada, señoras, un asunto de familia nada más. Este joven ha sido acusado de llevarse el servicio para la eucaristía. Su madre es una Keyser y es cosa nuestra resolver el asunto. Ya saben que su padre es un patán, y ese predicador baptista que le da clase en la escuela no parece que le haya enseñado a mantener las manos alejadas de las cosas ajenas. Es hora de que la familia le dé un par de lecciones. Tiene que decir dónde ha escondido esas cosas.

La señora Blake no había apartado los ojos de Buck, y ahora habló.

—Entonces será mejor que vayas a por ellas, Buck Keyser, y las devuelvas a donde les corresponde porque no son más que un montón de chatarra, y lo único que vas a conseguir con ellas son un montón de problemas.

La expresión de Buck permaneció impertérrita, pero sus dos hermanos se miraron el uno al otro.

—Es justo lo que pensaba hacer cuando le saque dónde están, señorita Blake.

Dicho esto, restañó el látigo y abrió un corte en el hombro desnudo de Casper. El muchacho no emitió sonido alguno, pero al pobre Lawndis le impresionó tanto que se puso a llorar y echó los brazos en torno al prisionero para protegerle con su propia espalda.

—¡No te atrevas a azotarle otra vez! No puedo pelear contra ti. No soy más que un pobre hombrecillo, pero tendrás que acabar conmigo antes de ponerle las manos encima otra vez.

La señora Blake sabía que Lawndis pasaría una semana enfermo después de semejante acceso.

—¡Deberías avergonzarte, Buck Keyser! —dijo mientras se acercaba hasta él y ponía la mano sobre su brazo peludo—. Lawndis se va a llevar la peor parte del castigo, y lo sabes. ¿Para qué has venido a sus tierras a desplegar tu estupidez? ¿Qué tienes contra Lawndis?

—No tenemos nada contra Lawndis. Este llorica ha venido a esconderse a los bosques de los Ringer porque es un cobarde y tiene miedo de recibir una azotaina. Veníamos siguiéndolo y hemos llegado a este sitio, por eso estamos aquí. No hagas el tonto, Lawndis. Me ocuparé de los míos en otro lugar, fuera de tus bosques. Recibirá sus azotes cuando no haya señoras delante. ¡Vamos, chicos! Que tenga un buen día, señorita Blake.

La señora Blake le dijo a Lawndis que regresara a casa y se tomara el café que quedaba. Mientras las dos mujeres desataban al muchacho de los Flight y buscaban su camisa, la señora Ringer habló con un susurro.

—Digan lo que digan, lo han traído aquí a propósito. Buscaban guerra y ¿qué guerra puede haber si nadie te ve? Saben que Lawndis es un blando y que no soporta ver cómo abusan de nadie. Gracias a Dios que estaba usted aquí, señorita Blake. Está claro que no quieren meterse en demasiados problemas con su padre.

Mientras descendía por la «Doble Ese» y la carretera de la «quiebra», la señora Blake se dijo a sí misma que debía mantener una charla con David Fairhead sobre Casper. Quizá no fuera acertado animarle. «No sé si ese chico es lo bastante fuerte para poder lidiar con lo que le rodea —se dijo—. Un hombre tiene que ser fuerte como un toro para salir del lugar en el que nació. Solo espero no soñar esta noche con Casper y cómo estaba plantado contra ese árbol, con la mandíbula inferior temblándole.»

De haber visto a la señora Blake trajinando por su casa y por su jardín, un extraño difícilmente podría haber adivinado que había vivido los años más felices de su vida en Washington y que tenía mucho más mundo que su sofisticada madre.

Rachel tenía dieciséis años cuando Michael Blake recorrió a caballo el condado de Frederick solicitando votos. Por aquel entonces ya era miembro de la Asamblea Legislativa de Virginia, y ahora era candidato al Congreso de Estados Unidos. En su recorrido, pasó unos días en la Granja del Molino, donde recibió una cálida acogida. Su trayectoria y sus principios contaban con el beneplácito de Henry Colbert, y al Ama le encandilaron sus buenos modales, su apuesto rostro y sus ojos azules. Cuando se despidió y puso rumbo al territorio del río Capon, supo que le echaría de menos.

Michael regresó a la Granja del Molino dos semanas después. Había tomado una decisión. Ya la había tomado, desde luego, durante su primera visita, pero entonces no reveló sus intenciones a nadie, ni siquiera a Rachel. Cuando, en su segunda visita, pidió la mano de su hija al molinero y a Sapphira, se quedaron mudos de asombro. Tras el encuentro en el que ambos dieron su consentimiento, la señora Colbert se retiró a su alcoba y se encerró allí durante una hora para recuperar la compostura.

Nunca había cosechado esperanzas de conseguir algo tan bueno para Rachel. A menudo dudaba incluso de que lograra casarla algún día. A sus dos hijas mayores las había casado muy bien. Pero no veía nada en aquella muchacha que pudiera resultarle atractivo a un joven. Rachel era mona, sí, a la imperiosa manera de su padre, pero no se podía decir que fuese guapa. Era reservada hasta tal grado que su madre la consideraba huraña, y tenía opiniones muy formadas sobre temas que no concernían a las mujeres en absoluto. Era la favorita de su padre, aunque, siendo igual que él, no era de extrañar que así fuera. Pero este alegre joven Blake de complexión tan blanca, con su cálida risa y su dulce voz... «Vamos —reflexionó la señora Colbert—, que sobre gustos no hay nada escrito.» Blake era irlandés y los irlandeses a menudo saltan antes de mirar.

Cuando se hubo recuperado, la señora Blake se sentó a escribir a sus hermanas sobre la asombrosa noticia.

Mientras ella se encontraba sentada a su escritorio, el joven estaba con Rachel. La había encontrado en el jardín separando matas de claveles. Le limpió las manos con su pañuelo y la condujo al cenador cubierto de lilas. Sentado a su lado en el rústico banco, él le contó su historia a la usanza de la época.

Todo había ocurrido la primera noche de su primera visita, estando sentado frente a ella durante la cena. Observaba su rostro a la luz de las velas y se dio cuenta de que le costaba responder a las amigables preguntas de su madre y mantener la mente centrada en la conversación. Después de marcharse, siempre que se encontraba a

solas, no podía pensar en otra cosa que no fuera Rachel. Tenía treinta años y nunca antes había conocido a una muchacha con la que deseara casarse. Claro estaba, reconoció, que «le gustaba su libertad». Pero ahora todo era distinto. El padre y la madre de ella habían dado su consentimiento. Pero necesitaba que ella le diera el suyo, de corazón.

—¿Crees que podrías llegar a amarme, a amarme de verdad, Rachel? —Su voz era nostálgica, casi triste.

Ella levantó la mirada y se enfrentó a sus ojos azules sin temor, mientras algo intenso fulguraba en los suyos.

—Ya lo hago, Michael.

—¡Amor mío! ¿Me darías un beso?

Ella apoyó las manos en los hombros de él, conteniéndolo, y con aquella cuasi fiera devoción todavía brillando en sus ojos, suplicó.

—¡Por favor, Michael, por favor! No hasta que no estén pronunciados los votos.

Ninguna otra respuesta podría haberle hecho más feliz. Cogió sus manos y enterró su rostro en ellas.

Esto ocurría hacia 1830, cuando el libertinaje era en extremo desenfrenado y las convenciones igualmente estrictas. Los jóvenes solteros de vida disoluta eran escrupulosos cuando llegaba la hora de escoger a la muchacha con la que se casarían, y exigían que esta fuera virgen tanto de pensamiento como físicamente. Lo peor que podía decirse de una muchacha soltera era que «sabía demasiado».

Inmediatamente después de que Michael fuese elegido representante del distrito \_º, la joven pareja contrajo matrimonio y se trasladó a Washington para vivir en una casita de alquiler. La devoción que Michael había leído en los ojos de Rachel cuando le negara el beso de compromiso pronto se convirtió en la guía de su vida: no había nada de ella que no se sometiera a esa devoción. En todos los sentidos, él era su primer amor. Es más, se la había llevado de un hogar donde nunca había sido feliz, de modo que ella sentía por él todo lo que se siente hacia un rescatador y un salvador. Hasta que él llegó, su corazón había estado frío y aterido.

Cuando Rachel tenía doce años escuchó por accidente una conversación que marcaría sus pensamientos y sus sentimientos para siempre. En aquellos días solía caminar a menudo hasta la estafeta para recoger el correo, aunque sabía que esta costumbre molestaba a su madre. Rachel estaba muy unida a la jefa de correos, por entonces una mujer joven que se había quedado viuda con tres niños pequeños a su cargo. Una mañana, estaba sentada en el sombreado porche delantero de la señora Bywaters, detrás de las azaleas trepadoras en flor, cuando vio a un apuesto y anciano caballero acercarse a caballo al amarradero, apearse y atar el caballo. Se trataba del señor Cartmell, el padre de la señora Bywaters. Mientras recorría el paseo de grava y se dirigía a los escalones del porche, su hija le vio y salió a saludarle. Entraron juntos a

la casa, y dejaron la puerta abierta tras de sí. A Rachel le gustaba escuchar al señor Cartmell; su forma de hablar tenía un deje de anticuada cortesía.

—Vengo con algo en mente hoy, hija mía —comenzó—. Tu madre y yo pensamos que tu vida aquí arriba es harto dura desde que Jonah nos dejó. Ocuparse del correo y atender a tus hijos y las labores del hogar es demasiado para una mujer sola. Nuestro anciano vecino, el señor Longfield, dice que está dispuesto a deshacerse de una de las hijas de Abigail. Pero él jamás la vendería a un extraño. En las temporadas de más trabajo, tu madre a menudo se la contrata a los Longfield, y la considera una muchacha capaz y voluntariosa. Me gustaría comprar a Mandy para ti, y traértela hasta aquí en persona. Tú tendrías a una avispada muchacha que te echase una mano, y ella tendría un buen hogar.

Hubo una pausa. Luego, la señora Bywaters habló.

—¿Podríamos contratar a la Mandy de los Longfield durante un par de años, quizá?

—Es la propuesta que le hice al señor Longfield, pero necesita una considerable suma de dinero de inmediato. Ha tenido que vender a Mose, su criado personal, en Winchester. Recordarás que nuestro vecino es un tanto proclive al derroche. No puede pagar sus facturas.

Otra pausa.

—Usted nunca ha tenido esclavos de su propiedad, Padre —dijo ella pensativa, como contemplando la idea.

—Ya conoces mi parecer acerca de ese asunto, Caroline. Pero ahí abajo, en el vecindario de Round Hill, es muy fácil contratar mano de obra de los granjeros que tienen demasiados negros. Aquí arriba hay pocas personas que tengan esclavos en propiedad, y una chica blanca de las montañas sin experiencia te serviría de poco.

En esta ocasión no hubo pausa. La señora Bywaters habló sin levantar la voz pero con firmeza.

—Su idea y sus palabras son muy amables, Padre, se lo agradezco. Pero ni usted ni yo hemos sido nunca propietarios de carne y sangre, y no seré yo la que empiece. Soy joven y fuerte, y podré arreglármelas sola. La paz de espíritu es lo que más valoro.

La pequeña Rachel Colbert, sentada en el porche conteniendo la respiración, oyó levantarse al señor Cartmell de su rechinante silla de rejilla.

—Eres digna hija mía, Caroline. Nos las arreglaremos —le escuchó decir.

La profunda emoción en su voz, y el mutismo que siguió, hicieron que Rachel reparara en lo que había estado haciendo: escuchar sin permiso una conversación que era privada y personal. Se escabulló a toda prisa y sin hacer ruido a través del patio y salió a la carretera. Sus pies debieron de encontrar el camino a casa ellos solos, pues ella no prestaba atención a lo que hacía. Un sentimiento largamente reprimido había prendido en su interior y se había convertido en una convicción. Jamás había oído antes mentar la cosa, nunca expresarla en palabras. Era la *propiedad* lo que estaba

mal, la relación en sí misma, independientemente de cuán conveniente o agradable resultara para amo o criado. Ella siempre había sabido que estaba mal. Eso era lo que le hacía sentirse desdichada en casa, y lo que se había interpuesto entre ella y su madre. ¡Cómo detestaba la voz de su madre reprendiendo con sarcasmo a los criados! Y la detestaba por su altiva indulgencia. Till y tía Jezebel eran las únicas de entre todos sus negros a las que nunca hablaba con aquella desdeñosa lenidad.

Después de aquella mañana en el porche de la señora Bywaters, Rachel se tornó más reservada y encerrada en sí misma que nunca. Sus dos tías desaprobaban su actitud y ella temía el momento en que debían hacerles la visita de todos los años. Sabía que, en casa, todos los criados le tenían cariño a su madre, estuviera de buen o mal humor, y que a ella no le tenían ningún aprecio. No era en modo alguno lo que los negros consideraban que debía ser una joven dama. Ni con todos sus buenos modales lograba Till ocultar su decepción hacia la hija más pequeña de la señorita Saphy.

Michael Blake había llegado como caído del cielo, por así decirlo, para liberar a Rachel de su soledad, de la vida en un hogar donde no contaba con un solo confidente. A menudo se preguntaba cómo había sido capaz de soportar esa vida. Una vez instalados en la estrecha casita alquilada de R Street, dejaría de amargarse pensando en injusticias reales o imaginadas. Su mente y sus energías, y estaba dotada de ambas, las dedicaría plenamente a construir para Michael la clase de hogar que él deseaba, y lo haría con muy poco dinero.

El Representante Blake era, como él mismo reconocía, «amante de los placeres de la buena mesa». Rachel se hizo una experta en cocina. Todo lo que a él le gustaba, preparado como a él le gustaba, aparecía en temporada en su mesa a la hora de la cena. Él almorzaba en una ostería cerca del Capitolio, y cenaba a las ocho de la tarde. Su esposa disponía del día entero para prepararle sus platos preferidos. Se puso en manos de una mulata libre de Nueva Orleans, cuyo amo la había liberado de la esclavitud en su lecho de muerte en Washington. Sarah se ganaba ahora la vida cocinando para veladas nocturnas en otras casas.

Todas las mañanas, de camino al Capitolio, Michael se pasaba por el mercado grande y mandaba enviar a casa lo mejor de los productos de la temporada. Por aquel entonces, los mercados de Washington no tenían parangón en el mundo en lo que a pescado y caza se refiere: patos salvajes, perdices, faisanes, pavos salvajes... Los bosques estaban repletos de aves de caza. Las bahías y los ríos, no contaminados, estaban plagados de peces: sábalo del Potomac, ostras de Baltimore, camarones, vieiras, langostas y tortuga de agua dulce. En primavera, los horticultores holandeses llegaban a la ciudad con las primeras lechugas y espárragos y fresas.

Un grupo de hacendados que viajaba a Washington todos los inviernos mantenía la bodega de Michael surtida de buenos vinos. Estos hombres del sur a menudo

cenaban en casa de los Blake, agradeciendo un respiro lejos de los lóbregos hoteles de Washington. Con frecuencia traían consigo a un joven funcionario francés que ocupaba un modesto puesto en la legación francesa. Demasiado pobre para contraer matrimonio, Chénier vivía míseramente en una casa de huéspedes. Su devoción hacia la señora Blake y sus buenas cenas se convirtió en algo sanamente embarazoso, objeto de más de una broma en la mesa del desayuno de Michael.

Los hacendados visitaban Washington sin la compañía de sus familias. A la mesa redonda del estrecho comedor de los Blake podían hallarse sentados para la cena cinco o seis hombres, nunca más de siete, ataviados de velarte y brillante lino. Los luisianenses vestían camisas con volantes y botón de diamante, y el funcionario su raído uniforme de gala. No había lugar reservado para mujer alguna, ni siquiera para la anfitriona. Ella estaba escaleras abajo, en la cocina de suelo de ladrillo del sótano. Allí le hacían compañía la incandescente cocina económica, un fregadero con una bomba de agua, los estantes repletos de utensilios de cobre, y una «fresquera» contigua repleta de comida y bebida. Allí lograba rematar una cena para epicuros, sin otra ayuda que la de Sarah, la mulata, quien también servía en el comedor.

Al finalizar la cena, después de que la imponente mulata hubiese subido el postre, y solo entonces, se requería la presencia de la anfitriona. Tras deshacerse de su largo delantal blanco y empolvase un poco la cara, Rachel subía para tomar una copa de champán con los invitados. Si no aparecía al poco de haberse servido el postre, el joven francés bajaba corriendo a la cocina y la traía del brazo. El marido y sus amigos se levantaban para brindar a su salud. Acalorada y ruborizada como aparecía ella, los rostros de ellos se veían para entonces igual de rosados y, para sus pupilas ligeramente contraídas, la joven que les había servido semejante cena se antojaba muy hermosa.

Rachel disfrutaba del vino helado y de la calidez de los elogios, y disfrutaba de todo aquel júbilo. Pues era unirse ella a la fiesta y esta ganaba jovialidad, por muy animada que hubiera estado antes. Se sentaba en la silla de Michael, y él permanecía de pie a su espalda, llenaba su copa y la exhortaba a comerse su postre, rutilante de orgullo hacia ella.

Después de la primera copa desaparecía el cansancio. Cumplidas sus responsabilidades, se relajaba y se recostaba en el butacón de Michael, riéndose, con la risa profunda de su padre, al escuchar las graciosas anécdotas que contaban. Les rogaba que cantaran para ella «Little Brown Jug» y «Auld Lang Syne». Como ocurre con muchas personas de temperamento serio, adoraba rodearse de gente sencilla y despreocupadamente alegre.

A su debido tiempo llegaron los niños; primero un hijo, Robert, el bienamado. Un segundo niño murió en la infancia. Luego llegaron las dos niñas, Mary y Betty. Durante aquellos años felices, Rachel solo tenía una preocupación: los caros gustos

de su marido y su despreocupación a la hora de estar al día con los pagos a los proveedores. Michael la tranquilizaba con respecto al futuro. Tenía contratado lo que él definía como «un importante seguro de vida», y solía enseñarle los cheques de las primas antes de enviarlos. En los meses inmediatamente precedentes a la llegada de un nuevo bebé, no recibían invitados, y Rachel lograba recortar los gastos de la casa, si bien Michael vencía con mucho su ahorro haciéndole regalos.

Incluso por aquellos años tenía ya Rachel algo de la mujer devota en la que se convertiría después. La voluntad de abnegación que saldría a la luz más adelante ya existía en ella entonces, aunque en forma de infatigable servicio a los deseos de un hombre y de un amor por su primogénito que rozaba la idolatría. Quizá fuera consciente de la existencia de una cierta dosis de frialdad en su propia naturaleza y temía resultar insuficiente a aquel marido suyo tan amante de los buenos placeres. El gozo con que él disfrutaba de la vida poseía un encanto irresistible para ella.

Rachel llevaba trece años casada cuando a Michael se le ocurrió que podía permitirse aceptar la invitación que desde hacía tiempo le venían formulando con insistencia sus amigos del sur a que los visitase en Nueva Orleans. Convenció a su esposa para que le dejara llevarse al chico con él. Robert tenía por entonces once años y era elegante y alegre como su padre. Rachel sabía que el viaje sería una bonita experiencia para él; no debía retenerlo. Viajó a Baltimore para verlos partir en el barco. Cuando sonó el último silbido y el barco de vapor comenzó a adentrarse en la bahía, pudo ver a Michael de pie en la popa y, junto a él, al niño, agitando su gorra escocesa nueva con cintas.

Llegaban cartas a menudo; las de Robbie eran las más añoradas. La fecha de su regreso estaba fijada, pero no llegaron con el barco en el que Rachel esperaba que arribaran. Los periódicos hablaban de una epidemia allá en el sur, pero la noticia fue rápidamente desmentida. Después de dos semanas de angustiosa espera, un visitante llamó a la puerta de la señora Blake: era uno de los viejos amigos de Nueva Orleans, que había viajado a Washington para contarle lo que no había sido capaz de expresar en una carta. El mismo día antes de que Michael partiera de regreso a casa, el niño cayó enfermo. Su padre, que no se apartó de él ni un momento, se negó a creer que se tratara de fiebre amarilla, hasta que la criatura empezó a vomitar sangre negra. Cuarenta y ocho horas después, el propio Michael Blake murió contagiado. Ambos estaban enterrados en el cementerio protestante de Nueva Orleans.

Henry Colbert supo de la muerte de su yerno por una reseña en el *Sun* de Baltimore, un periódico que ya tenía una semana de antigüedad. Viajó de inmediato a Winchester y cogió el tren a Washington. Encontró a Rachel en la cama, con las persianas echadas y la puerta de su alcoba cerrada a cal y canto. Se había negado a recibir a su médico y al abogado de Michael. Sarah, la mulata, se había instalado en la casa y se hacía cargo de las dos niñas.



El molinero se puso manos a la obra. La póliza del seguro de vida de Michael había caducado; los dos últimos recibos estaban sin pagar. Poco le quedó a la viuda salvo los muebles y un puñado de deudas. Los amigos de Blake reunieron una generosa suma para ella. Henry Colbert pagó a los acreedores y se llevó a Rachel y a las niñas de regreso a casa, a Back Creek. Se alojaron en la Granja del Molino mientras el señor Whitford construía la casa junto a la carretera en la que la señora Blake viviría desde entonces.

Durante los meses en que la casa estuvo en construcción, el molinero y su esposa les cogieron mucho cariño a Mary y a Betty. La relación de la señora Colbert con su hija era más agradable de lo que lo había sido nunca. Qué duda cabe que había cosas del pasado que ella no podía olvidar. La más grave de todas ellas era que Rachel no hubiese invitado en una sola ocasión a su madre, por entonces no una inválida sino una mujer muy activa, a que la visitara en Washington. Entre los virginianos, un desaire semejante no tenía perdón. El hecho de que la casa de la señora Blake fuese pequeña y la familia viviera muy apretada no era excusa. Era de esperar que tus parientes más próximos te invitaran a su hogar, aun cuando tuvieran que dormir en camastros en el pasillo y cederte su alcoba. Con tal de visitar Washington, el visitante soportaba alegremente cualquier incomodidad. El hecho de que tu propia hija viviese allí y tú no la visitases implicaba tener que dar explicaciones a tus familiares y amigos.

Cuando Rachel regresó a la Granja del Molino, enviudada y pobre, a su madre le costó menos pasar por alto las diferencias del pasado de lo que le hubiese costado unos años antes. La enfermedad de la señora Colbert no le había sobrevenido aún, pero sí que le había dado algunos avisos. Ya había renunciado a montar a caballo, y eso que las mujeres de aquel tiempo rara vez abandonaban la silla antes de bien entrados los setenta años.

Durante los seis años que habían transcurrido desde el regreso de la señora Blake, las gentes de Back Creek se fueron acostumbrando a su ir y venir por las carreteras y caminos de las montañas, rumbo a alguna casa donde la mala fortuna la había precedido. Si un vecino, incapaz de refrenar su curiosidad, le hacía alguna pregunta acerca de cómo vivía la gente en Washington, ella se limitaba a contestar: «Apenas lo recuerdo. Es agua pasada. Y sería muy amable de su parte no hacérmelo recordar de nuevo. Este es mi hogar ahora y deseo vivir aquí como si nunca me hubiese ido».

La jefa de la estafeta, a quien tanto había querido de niña, era la única vecina con la que hablaba con total libertad. A ambas las unían las profundas convicciones que tenían en común.

La señora Bywaters, a pesar de ser pobre, estaba suscrita al *Tribune* de Nueva York. En tanto empleada pública esto era algo del todo indiscreto. Incluso su padre, el señor Cartmell, lo consideraba poco apropiado. Los ejemplares del periódico le llegaban férreamente envueltos y con su nombre y dirección impresos en tinta. Los conservaba bajo llave en el cajón superior de su escritorio y a menudo le daba a la

señora Blake números interesantes para que se los llevara a casa en su cesta. Resultaban muy útiles para encender la lumbre, decía.

El primer día de junio, la diligencia de Romney cruzó Back Creek con más de una hora de retraso y se detuvo ante la barrera de peaje. Una muchacha de cara ancha y plana y de rostro afable salió para levantar la desvencijada barrera y cobrar el portazgo. El cochero se inclinó desde su alto asiento para charlar un rato con ella. Era esta una cortesía que no omitía jamás, ni siquiera cuando iba con mucho retraso en su horario. Mientras el cochero parloteaba, uno de sus cinco pasajeros saltó de la parte posterior de la diligencia: era un hombre joven, bien vestido y atractivo. Caminó hacia la parte delantera y le interrumpió.

—Me estaba preguntado, cochero, ¿no es ese desvío el camino al molino?

—Seguro que sí, señor.

—Entonces seguiré andando desde aquí. Lleve mi baúl hasta la estafeta, por favor, y déjela allí. Mi tío enviará a alguien a recogerla.

—¿Su tío?

—Sí, el señor Colbert, el del molino.

—Ya veo. Es usted un Colbert. —El cochero se pasó el tabaco al otro carrillo—. ¿Cuál de ellos es su padre?

—Jacob. Yo soy Martin Colbert.

—¡No me diga! —Miró al joven de arriba abajo con interés—. ¿Había estado por estas tierras antes?

—Sí, de niño. Que tenga un buen día, cochero. No olvide descargar mi baúl.

El joven no encontró razón alguna para demorarse. No había nadie a la vista salvo la muchacha del peaje, y lo único notable en ella era su sonrosada cara plana. Martin la saludó quitándose el sombrero, no obstante, y echó a andar por el pedregoso camino antes de que la diligencia arrancase. El cochero se inclinó para hablar más de cerca a la muchacha.

—¡Me da que al molinero no le va a hacer ninguna gracia verle! ¡El tipo debe de haberse metido en algún lío otra vez! De lo contrario, no habría venido hasta aquí, ¡con baúl y todo!

La diligencia reinició su traqueteo hacia la estafeta, donde tocaba cambiar de caballos. La muchacha de la cara plana dio media vuelta y echó a andar muy despacio por el camino del molino a la zaga del forastero, mirando a derecha e izquierda, pero los altos arbustos de sasafrás que formaban un espeso follaje a lo largo del cercado lo habían ocultado ya.

El joven Colbert avanzaba con aire despreocupado, agradeciendo el ejercicio después del triquitraque de la diligencia. A ratos tarareaba una canción, a ratos soltaba una risita y dejaba caer los hombros. Le divertía encontrarse allí, de camino a la Casa del Molino, que tenía que reconocer que era uno de los lugares más aburridos

de todo Virginia. «Menuda broma», parecía decir su risilla.

Justo ahora tenía suerte de contar al menos con un lugar adonde ir, donde estar cómodo y bien alimentado, y a salvo de sus acreedores. Era un tipo alto, de complexión bastante fuerte, pero con cierta blandura en su fisonomía. Se movía con los hombros y los muslos desmadejados. Su atuendo era de ciudad, pero como sabía que nadie le estaba mirando al pasear, se comportaba como un chico de campo. Mientras se reía de su actual lance, se subió los pantalones por los tirantes, que le asomaban por la parte en que el chaleco colgaba abierto. Cualquier cosa le divertía. Detrás de su risilla no se ocultaba ninguna intención concreta, pero a ratos brillaba un destello de malicia en sus ojos color whisky. Se detuvo para observar a una tortuga del fango que cruzaba el camino contoneándose, y volteó a la pobre criatura para verla patear el aire. Luego se apiadó y la volvió a colocar patas abajo. Cuando se aproximó al molino, Martin se abrochó los botones del chaleco, se limpió de polvo la cara e irguió los hombros. No se detuvo en el molino, sino que siguió directamente hasta la casa. Till salió a su encuentro en la puerta principal con una cordialidad sincera, aunque contenida por la corrección.

—El Ama le espera en la sala, señor Martin. Le esperábamos más pronto.

—Lo siento, Till. La diligencia partió con retraso. Tuvo que esperar a unos pasajeros de Martinsburg. ¿Todos bien por aquí?

—Como siempre, señor.

Abrió la puerta de la sala. La señora Colbert estaba sentada junto a la chimenea, ahora cerrada por una pantalla pintada. Esta sonrió gentilmente y extendió la mano. Martin se apresuró a cruzar la estancia y la besó en la mejilla con galantería.

Ella sacudió un dedo en su dirección.

—Me has tenido esperando mucho tiempo, Martin. Es evidente que no tenías mucha prisa en visitarme. Te escribí por primera vez antes de Pascua, y mira por dónde ya casi estamos en junio.

—He estado pero que muy ocupado en casa, tía Sapphy. —Seguía de pie junto a la silla de ella. Ella alargó el brazo y le palpó la palma de la mano.

—No veo que tengas callos.

Él rio alegremente.

—¡Oh, tenemos mano de obra de sobra para el campo! ¡Demasiada!

Washington entró con la bandeja del té y la depositó en la mesa, junto al Ama. El visitante se acercó una silla y tomó asiento frente a su tía, cruzando las piernas y adoptando una actitud de relajada indolencia que ella encontró divertida. Apreciaba una pincelada de insolencia en los jóvenes a los que consideraba atractivos; y Martin, estaba ella pensando, era el más agraciado de los jóvenes Colbert. Justo en ese momento reparó casualmente en que sus botas estaban cubiertas de polvo.

—Vaya, Martin, ¿es que no has venido en tu yegua?

—No, señora. He venido en la diligencia y caminado hasta aquí desde la barrera del peaje.

—¿En la diligencia? Pues habrás tenido un viaje incomodísimo. ¿Por qué no has cabalgado a Merrylegs y enviado tu equipaje en la diligencia? El trayecto a caballo es muy agradable.

—Vendí a Merrylegs esta primavera. Recibí una buena oferta y necesitaba el dinero.

Mientras él atacaba los sándwiches, ella estudió su rostro.

—¿Estás seguro de que la vendiste, Mart? —preguntó sagaz.

Él no se esperaba esta pregunta. La miró de reojo, y hundió la cabeza con una mueca que parecía decir: «¡Vaya, me has descubierto!».

—Bueno, el caso es que me he desprendido de ella, tía Saphy.

—¡Jugando a las cartas, seguro!

—No, por mi honor. Fue en una apuesta en las carreras. No soy hombre de cartas. Pero pierdo la cabeza con las carreras de caballos.

La miró con franqueza, ofreciéndole su taza con un «Si hace el favor». Se comportaba de forma natural, confiado, una pizca relajado en sus modales, como si ella no fuera una anciana o una inválida. Así era como a ella le gustaba. Se dijo a sí misma que la visita de Martin iba a ser como un soplo de aire fresco. Casi llegó a creer que le había instado a venir solamente porque le gustaba rodearse de gente joven.

—No importa. Podemos prestarte una cabalgadura. Henry tiene un buen caballo que usa para ir a Winchester a hacer negocios. Le disgusta ir en carruaje. Yo también prefería montar siempre que iba a la ciudad para asistir a la misa del domingo.

—Prácticamente vivía montada en un caballo, ¿no es así? Oh, en casa siguen hablando de cómo le gustaba saltar cercas.

—Sí, me gustaba montar, pero jamás me entregué en cuerpo y alma a los caballos como parece que sí que han hecho los Bushwell.

—Tiene razón. Viven solo para los establos. Hoy le asustaría ver el estado en que están la casa y las tierras. La gente cuenta que las mantuvieron cuidadas mientras usted los visitaba. Pero Chestnut Hill dejó de ser lo que era cuando murió la anciana Matchem.

Till se presentó en la puerta y anunció que había llegado el baúl de Martin.

La señora Colbert la hizo pasar.

—Llama a Nancy para que acompañe al señor Martin a su habitación y le ayude a colocar sus cosas. Nancy se encarga de la limpieza del cuarto de tu tío en el molino, Martin, y se encargará de tu habitación y de tu colada. Los jóvenes no sois demasiado ordenados, que yo recuerde. Ahora descansaré una hora antes de la cena.

Martin subió por la ancha escalera que ascendía desde el largo pasillo. Una vez arriba, vio una puerta abierta, y a una joven muchacha mulata que aguardaba muy formal en el exterior.

—Y tú eres Nancy, ¿no es así? Buenas noches, Nancy. Me dicen que te vas a ocupar de mí. —Se plantó ante ella y le lanzó una mirada escrutadora.

Una pátina rosada inundó las mejillas de color dorado de la muchacha, que clavó los ojos en el suelo.

—Si puedo serle de agrado, señor —dijo con un hilo de voz, aguardando a que él entrase en la alcoba.

—¡Oh, sí que me agradas! —rio él.

Al entrar en la habitación, Martin echó un vistazo a su alrededor: grande, espaciosa, sin demasiados muebles y una cama de dosel con cortinas de muselina recién planchadas. Abrió una de las ventanas que daban a la fachada y extendió la mirada sobre el patio, el molino, el bosque que quedaba al otro lado del arroyo. Allende el bosque, las azules laderas onduladas de North Mountain se perfilaban contra el cielo. El porche superior discurría a lo largo del exterior de la habitación; pasó una pierna por encima del alféizar de la ventana.

—¿Se puede salir a la veranda, niña? He oído que las normas en esta casa son muy estrictas.

—Por supuesto, señor. Hay una puerta en el pasillo que da paso al porche superior —dijo ella apresuradamente, corrigiendo el reproche implícito hacia la casa.

Martin metió la pierna en la habitación.

—Eso será más conveniente. Y ahora puedes deshacer mi baúl.

—Está cerrado con llave, señor.

—¡Cielos, lo olvidaba! —El baúl de cuero sin repujar estaba colocado sobre una silla. Pasó la llave y levantó la tapa de un tirón—. Ya está. Ahora coloca mi ropa donde creas que deba ir, y yo te miraré para saber dónde encontrarla.

Se quitó el abrigo y el chaleco, los arrojó sobre la cama y se sentó en la omnipresente mecedora de todo cuarto de invitados. Nancy recogió las prendas superiores descartadas y las colgó en el armario ropero. Abrió los cajones de la cómoda y se plantó ante el baúl vacilando tímidamente.

—¿Quiere los cuellos y los corbatines en el cajón de arriba, señor?

—Hazlo según tu propio criterio —dijo él mientras se encendía un puro—. En casa tenemos una ruina de ama de llaves. Nunca sé dónde encontrar las cosas.

Ella se puso a trabajar sin hacer ruido, yendo y viniendo de la cómoda al armario ropero. El joven Colbert estaba sentado con los pies apoyados en el alféizar de la ventana, disfrutando de su puro.

—¿Tiene mi tía algo en contra de que se fume? —preguntó al cabo de un rato.

—¡Oh, no, señor! Le gusta que los caballeros fumen.

Después de guardar las camisas y los camisones, Nancy levantó la bandeja superior y contempló perpleja el desorden que halló debajo.

—Si no le importa, señor, me llevo los abrigos y los pantalones directamente abajo y los plancho.

—Es una buena idea.

Los zapatos y las botas se los encontró embutidos hasta arriba de calcetines sucios y ropa interior usada. Reunió las arrugadas prendas en un montón y lo dejó en el

suelo del pasillo, junto a la puerta. Estaba apurada porque el huésped no dejaba de mirarla.

—¿No te han dicho nunca que eres una muchacha endiabladamente bonita, Nancy? —le oyó decir mientras se inclinaba sobre el baúl.

—No, señor.

A Martin más le habría valido cambiar de tono. Pero no vio la expresión de ella, y continuó con su charla socarrona.

—¿Quieres que me crea que ninguno de esos palurdos de por aquí te tira los tejos? ¡Venga ya!

—Los hombres de Back Creek son buenos y amables, señor Martin.

—¡No me digas, chata! —Martin se rio enderezando sus hombros desmadejados.

A Nancy no le gustó su risa, ¡en absoluto! Cargó con un montón de abrigos y pantalones, echó mano a la pequeña pila de ropa sucia que había junto a la puerta y se esfumó tan deprisa que el joven se quedó boquiabierto cuando, tras arrojar la colilla por la ventana, se giró y no la encontró allí.

La señora Colbert hizo que mandaran a Zack al molino para que le pidiese a su esposo que subiese un poco antes de la hora de la cena. Cuando su esposa le contó que su sobrino había venido a visitarlos, él no se mostró ni complacido ni irritado. La hospitalidad era por aquellos días una de las decencias de la vida. Viniese quien viniese, amigo o forastero, se le dispensaba una cálida bienvenida y se le atendía de acuerdo con su posición en el mundo. Henry observó que su mujer llevaba puesto el vestido de terciopelo, de modo que, sin hacer preguntas, se cambió de camisa y se puso su traje negro. Cuando Martin bajó de su alcoba, su tío salió a su encuentro en el espacioso corredor, le dio un caluroso apretón de manos y le dijo que se alegraba de verle.

Washington anunció la cena y condujo al Ama hasta su lugar en la mesa. El molinero advirtió la presencia de una botella de su mejor Madeira en la mesa auxiliar. Tan pronto hubieron tomado asiento los dos hombres, Washington sirvió el vino.

—A la salud de la dama de la casa, tío Henry —dijo Martin alzando su copa a la vez que inclinaba la cabeza en dirección a su tía, la cual sonrió gentilmente. Su tío también sonrió.

La cena se servía a las siete en punto en verano y, de principio a fin, la hija de doce años de Sampson, descalza y con un vestido rojo de percal almidonado muy tieso, daba vueltas y vueltas alrededor de la mesa agitando un largo espantamoscas confeccionado con una cola de pavo real. Incluso en las casas de la ciudad, el espantamoscas formaba parte del servicio de mesa.

En muy pocas ocasiones había escuchado Katie una conversación tan animada a la hora de la cena. La señora Colbert se había reservado todas sus pesquisas acerca de las familias del condado de Loudoun hasta que su marido estuviera presente. Deseaba que Martin causara una buena impresión. El joven estaba al tanto de todos los cotilleos y era hábil contando cualquier historia. Felicitó a su tío por el vino y bebió de él generosamente. El abstemio molinero tomó dos copas y dejó llena la tercera sobre la mesa. Su esposa, que tenía costumbre de acompañar la cena con un poco de vino, indicó a Washington que trajera otra botella.

Las historietas de Martin no eran nunca indecentes del todo, y siempre típicas de los viejos vecinos del condado de Loudoun. Estaba hablando de los excelentes caballos del capitán Bushwell, cuando comentó de modo casual: «El hecho es que sus preparadores dicen que Bushwell duerme ahora en los establos». Al recordar de pronto que se contaba que el molinero dormía en el molino, ahogó sus palabras con una risita, se sonrojó y dejó caer los hombros.

Sapphira capeó enseguida su sonrojo preguntándole sobre Hal Gogarty, un temerario joven irlandés, cuyos establos rivalizaban con los de Bushwell.



—¿Gogarty? Seguro que estáis al tanto del percance que sufrió el año pasado cuando se le desbocaron los caballos, ¿no es así?

—¿Que se le desbocaron los caballos? No tenía noticia de que le hubiera sucedido nada parecido. Qué raro que mi hermana Bushwell no me lo contara cuando la vi en la ciudad por Pascua.

Gogarty, como ella sabía bien, se deleitaba conduciendo un coche de cuatro caballos por las carreteras más escabrosas de las montañas de Blue Ridge. Las gentes de por allá abajo se interesaban más por los caballos que por cualquier otra cosa.

Martin contó que Gogarty había recibido a un grupo de visitantes del condado de Tidewater. (Se decía que la gente del condado de Loudoun estaba un poco celosa de las mucho más vetustas y ricas familias de la Virginia de Tidewater.) Gogarty quiso ofrecer a sus huéspedes un poco de emoción, dado que estos le habían dejado claro que, para ellos, estar a su lado significaba saborear al máximo la vida de la frontera. Dispuso todo lo necesario para llevarlos de paseo en coche, y le pidió a Martin que los acompañase y se colocase a su lado en el asiento elevado, haciéndole saber con mucha discreción que pretendía hacer del viaje una travesía hartamente accidentada. Empezaron la marcha con seis pasajeros.

—Ese paseo —prosiguió Martin— discurrió por algunas de las peores carreteras de las montañas, tío Henry, y usted sabe que las mejores distan mucho de ser buenas. Nadie puede manejar cuatro caballos mejor que Gogarty. Cabalgamos como el viento. Remontando montañas y descendiendo valles. Las mujeres se reían y gritaban, pero en ningún momento quiso Hal dejar ver que las oía. Y habría salido airoso del paseo, sin duda, de no haber sido por un curioso percance. Justo cuando bajábamos por una larga pendiente a paso nada desdeñable, un ciervo joven surgió de entre los arbustos, y de un salto se plantó delante de los caballos. Como es evidente, estos se empinaron y cejaron. Hal mantuvo el dominio sobre las riendas, nada se enmarañó. Pero la rueda delantera derecha golpeó contra una gran roca que había a un lado del camino. Hal no pudo detener los caballos de inmediato, de modo que proseguimos la tortuosa marcha con una rueda hecha añicos, hasta que los rayos salieron volando y volcamos. Entonces los caballos se pusieron como locos. Hal siguió aferrado a las riendas y cortó los frenos, mientras yo me adelantaba y cortaba los tirantes. Pensé que iban a matarme a coces. De hecho, terminé con la espinilla escayolada. Nuestros pasajeros acabaron muy magullados, pero nadie sufrió heridas de gravedad. Una muchacha se rompió la nariz, y bien bonita que era, sí señor. Me dolió en el alma, y también a Hal. Ese estúpido ciervo de los demonios fue el que tuvo la culpa. ¿Cuándo se ha visto a un ciervo hacer nada semejante? —Martin paseó la mirada de su tío a su tía.

—Jamás, desde luego —contestó su tía con un guiño—. Seguro que le echaron la culpa a Hal. Esa gente de Tidewater se cree muy importante, aunque no puedo imaginarme a cuenta de qué.

El molinero celebró la historia con una carcajada, pero miró a su esposa, no a su sobrino. La carcajada de Martin dejó al descubierto un diente superior con una pátina

azulada; estaba endentado en un perno de madera y no encajaba bien en la encía. El diente tenía su historia, y al molinero no le gustaba que se la recordaran.

En sus idas y venidas de las cacerías allá por el condado de Clarke, Martin conoció un día a una bonita y rústica muchacha en Blue Ridge. Ella solía salir a su encuentro en el bosque y, por emplear la expresión de la gente de las montañas, Martin «la burló». Sus dos hermanos le esperaron ocultos entre los arbustos que bordeaban la carretera para darle una buena tanda de latigazos. Cuando saltaron de su escondite y atraparon a su yegua por el bocado, él supo que se la tenían jurada.

—Estáis en vuestro derecho, muchachos —dijo en tono amistoso—, pero dejad el látigo. Venid a por mí con vuestros puños, y yo me defenderé lo mejor que pueda, uno contra dos. Es lo justo.

Ellos le tomaron la palabra y se despacharon bien a gusto. Le dejaron su marca sacándole uno de sus blancos dientes. (Los dientes blancos no eran comunes en aquellas tierras de mascadores de tabaco.) Los hermanos lo abandonaron inconsciente a un lado de la carretera, pero permitieron que su caballo regresara a casa para dar la alarma.

No había nadie en el territorio de Blue Ridge ni en Winchester que no conociese la historia del diente azul de Martin. Muchos coincidían con Sapphira: que Martin se merecía lo que recibió, pero que aquellos jóvenes ardientes eran unos salvajes y siempre lo serían.

Katie, la niña de Sampson, daba vueltas y vueltas alrededor de la mesa con su espantamoscas y se preguntaba qué bicho le habría picado a su gente. «Venga ríe que te ríe.» Estaba tan encantada, tan entretenida, que en más de una ocasión dejó aterrizar las plumas de pavo real sobre el alto tocado de la señorita Sapphy. Hasta el Amo se reía de las historias de sus antiguos vecinos con una risa profunda que surgía del estómago, y que le hacía a uno sentirse bien. La risa del Ama era siempre agradable cuando no se reía con sorna, a modo de reprimenda: tintineante, elegante, pero con un no sé qué de cordial encomio, como el ocasional destello en sus ojos.

La risa de Martin estaba justo en el límite de resultar vulgar: bastante despreocupada, como si le hubieran sorprendido con las manos en la masa, por así decirlo. El anciano Washington, plantado detrás de la silla de su ama, meditaba sobre el buen porte que tenía el joven, aunque todavía no fuera un caballero hecho y derecho.

Katie, entusiasmada como estaba con la conversación, sentía que aquello anticipaba incluso mayores alegrías. Sus ojos se relamían ante las exquisiteces que el señor Washington iba depositando sobre la mesa. Ella sabía que llegaría a catarlas, aunque Bluebell siempre se llevaba la mejor parte de lo que volvía a la cocina. Lizzie había prometido preparar helado para todo el mundo. Tap había traído cubos y pedazos de hielo en una carretilla desde la nevera: una oscura cueva repleta de serrín

situada bajo una de las alas del molino. Desde las seis de la mañana llevaba el viejo Jeff sentado detrás del lavadero, dándole a la manivela de la enorme heladera. En invierno, siempre que nevaba, Lizzie preparaba «helado de nieve» para el Ama batiendo la nieve fresca y limpia en un cuenco de nata montada. Pero solo preparaba helado de verdad en las ocasiones especiales.

La familia se demoró a la mesa tanto tiempo que la velada en la sala después de cenar fue breve aquella noche. El Ama reconoció que estaba cansada.

—Rara vez paso días tan ajetreados, Martin. Primero la larga espera a que llegase mi huésped, y una vez arribado, una merienda y una cena de lo más agradables. Me gusta rodearme de gente joven —añadió, dándole unos golpecitos en la mano. Agitó la campanilla para llamar a Washington y le pidió que enviase a Nancy al piso de arriba para que fuese abriendo la cama del señor Martin y se cerciorase de que no le faltaba nada para estar cómodo.

Cuando Martin se retiró a su habitación, Nancy ya había quitado las fundas exteriores a las almohadas y se encontraba plegando la colcha.

—¿Le dejo el cabezal puesto, señor, o solo las almohadas?

—Solo las almohadas. No pongas nunca el cabezal. Llévatelo, ¿quieres?

—Por supuesto, señor. ¿Le basta con dos velas? Buenas noches, señor Martin.

Mientras se dirigía a la puerta, con el largo cabezal cilíndrico entre los brazos apuntando al techo, Martin la atrapó por los hombros y la besó en la boca. Ella dejó que el pesado cilindro de plumas se deslizara hasta el suelo y se apartó de él poniéndole las dos manos en el pecho.

—¡Oh, por favor, señor, por favor!

La luz que despedían las velas era tenue, pero él alcanzó a ver que la muchacha estaba asustada de verdad.

—Pero bueno, mi niña, ¿a qué viene este escándalo? Así es como damos las buenas noches donde yo vivo. Tú pregúntale a mi tía. —Ella ya había alcanzado la puerta—. Aguarda un minuto. —Señaló al cabezal que yacía sobre la alfombra—. Ahora, llévate esa cosa contigo y despiértame media hora antes del desayuno. No te olvides.

Una mañana, cuando la señora Blake estaba a punto de meter el pan en el horno, apareció Nancy en la puerta de la cocina con una cesta colgada del brazo. Cuando se la invitó a entrar, ella lo hizo con mucha vacilación.

—He querido pasarme solo un minuto, señorita Blake. Voy de camino a la Doble Ese. La señorita Sapphy me ha dicho que subiera a recoger un poco de laurel.

La señora Blake precibió una nota de distracción y de pesar en su tono de voz.

—¿Es que Madre no se encuentra bien? A ella siempre le gusta subir en coche por la carretera y ver el laurel en persona.

—Sí, señora. Quizá no se encuentre bien. Justo estaba usted metiendo el pan, verdad. —Formuló sus palabras sin interrogante alguno, más bien como un apesadumbrado comentario.

—El horno no está caliente todavía, pero no tardará. —La señora Blake levantó la tapa del fogón para introducir otro palo.

Nancy emitió un grito ahogado y extendió la mano en un gesto suplicante.

—¡Ay, señorita Blake, espere un momento, por favor, espere! No sé muy bien cómo decirlo, pero tengo miedo de subir por la carretera de la «Quiebra» esta mañana.

—¿Miedo? ¿Por qué? ¿Por las culebras?

—No, señorita, yo no tengo miedo de ninguna culebra.

La señora Blake devolvió el palo a la caja de la leña. La muchacha estaba asustada de algo, eso era evidente. Se le notaba en la cara y en el modo en que estaba allí plantada, temblando, indecisa.

Después de cubrir las hogazas con un paño blanco, la señora Blake se sentó junto a la mesa de la cocina.

—A ver, Nancy, siéntate y dime qué es lo que te acongoja. No te quedes ahí de pie acobardada. Siéntate y cuéntame.

—Sí, señora —dijo con un hilo de voz—. No es que me importe subir ahí arriba; el paseo es bonito. Es que la señorita Sapphy me ha dicho que subiera justo cuando el señor Martin estaba delante.

—Bueno, ¿y eso qué tiene que ver?

—Ella sabía que él iba a salir a cabalgar esta mañana. Llevaba puesto el pantalón de montar.

Calló, y la señora Blake permaneció a la espera.

—Oh, señorita Blake —prorrumpió Nancy—, ¡seguro que cabalga monte arriba y me alcanza en el bosque! —Ocultó el rostro entre las manos y se echó a llorar—. No sabe lo que es, señora. Siempre acosándome, vaya que sí. Tengo que hacerle la habitación, y no deja de perseguirme. Me da vergüenza contárselo. Seguro que me

alcanza en el bosque. Se me ha caído el alma a los pies cuando he visto que estaba a punto de empezar la hornada. Pensaba que quizá podría subir conmigo.

—La hornada puede esperar. Voy a comprobar el regulador y te acompaño. Me gustaría echarle un vistazo al laurel. Y ahora deja ya de llorar. Subo y me cambio de vestido.

Cuando estuvo en su alcoba, la señora Blake se sentó un instante y meditó. Tenía el rostro encarnado y los ojos fulgurantes de indignación. No podía recordar ningún momento en que la señora Colbert no hubiera subido en coche a diario por la carretera de la Quebrada hasta la «Doble Ese» mientras el laurel estaba en flor. Mañana, cómo no, haría su habitual paseo en coche hasta allí arriba, igual que lo había hecho ayer. Pero hoy enviaba a Nancy. ¿Por qué?

La señora Colbert la había tomado con Nancy, eso era bien sabido. Ahora tenía al peor calavera del lugar alojado en su casa y enviaba a la muchacha al bosque sola, después de haberse asegurado de que él se enteraba. ¿De verdad tenía su madre la intención de arruinar a Nancy? ¿Podía su resentimiento llegar tan lejos?

Rachel Blake cerró los ojos y apoyó la cabeza y los brazos sobre el tocador. Sabía que su madre podía mostrar una gran generosidad hacia sus criados y, en ocasiones, también una fría crueldad. Sin embargo, jamás la había visto hacer nada tan odioso como aquello, si es que lo que contaba Nancy era verdad. En cualquier caso, ahora no había tiempo de desentrañar el misterio. Debía hacer frente a la situación actual. Se cambió rápidamente de vestido y bajó a la planta inferior con una cesta colgada del brazo.

—Y ahora, en marcha. Y anima esa cara, Nancy. Recogeremos unas flores también para nosotras.

Eran todavía las primeras horas de la mañana. Hacía quizá demasiado calor al sol, pero la temperatura resultaba magníficamente suave y agradable a la sombra. La sinuosa carretera de la sierra que subía desde la estafeta hasta Timber Ridge era por aquel entonces, y lo seguiría siendo durante otros sesenta años, el tramo más bonito de la carretera de peaje del noroeste. Se había abierto ante pedregosas laderas titilantes de mica que se veían salpicadas de espigas de poleo, parcelas de ruda y pequeños arbustos. Pero en el lado izquierdo de la carretera, en dirección oeste, las laderas se precipitaban de forma abrupta hasta un arroyo de montaña cuyas claras aguas discurrían por el fondo de un serpenteante barranco. La gente del lugar la llamaba la carretera de la Quebrada o de la «Quiebra». En el extremo opuesto del arroyo, los montes descansaban a la sombra de los árboles del bosque, altos pero no en exceso frondosos: nogal americano y castaño y roble blanco, aquí y allá tsugas de gran altura. A sus pies, la tierra aparecía cubierta de un musgo de color verde intenso y de matas bajas de gaulteria rebosantes de frutos rojos. Apartado del musgo húmedo, entre las raíces expuestas de los árboles donde la sombra era más impenetrable, crecía el delicado helecho adianto.

La carretera seguía el barranco, ascendiendo sin cesar, hasta que a la altura de la

«Doble Ese» se desgajaba y se hacía más sinuosa. Allí formaba cuatro grandes curvas que abrazaban las colinas de pura roca; una roca que ni siquiera el destructivo armamento de la moderna ingeniería de caminos ha conseguido aún hacer volar por los aires. Las cuatro curvas ofrecen ahora un aspecto desnudo y feo, pero los conductores, lo quieran o no, se ven forzados a seguir su sinuoso trazado si es que optan por tomar este camino.

Antaño, cuando Nancy y la señora Blake vivían, y durante sesenta años más, aquellas colinas hoy desnudas poseían una rica vegetación. El serpenteante barranco era profundo y verde, el arroyo del fondo fluía resplandeciente y sosegaba con su arrullo. Siempre que llegaban aquí el vendedor ambulante procedente de la ciudad o el granjero pobre que descendía a pie la montaña desde su pedregosa parcela de tierra para vender una piel de mapache hacían un alto para descansar o relajaban el paso. Cuando los hombres del campo mencionaban el lugar en su parlamento, aunque solo fuera para decir: «Solo he llegado hasta la Doble Ese», sus voces adquirían un eco lento y soñador, como evocando el lugar mismo: la sombra, la inmaculada belleza, la agradable sensación que le invadía a uno cuando estaba allí.

La señora Blake y Nancy alcanzaron la curva de la primera «Ese» y se sentaron en un tronco a descansar, contemplando los árboles del bosque del otro lado del arroyo que, al elevarse unos sobre otros en la empinada ladera, parecían aún más altos de lo que eran en realidad. Por allí no había mucha maleza que se dijera. Solo estaba presente la que tanto se aprecia en los jardines de los reyes: el laurel mismo. Incluso en aquellos días en los que viajar era un asunto lento e incómodo, la gente cruzaba el Atlántico para ver la *Kalmia* en flor: el caprichoso laurel silvestre que en junio cubría las boscosas laderas de nuestras montañas con mareas de color rosa y melocotón y carne. Y en invierno, cuando los altos árboles de por encima aparecían grises y sin hojas, los matorrales de laurel a sus pies se esparcían verdes y brillantes a través de los bosques helados.

—Bueno, Nancy —dijo la señora Blake cuando ya llevaban sentadas en silencio un buen rato—, esto es imposible de mejorar. Aquí el arroyo se estrecha y podemos cruzar fácilmente por las piedras.

No llevaban mucho tiempo entre los arbustos en flor cuando la señora Blake oyó el seco chacolotear de unas herraduras en las curvas más altas de la «Doble Ese». Levantó un dedo en gesto de advertencia. El ruido de cascos se acercó, y finalmente cesó. Entonces se oyó un raspar de arena y de piedrecillas que resbalaban. El jinete había encontrado un surco donde poder atar al caballo.

Las recolectoras de laurel prosiguieron con su labor sin alterar el ritmo, combando las ramas altas y soltándolas para que recuperasen su posición con un latigazo. Al poco, el joven Martin cruzó el arroyo. Tuvo que haber visto dos capotas allí, entre los arbustos de color verde oscuro, pero sin duda creyó que Nancy se había hecho acompañar por una de las muchachas de color.

La señora Blake se echó hacia atrás la capota y le encaró con esa frente cuadrada

tan parecida a la del molinero. Martin acogió la sorpresa de forma admirable. Su rostro se iluminó; parecía dichoso. Dejó caer la fusta y se retiró la gorra.

—¡Vaya, prima Rachel! ¡Al fin consigo verte! Llevo casi dos semanas en el molino y no me has enviado ni una mísera nota diciendo que deseabas verme. ¿Así tratas a la familia?

Ella le tendió una mano que él sostuvo durante más tiempo del que a ella le habría gustado.

—Porque sí que bajas a la Casa del Molino, ¿no?

—Sí, claro. Pero he estado ocupada. En esta época del año estoy muy atareada enlatando cerezas.

—¿Me permites que pase a visitarte una de estas noches después de cenar? Tengo mensajes para ti. Tuve que ir a Alexandria hace algún tiempo —ella sabía por qué— y luego seguí hasta Washington. El Congreso estaba reunido y pude ver a algunos de los viejos amigos del primo Michael. Solo tenían cosas buenas que decir sobre él, en serio.

—Sobre él no escucharás otra cosa —dijo la señora Blake secamente.

—Por supuesto que no. Pero un hombre puede ser un buen tipo y aun así no dejar atrás amigos que no deseen otra cosa que sentarse a hablar sobre él seis años después de su muerte. Pocos de nosotros dejaremos amigos que sigan echándonos de menos pasados seis o siete años.

—Muy pocos, tú lo has dicho —corroboró la señora Blake—. ¿Y cómo supieron estos caballeros que estabas emparentado con el señor Blake por vía política?

—Fui a ver a sus amigos, naturalmente. No sabes, estaban todos tan contentos de saber de ti y de cómo te iba. Me preguntaban por ti cada vez que los veía, y te envían un montón de mensajes.

—Gracias. Nancy y yo tenemos ya las cestas llenas, y tu caballo está pateando las rocas. Será mejor que nos pongamos en marcha.

—¿No puedo llevarte a casa a la grupa? Puedes montar sin almohadilla.

—No, gracias. En parte he venido por el paseo.

—¿Y no querrá la señorita Nancy llegar a casa antes de que sus flores se marchiten? —Tuvo el descaro de hacer esta sugerencia mientras se agachaba a recoger la fusta—. ¿No? Entonces deja que le lleve yo la cesta a la tía Sapphy mientras las flores están frescas.

Nancy le tendió la cesta con vacilación. La señora Blake frunció el entrecejo, preguntándose por qué se la daba.

—¡Así es, buena chica! —Martin le dedicó una sonrisa, bajó corriendo el barranco y cruzó el arroyo con la cesta en la mano. Poco después oyeron el galopar de su caballo carretera abajo.

Durante la caminata de regreso a casa, la señora Blake habló más bien poco, pero su rostro se mostraba enrojecido y adusto. De un Colbert se podía esperar cualquier cosa, se dijo a sí misma con amargura. ¡Qué desfachatez la de ese bellaco! ¡Ir a

Washington y usar el nombre de Michael para presentarse! ¡Que había estado en Alexandria hacía poco! ¡Pues claro que sí, y todo el mundo sabía por qué! Fue para que le pusieran ese diente azul y sustituir el que los hermanos de la muchacha le habían hecho saltar de la boca en la carretera de Blue Ridge. Un médico de Alexandria tenía fama en todo el lugar por su éxito con los pernos. Con esa ignominiosa marca mostrándose cada vez que abría la boca, Mart Colbert había ido a Washington y había fisgoneado por el Capitolio hasta lograr dar con algunos de los amigos de Michael y poder hacer valer su parentesco ante ellos. Estaba casi decidida a contarle a Nancy toda la historia, a modo de advertencia. Pero la muchacha ya estaba lo bastante asustada. Y siempre que algo la distraía y la ponía nerviosa tenía cierta tendencia a romper cosas, olvidar las órdenes y exasperar a su ama.

Llegaron a la cancela de su casa y allí se despidieron.

—Nancy, niña —se limitó a decir la señora Blake—, yo que tú no iría al bosque ni a ningún otro lugar solitario mientras el señor Martin esté aquí. Si tienes que ir a algún sitio, pasa por mi casa, y yo te acompañaré. En caso de que yo no estuviera, haz que Mary y Betty te acompañen. Les daré permiso.

—Gracias, señora, señorita Blake. No lo haré. Gracias, señora.

Nancy encogió sus delgados hombros como si tuviera frío. Una suerte de oscura aprensión en su voz fue más elocuente que lo que podría haber expresado en palabras.



A la mañana siguiente, mientras se vestía, Martin cavilaba sobre si su paseo a caballo había sido truncado por accidente o como resultado de una conspiración. Su prima Rachel, a quien él había tenido siempre por una pelma, ¿había salido al bosque por su cuenta o era la muchacha la que le había pedido que la acompañase? Bueno, lo mismo daba. Podía con las dos él solo. La única persona a la que no deseaba ofender era a su tía Sapphy, que le había instado a visitarla y que casi parecía jugar de su parte. Mientras se afeitaba sus mejillas rubicundas, se olvidó de todo menos de que quería su jamón con huevos.

La señora Colbert le aguardaba en el comedor. Ahora que Martin estaba aquí, se levantaba temprano a fin de estar vestida y peinada antes de unirse a él para el desayuno. Después de desayunar, Martin sacó a su tía al porche para que tomase el aire, se excusó, y subió a su habitación, donde esperaba encontrarse a Nancy haciendo la cama. Pero no estaba allí, y la cama seguía igual que como la había dejado.

Nancy estaba saltándose sus obligaciones: esa mañana, después de haber subido del cuarto del molinero, había cogido una cesta y se había escapado a los viejos cerezos de detrás del ahumadero. Como no pudo encontrar una escalera a mano, entró en el ahumadero para coger la silla de madera de papito Jeff. Jeff estaba allí, ocupándose del fuego que ardía en un enorme recipiente de hierro rehundido en el piso de tierra. Durante el día entero, en primavera y verano, el humo de los leños de nogal ascendía para curar y sazonar las hileras de jamones y de beicon que colgaban de las vigas del techo.

—Papito, ¿me deja su silla para subir a un cerezo?

Jeff, que estaba en cuclillas, se levantó.

—Claro, claro, cielo. No espero a nadie.

Pero en ese mismo instante, la alta figura de Sampson oscureció la entrada.

—Mira por dónde —dijo Jeff con un risa cascada—. ¡Si antes digo que no espero a nadie, antes va y aparece Sampson! Hala, ve, chiquilla. Él y yo tenemos un asuntillo que tratar. No necesita silla. Puede acuclillarse en el suelo como yo.

Sampson le sacó la silla afuera y la plantó debajo de un árbol. Nancy trepó con agilidad hasta la primera rama grande en la que poder sentarse cómodamente, alcanzar las cerezas que brillaban a su alrededor y combar las ramas de encima de su cabeza. El aire matutino era todavía tan fresco que el calor de la luz del sol sobre sus piernas y sus pies desnudos era muy de agradecer. Estaba de buen humor esta mañana. Le encantaba recoger cerezas y le encantaba estar encaramada a un árbol. No sabía muy bien cómo, pero los problemas no seguían al cuerpo hasta allí arriba. Nada trepaba al árbol con ella, salvo la insensatez y la ensoñación de su naturaleza

negra. Sabía que se había dejado las tareas a medio hacer, pero aquí nadie podría encontrarla para reñirla. Por encima de su cabeza, las hojas reían sutilmente con el viento. Quizá supieran que se había escapado.

Se dispuso a recoger las cerezas sin prisa. Se comía las más maduras y dejaba caer en la cesta las que estaban duras. Al rato oyó a alguien cantar. Se quedó muy quieta y con sumo cuidado soltó la rama que había combado hacia sí. El hombre venía de los establos, pensó.

*Abajo junto al cañaveral, cerca del molino,  
Vivía una muchacha amarilla. Se llamaba Nancy Till.*

¿Qué debía hacer? ¿Se bajaba del árbol? Lo más probable era que él siguiese el camino que atravesaba el jardín, y entonces no la vería porque la ocultaría el ahumadero. Seguro que no se ponía a merodear por allí detrás, entre los hierbajos. Pero sí que lo hizo. Estaba cruzando la hierba mojada e iba directo a los cerezos, con el sombrero de paja en la mano, cantando aquella vieja melodía negra.

Martin se había acercado a la cocina para quejarse de que Nancy todavía no había limpiado su habitación y Bluebell le dijo que Nancy estaba en el jardín recogiendo cerezas. La mañana no podía ser mejor para recoger cerezas o lo que se terciase, pensó él mientras salía al jardín de la cocina y rodeaba los establos. No tenía ninguna intención de asustar a la muchacha, pero le debía una por la jugarreta del día anterior.

—Buenos días, Nancy —la llamó mientras se plantaba al pie del árbol—. ¿Qué? ¿Están maduras las cerezas? ¿Conoces esa canción? ¿Puedes cantar como Bluebell?

—No, señor. No canto. No tengo buena voz.

—Tampoco yo, y canto de todas formas. No puedo evitarlo en una mañana como esta. Y ahora ven, vas a darme algo, Nancy.

El tono de su voz era persuasivo, aunque despreocupado. Sin saber muy bien por qué, ella no se sintió amenazada al verlo allá abajo, con la cabeza echada hacia atrás. Esta mañana tenía los ojos claros y alegres. No parecía malvado. Quizá solo pretendiera bromear con ella o algo así, y ella no sabía cómo se comportaban los jóvenes de los condados ecuestres<sup>[4]</sup>.

—¿Es que no vas a darme algo en un día tan bonito? Seamos amigos. —Extendió la mano hacia arriba como si se ofreciera a ayudarla a bajar.

Ella no se movió, pero dejó escapar una suave risa de negra y dejó caer un puñado de cerezas sobre su mano.

—Yo no quiero cerezas. Están ácidas, y lo que yo quiero es algo dulce.

—No, señor Martin. Ya no hay cerezas ácidas. Estas son picotas.

—Deja ya de hablar de cerezas. Estás guapísima, sentada ahí arriba.

Nancy soltó una risita nerviosa. Martin sonreía todo el tiempo. Quizá fuese solamente que era joven y un poco insensato, y no malo.

—Pero dime, ¿quién es tu enamorado, Nancy Till?

—No tengo.

—¿Es que vas a ser una vieja criada amargada?

—Pues supongo que sí.

—Por todos los santos, ¿quién es ese espantajo que viene hacia nosotros?

Nancy siguió su mirada y se volvió hacia atrás. En el instante en que se giró, Martin se subió de un brinco a la silla, la agarró de los tobillos desnudos y juntó las piernas de Nancy contra sus mejillas, como si fueran un marco. Nancy dejó caer la cesta y a punto estuvo de caerse del árbol ella también. Se agarró a la rama que quedaba justo encima de su cabeza y se aferró a ella.

—¡Oh, por favor, bájese, señor Martin! ¡Por favor se lo pido! ¡Va a venir alguien y me meterá usted en un lío!

Martin se rio.

—¿Meterte en un lío? ¿Solo por esto? Pero si no es más que para aliviarme el dolor de muelas.

La muchacha se había puesto pálida. Ahora estaba asustada de verdad, pero no se podía mover. No podía tirar de sí hacia arriba, con él sujetándola con tanta fuerza. Todo había cambiado en un abrir y cerrar de ojos. Él había cambiado, y ella era incapaz de pensar con claridad.

—Por favor, señor Martin, por favor. Déjeme bajar.

Martin estrechó el marco en torno a su cara y cerró los ojos.

—Enseguida. Se está bien así. Huelo algo dulce, como a flor de podofilo.

Lo dijo como murmurando para sí y no como si se dirigiera a ella, pero su rostro se iba acercando más y más. Ella sintió que se le agarrotaba la garganta, pero supo que debía gritar, y lo hizo.

—¡Papito! ¡Oh, Papito! ¡Ven corriendo!

Tan pronto Nancy se puso a gritar, Martin bajó de la silla. El viejo Jeff apareció de detrás del ahumadero y corrió hasta el pie del árbol. Nancy seguía sentada en lo alto, aferrada aún a la rama de encima de su cabeza.

—¿Qué ocurre, niña? ¿Qué ocurre?

Sampson le seguía con más parsimonia, mirando a su alrededor; mirando a Martin Colbert, algo inaceptable dada su condición.

Nancy dijo que «le había dado como un mareo» en el árbol, y que temía desmayarse y caer. Sampson se subió a la silla y la ayudó a bajar, pero antes reparó en que ya había huellas de botas mojadas en el asiento. Martin, que se había apartado a un lado, comentó que la muchacha no estaba en sus cabales y que él podría haberla ayudado a bajar.

—Pues claro que sí, señor Martin —farfulló Jeff—. Ya sabe, a las chavalas les dan estos arrechuchos y pierden la cabeza. Vamos, cielo, puedes andar. Papito te ayuda.

Sampson recogió la silla y se la llevó de regreso al ahumadero. Martin se alejó paseando por el sendero, murmurando para sí. «¡Dios, ya podía haber sido cualquier

otro negro de la casa! Ese peón de molino no sabe estar en su lugar. Como vuelva a mirarme a la cara de esa forma, le parto la cabeza. Los negros de esta casa no saben cuál es su lugar, ninguno.»

Esa tarde, Martin salió a montar a caballo. Sus pensamientos lo incomodaban. Sabía que había dado un paso en falso. No había tenido otra intención que la de gastarle una broma a la muchacha. Pero cuando la cogió y sintió contra sus mejillas el estremecimiento que había recorrido su cálida carne, perdió la cabeza por un instante. Sabía que a esta había que perseguirla con calma y abordarla en el momento preciso, cuando estuviese desprevenida. Le sacaba de quicio que un contacto agradable, que una fragancia embriagadora, le hubiesen hecho perder el control. Pero lo mismo daba. Mantendría las distancias durante un tiempo, como si hubiese olvidado el cerezo.

Mientras cabalgaba por la carretera de regreso a casa desde la estafeta, divisó a Bluebell en la huerta grande, algo más allá. Sin pensárselo dos veces, se desmontó del caballo al instante y, tirando de las riendas, atravesó el labrado con él hasta donde estaba la muchacha.

—Hola, Bluebell, ¿qué te traes entre manos?

—Estoy recogiendo lechugas para su cena, señor Martin. —La delgada muchacha negra se enderezó y se quedó plantada con los pies desnudos muy separados por una hilera de lechugas.

—No sales demasiado, ¿verdad? Siempre te veo en la cocina.

—No, señor. Casi siempre estoy ayudando a mi mamita. —Pronunció estas palabras con tono plañidero, como si su vida fuese muy dura.

Martin se echó a reír. Sabía que no servía para nada, salvo para hacerle compañía a Lizzie.

—Aunque sí que encuentras tiempo para cantar, ¿eh? La tía Sapphy os va a pedir a ti y a Lizzie que vengáis a la sala una de estas noches a cantar para mí. Me gusta escucharte. A lo mejor podría enseñarte unas cuantas canciones nuevas. Esos himnos no es que me vuelvan loco, que digamos.

Bluebell sonrió abiertamente.

—Oh, también cantamos «Hogar, dulce hogar» y «La apetencia del gitano».

Martin soltó una risilla.

—Es «advertencia», no «apetencia», mi niña.

—Sí, señor. Es que suena igual cuando se canta.

—Oye, Bluebell, ¿por qué no te mandan a ti a limpiar mi habitación y a hacerme la cama? Esa chica amarilla no vale para nada y es más solemne que un funeral. No me gusta tener chicas solemnes a mi alrededor.

Bluebell soltó una risita.

—Siempre están con eso de que tengo poca mano con las habitaciones. El Amo no me deja ni acercarme a su cuarto del molino. *Prefiere* a Nancy. —Pronunció

«prefiere» con un tono malicioso cargado de intención, alzó las cejas y encogió los hombros lánguidamente.

—¿La prefiere? No puedo entenderlo. A mí no me vale. —Martin dio unas palmadas a su impacientado caballo para calmarlo—. ¿Y dices que es ella la que siempre se ocupa de limpiar el cuarto del molino para tío Henry?

—Vaya que sí. El Amo no deja que nadie más se acerque por allí. ¡Por Dios que no! Yo ni piso el lugar. Sí, señor. Nancy lleva todas las tareas caseras del molino. Vaya, que lo sabe todo el mundo. Le baja la colada y le saca brillo a sus jarras de bronce, y le lleva libracos. ¡Jesús, no sé qué no habrá que no haga ella en el molino!

—¡Maldito caballo! Dame un poco de lechuga de esa para mantenerlo quieto, ¿quieres? —La conversación tenía a Martin muy interesado.

En lugar de tenderle una hoja de lechuga, Bluebell sacó un cucurucho de papel de estraza de un bolsillo de su amplísima falda y extrajo de su interior un terrón de azúcar moreno medio desmenuzado.

—Esto le hará estarse quieto. Casi siempre llevo un poco por si acaso.

Martin guiñó un ojo.

—Es muy útil andar siempre por la cocina, ¿eh? Pero dime, ¿no están las demás chicas celosas con eso de que ella vaya tanto al molino? ¿Tú y Nancy sois buenas amigas?

—Nos llevamos —dijo con languidez—. Casi siempre estamos de buenas. Mami no la aguanta de lo estirada que es por eso de tener sangre blanca. Cuando la Señorita solía tenerla más mimada que nada, pues eso puso a todos los criados contra ella. Pero ahora ya no es así. La señorita Sapphy hace tiempo que la emprendió con ella.

—¿Y cómo es eso? ¿Qué hizo Nancy?

Bluebell encogió los hombros con indiferencia.

—No sé. Yo no ando metiendo las narices en lo que hace la gente. Algunos se huelen que el Amo se ha encaprichado con ella, y que a la Señorita no le hace gracia que baje tanto al molino. No sé. Yo no hago caso de los chismorreos.

—Esa es una buena costumbre. Y tú eres una chica lista, Belle. ¿Es que nadie de por aquí te llama Belle?

—No, señor. Siempre me llaman Bluebell. Ya hay otra Belle aquí; la mujer de Sampson, que es el primer peón de molino.

—Entonces te llamaré Bluebell. Por nada del mundo usaría contigo el nombre de nada que pertenezca a ese Sampson. Ahora mismo voy a pedirle a tía Sapphy que te deje limpiar mi habitación. La chica amarilla se da demasiados aires.

Martin dio media vuelta y guio a su caballo hacia el amarradero. Caminaba deprisa, y su paso delataba más energía de lo habitual. Cuando el pequeño Zach se acercó corriendo para tomar la brida, él le lanzó las riendas sin tan siquiera mirarle, pero tenía todo el aspecto de estar furioso y hablaba para sí en voz alta.

—Vive Dios que si llego a saber que ese viejo pecador se me había adelantado...

El negrito se quedó mirando al joven mientras se alejaba, preguntándose qué sería

lo que tanto lo había ofendido.

Aunque la visita de Martin resultó ser harto larga, su tío lo vio más bien poco. En ningún momento invitó al joven a que bajase al molino. Es más, trataba de sacarse a su sobrino de la cabeza en cuanto le era posible. Era consciente de lo mucho que significaba para Sapphira tener a este jovenzuelo insensato y jovial por la casa. Desde luego que Martin se mostraba de lo más atento. Charlaba con ella en el porche por las mañanas, tomaba el té con ella por la tarde, jugaba al *cribbage* con ella después de cenar...

Una noche, mientras el molinero estaba sentado a su mesa de lectura, oyó que alguien llamaba a la puerta. En respuesta a su «Adelante», apareció Sampson.

—Sí, Sampson. ¿Qué ocurre?

El alto mulato parecía inquieto.

—Amo Henry, me gustaría hablarle sobre algo que me ronda la cabeza, pero no sé bien si soy quién para hacerlo.

—Habla, Sampson.

—Señor Henry, me temo que el señor Martin molesta a Nancy pero que un montón.

El molinero levantó la vista y frunció el entrecejo.

—¿Que la molesta? ¿Qué quieres decir? ¿Cómo la molesta?

—Bueno, señor, ya sabe cómo son estos jóvenes. Les gusta tontear con una muchacha bonita, aunque sea de color. No digo yo que pretenda nada malo, pero ella no está acostumbrada a esas maneras tuyas, y parece como asustada todo el tiempo. Yo sé que usted no querría que le pasase nada malo.

—Cierra la puerta de ahí detrás, Sampson. Y ahora dime: ¿has visto algo inapropiado?

—Pues lo que es ver, no he visto nada, no, señor. Pero hace unos días, Nancy estaba recogiendo cerezas en uno de los árboles grandes de detrás del ahumadero. Yo y Jeff estábamos en el ahumadero, y la oímos chillar como si se hubiese hecho daño o algo así. Los dos salimos corriendo y vimos al señor Martin plantado al pie del árbol. Antes de que llegásemos, él estaba subido a la silla que Nancy se había llevado para ayudarse a trepar al árbol. Vi el barro de sus botas en el asiento de la silla. La chica estaba asustadísima, se lo digo yo, señor Henry. Temblaba como una hoja y hasta se había mareado. La ayudé a bajar, y Jeff se la llevó a la cabaña. A lo mejor me equivoco, pero no me gustó nada de nada.

El rostro del molinero había adquirido un oscuro tono encarnado.

—Le echaré un ojo a mi sobrino, Sampson. Ya sabes, a veces una jovencita puede hacer una montaña de un montón de arena.

—Sí, señor. Yo nunca he visto a Nancy hacer nada atrevido ni impúdico en sus

idas y venidas.

—Ni yo. Es una buena muchacha y cuidaré de ella.

—Gracias, señor. Buenas noches, señor Henry.

Sampson se retiró, pero en su rostro se podía leer que la conversación no le había tranquilizado.

El molinero cerró el libro y empezó a moverse despacio por la habitación. De repente comprendió que desde el primer momento había desconfiado de su sobrino, si bien nunca había pensado en él en relación con Nancy. Para él, Nancy era poco más que una niña, aunque sus tres hijas se habían casado siendo incluso más jóvenes de lo que Nancy era ahora. La ira se avivó en su interior mientras recorría la habitación, ahora a grandes zancadas. Contra su sobrino y contra el padre que lo engendró; contra todos sus hermanos y contra la sangre de los Colbert... Pensó en su padre: él sí que era digno de reverencia. Un hombre honrado. Y la mujer que compartió su laboriosa y modesta vida era una buena mujer. Pero en el pasado tuvo que correr mala sangre por las venas de los Colbert al otro lado del océano, y esta había salido a la luz en sus tres hermanos y en los hijos de estos. Conocía el legado de su familia mejor que nadie. Él mismo compartía su parte. Pero, desde su matrimonio, jamás había permitido que esta dominara su ser. Había sido tan fiel a los votos esponsales como lo era con los términos de cualquier otro contrato.

El molinero apenas logró conciliar el sueño esa noche. Cuando el primer rubor del madrugador amanecer estival apareció sobre la montaña, se levantó, se puso su larga bata de faena blanca de algodón, y fue a bañarse a la poza de aguas poco profundas que se formaba siempre debajo de la gran noria. Esta era su costumbre después de las calurosas y bochornosas noches que, en verano, a menudo privaban al sueño de su efecto reparador. La gelidez del agua y los rayos de oro que enseguida acariciaban las distantes colinas antes de asomar el sol restauraban su sensación de vigor físico. Regresó a su cuarto, dejando a su paso huellas mojadas sobre el suelo harinoso. Una vez vestido y afeitado, se caló el sombrero y remontó el caz del molino hacia la represa. No sabía por qué, pero se sentía muy reacio a ver a Nancy esa mañana. No deseaba estar allí cuando ella bajara al molino. No sería lo mismo que ayer. Algo perturbador se había interpuesto entre ellos desde entonces.

Durante muchos años, desde que era niña, Nancy había sido antes para él una influencia que una persona. Entraba y salía del molino como una suave brisa primaveral. Una tímida y devota criatura que lo tocaba todo con tanta ligereza. Nunca hasta entonces había adivinado nadie sus pequeños caprichos y preferencias ni se había mostrado ansioso por satisfacerlos. Y la muchacha lo hacía por amor, movida por un solícito afecto. No tenía nada que ganar salvo el placer de verle complacido.

Pero ahora que debía contemplarla como una mujer, seductora para los hombres, rehuía verla por completo. Algo se había perdido de aquella dulce camaradería; pues camaradería había sido, aunque poco más que una sonrisa y una mirada. Un saludo en las frescas primeras horas de la mañana.



Era algo pasada la medianoche, y Sapphira llevaba dormida una hora o más, cuando la despertaron groseramente. Nancy había entrado en tromba por la puerta y la llamaba, como sobresaltada.

—Sí, señorita Sapphy, aquí estoy. ¿Qué ocurre, señora?

—No ocurre nada en absoluto. ¿Te has vuelto loca, Nancy? ¿Por qué me despiertas de este modo?

—Oh, usted me ha llamado, Señorita. Seguro que sí. Y yo estaba teniendo una pesadilla sobre usted.

—Ten más cuidado con lo que comes y no me vengas a mí con tus pesadillas. Sabes que una vez me despiertan, me cuesta mucho volver a conciliar el sueño.

—No sabe cuánto lo siento, Señorita. Estaba segura de haberla oído llamar y temí que se hubiera puesto usted mala, quizá. No, señora, no volveré a entrar a lo loco nunca más. Tal vez sea mejor que baje corriendo a la cabaña de Madre a pasar allí la noche, si es que voy a estar inquieta y molestarla, ¿le parece?

—Tú vuelve a tu cama y contrólate como es debido. No pienso aceptar ese comportamiento alocado.

—Sí, señora. —Nancy salió y cerró la puerta suavemente tras de sí. Se sentó en su jergón y se echó una colcha sobre los hombros. No se tumbó. Aguardaría hasta que fuese la hora de enrollar su cama y meterla en el armario trastero. Su precipitada entrada para ayudar a su ama había sido una artimaña. No había oído que la llamaran, pero había oído algo, la cautelosa pisada de un pie desnudo en la ancha escalera que descendía desde las habitaciones del piso superior al amplio pasillo donde ella yacía tumbada junto a la puerta del Ama. Los escalones siempre crujían un poco. La humedad del ambiente hacía que la madera no estuviera nunca del todo seca.

Cuando el Ama la mandó de nuevo a la cama, Nancy se dijo que si volvía a oír esa pisada furtiva echaría a correr hasta el final del pasillo, saldría por la puerta de atrás y se iría a la cabaña de su mamita. Estaba convencida de que alguien en el piso de arriba escuchaba con la misma atención que ella. Era una sensación horrible. Si salía con ventaja, él no lograría alcanzarla. Aunque también estaba el curvado pasamanos de roble de la escalera, liso como el cristal; cualquiera podía deslizarse por él sin hacer el menor ruido. Una vez él estuviese en el pasillo, ella perdería su ventaja. Lo tendría allí mismo.

Por fin, la primera claridad gris del día atravesó las amplias ventanas situadas al pie de la escalera. La sensación de seguridad que le transmitió aquel brillo fue tan dulce que acurrucó la cabeza contra la almohada y dormitó un rato. Hacía horas que el objeto de su terror dormía profundamente en su alcoba del piso superior. Tras escuchar las voces provenientes del dormitorio de su tía, él se había limitado a

encoger los hombros y volver a la cama.

Conforme la luz grisácea fue ganando intensidad, Nancy se levantó sin hacer ruido y se vistió: un proceso sencillo, dado que en verano iba descalza y dormía con su vestido «camisero», sin mangas, puesto. Solo tenía que atarse la enagua a la cintura y pasarse el vestido de percal por encima de la cabeza. Recorrió de puntillas el largo pasillo y salió corriendo al jardín de flores. El sol empezaba a asomarse por encima de la montaña. Unas nubes aborregadas de color rosado rasgaban el cielo, y las distantes colinas se habían teñido de color oro. La niebla rizada se cernía sobre las praderas de más abajo, junto a la represa del molino, y el rocío goteaba de los arbustos y salpicaba los senderos de ladrillo. En los setos de boj, las plateadas telas de araña temblaban con refulgentes gotas de agua. Las rosas de té y las dicentras colgaban pesadas en sus tallos, como si nunca más fueran a enderezarse. Nadie se movía en las cabañas de los negros. La impenetrable maraña de trompetas trepadoras y calabaceras que las cubría estaba tan mojada que con solo internarse en ella, una se podía dar por duchada. Se quedaba la piel preciosa si una se lavaba la cara y los brazos con el rocío.

¡Oh, este era un hermoso lugar! Nancy no creía que hubiese en el mundo un lugar más bonito que aquel. Se sentía tan alegre que el corazón le latía tan desbocado como la noche anterior, cuando se asustó. Amaba a todos los que habitaban aquellas cabañas cubiertas de trepadoras, a todos. Esta mañana le alegraría ver incluso a la gorda Lizzie y a Bluebell. Después de todo, ellas también formaban parte de su hogar. Y allá abajo estaba el molino, «y el Amo tan bueno y tan justo». Así decía una canción que la señorita Sapphy solía cantar antes de caer enferma, y para Nancy esas palabras siempre se habían referido al señor Henry. ¿Cómo era posible que hubiese perdido esa felicidad la noche anterior, la noche recién pasada? En realidad, todo seguía siendo suyo: su gente y su hogar y el valioso sentimiento de pertenecerles. Quizá ese temor en el oscuro pasillo no hubiera sido más que un mal sueño. Aquí fuera no parecía real.

¡Mira! Ya salía humo por la chimenea de Sampson. Estaba levantado, preparando el desayuno para sus hijos y para su esposa, que se las arreglaba para estar enferma casi todo el tiempo. Todos los negros sabían que Sampson no se ocupaba solamente del desayuno: de madrugada, cocía todo el pan para su familia. ¡Qué paciencia tenía el hombre! Y nunca le levantaba a nadie aquella voz suya, tan grave y tan amable.

Una mañana, poco tiempo después del susodicho incidente, el molinero se encontró a su mujer sin compañía a la mesa del desayuno, y supo que su sobrino había salido a caballo para pasar el día en Winchester.

—Espero que no agote al caballo —comentó—. ¿Cuándo regresará?

—Mañana, creo.

El molinero guardó silencio un momento. Luego habló con un leve tono de

impaciencia.

—Y, por cierto, ¿cuánto tiempo piensa Mart andar por aquí?

—No es cuestión de preguntarle a la familia cuánto tiempo piensa quedarse con nosotros, ¿no te parece?

—Puede ser, pero lleva aquí unas seis semanas, y eso es una visita bien larga.

Sapphira sonrió.

—Recuerdo que mi padre solía contarnos que Benjamin Franklin decía: «La hospitalidad, como el pescado, apesta pasados tres días». Puede que sea así en el Norte, pero no es como nosotros lo sentimos en Virginia, espero.

—Sapphira, ya he disfrutado más que suficiente de la compañía de Martin. Nunca me gustaron los modos de su padre, y tampoco me gustan los suyos. Además, ¿a qué ha venido?

—Quizá el chico busque un refugio... de sus acreedores.

—O de los hombres a cuyas familias ha deshonrado —murmuró su esposo.

Ella sacudió un dedo en su dirección.

—Mira, Henry, no seas tan duro con él. Tus hermanos eran todos así, lo sabes. Y Martin tiene un lado cortés que ellos no tenían. Yo no es que sea precisamente una compañía muy alegre con la que pasar la tarde, y menos aún para un joven gallardo, pero si se aburre nunca lo ha hecho notar. Qué duda cabe que le echaré de menos cuando se vaya.

—Bueno, pues si tanto te agrada su compañía, no diré nada. Pero va a pervertir a los criados. Se toma demasiadas confianzas con las muchachas negras. Va al bosque del otro lado del arroyo a buscar setas con esa inútil de Bluebell.

—Si los criados se malogran por influencia de cualquiera que visite la casa, es culpa de ellos y de nadie más. Me parece que saben muy bien dónde está su sitio. Bluebell es una negra perezosa y mentirosa donde las haya, pero la considero lo bastante inteligente como para cuidar de sí misma. Dudo sinceramente que Martin llegara a rebajarse de ese modo, pero no es asunto mío.

Sapphira rio por lo bajo. Era casi tan divertido como un juego, pensó; siempre que ella y su esposo pensaban en Nancy, hablaban invariablemente de Bluebell.

Llegaba el momento de cosechar el heno, y ahora el molinero se tornaba en granjero. Dejaba a Sampson a cargo del molino y se pasaba las mañanas entre el granero y el establo ocupándose de que los caballos estuvieran en forma, reparando las rejillas de secado, asegurándose de que Taylor retiraba la paja vieja de los pajares y los aireaba para albergar la nueva cosecha... Todos los años, durante la recogida del heno y la cosecha, daba un descanso a sus norias. Tenía la firme creencia de que trabajar al aire libre era bueno para su salud.

Al salir del granero una mañana, mientras cruzaba el patio de los negros, pasó junto al lavadero en el que Nancy se ocupaba de lavar la fina ropa del Ama. Al escuchar voces provenientes del interior, la de la muchacha y la de su sobrino, se detuvo en seco junto al bidón de agua de lluvia y prestó oído.

Martin hablaba arrastrando las palabras, en tono de broma.

—¿Qué pasa con esas finas camisas que me ibas a lavar y planchar, señorita Nancy Till?

—Sí, señor. El Ama me lo pidió. Si me las deja en el pasillo, se las tendré listas hoy mismo.

—Escúchame bien, niña mía, rebusca en el armario y encuéntralas tú solita. Yo no me ocupo de mis camisas. Si te encargas de mi habitación, te encargas de mi colada. Yo no soy mi propia doncella.

El molinero dio un paso adelante y se asomó por el vano de la puerta, que se encontraba abierta. Nancy estaba ante la tabla de planchar, con los ojos fijos en su labor. Martin, en pantalón de montar, se había repanchigado en una vieja silla rota, con la espalda apoyada contra la pared y las piernas estiradas frente a él. Tenía la cara vuelta hacia otro lado, pero a su tío no se le pasaron por alto ni su actitud señorona e indolente ni el grosero tono de confianza en la voz. Colbert apretó los dientes y cruzó rápidamente el patio de camino al molino.

—Sampson —llamó—, quizá este buen tiempo no dure mucho. Le dije a Taylor que empezáramos en el prado grande mañana, y tú y yo saldremos con los hombres. Seguro que hace mucho calor, así que tendremos que ponernos manos a la obra bien temprano, antes de que se seque la hierba. Las mujeres pueden airearla después. Tendrás que ir a buscar las guadañas. Es tarea de Taylor, pero no lo ha hecho. Yo solo he podido encontrar seis, y seremos ocho en el campo.

Sampson esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Digo yo que las podré encontrar, señor. Los chicos las cogen para esto o para aquello. Pero yo las encontraré.

A la mañana siguiente, muy temprano, las niñas de la señora Blake se despertaron con el rechinar de las piedras de afilar contra las hojas de las guadañas.

El prado grande que se extendía entre su casa y el molino era siempre el primero en cosecharse. Los segadores se habían reunido más abajo, junto a la cerca, donde los arbustos de sasafrás hacían las veces de pantalla entre el campo y Back Creek. El molinero recorrió el grupo, comprobando uno a uno el filo de cada hoja.

—Bueno, muchachos, supongo que estamos listos para empezar. Estad atentos y manteneos en fila recta.

Los negros se dispersaron y ocuparon sus puestos. Se escupieron en la palma de las manos y asieron con fuerza los mangos. Colbert y Sampson estaban en el centro, y cuando el Amo hubo dado el primer golpe de guadaña, los hombres adoptaron la consabida postura de todo segador experimentado y la alta hierba empezó a caer. Avanzaban de este a oeste, a ritmo constante, como una buena yunta al arado. Colbert solo permitía trabajar con él a los segadores veteranos; a los jóvenes los prestaba como jornaleros durante la temporada de cosecha del heno para que aprendieran con sus vecinos. A cada golpe de guadaña brotaba del pecho de los negros un sonido grave, el «ug-ug» que emitían cuando cortaban la leña. Pero no se detenían salvo para escupirse en las manos.

El sol brillaba en el firmamento hacía ya varias horas cuando la fila de segadores alcanzó el pequeño manantial ferruginoso que brotaba en la pradera y en torno al cual medraba un grupo de lirios atigrados. Llegados a este punto, el Amo invitó a los peones a que se acercaran a beber algo. El agua estaba fría y tenía un fuerte sabor ferrizo. Los negros se pasaron la calabaza de unos a otros más de una vez mientras permanecían de pie en actitud relajada, estirando la espalda y restregando sus caras sudorosas con las mangas de sus camisas, que ya estaban empapadas. Cada uno de aquellos hombres portaba en la cabeza un sombrero viejo de algún tipo. Tras descansar unos instantes, se tiraron de los tirantes desde la cintura y regresaron a sus puestos. Cuando la fila se alejó en su avance, los lirios naranjas salpicados de pequeños puntos negros quedaron atrás, erguidos y altos entre la hierba segada.

Al cabo de un rato, los hombres empezaron a levantar ansiosos la vista al sol: ya quedaba poco. Se mantenían en fila, pero es cierto que avanzaban más despacio. Un jovial «Eooo» sonó a través del campo. Los hombres pararon y se irguieron con un suspiro agradecido, mirando hacia la escalerilla que salvaba la cerca de la Casa del Molino. Por allí llegaba el joven Martin portando una jarra de galón en cada mano, y detrás de él iban Nancy y Bluebell y Nelly y Trudy y el pequeño Zach, todos portando cestas.

Era costumbre entre los segadores almorzar en el campo. Las guadañas quedaron abandonadas junto a la hierba recién cortada, y los peones se reunieron a la sombra de la ancha copa de un arce. En todos los campos de heno se dejaba un árbol grande para ese propósito. Y siempre se le llamaba «el árbol de los segadores».

Una vez extendido un mantel rojo sobre la hierba, y después de haber dispuesto sobre él las provisiones, las mujeres se marcharon. Las jarras que había traído Martin estaban llenas de té frío. El Amo se sirvió una calabaza a rebosar, pero los hombres

bebían de la jarra, que iba circulando de boca en boca.

Mientras empezaban a dar cuenta de su almuerzo, un negro de aspecto penoso se acercó al grupo. No se aproximó en línea recta, sino rodeándolo a derecha e izquierda y con la mirada fija en la hierba, como si buscara algún objeto extraviado. Los negros sonreían y se daban codazos. «Aquí está “Tanaceto” Dave. Ya tardaba en venir.»

El Amo le habló a Sampson.

—Dile que se acerque, pobre hombre.

Con una voz suave que, no obstante, se proyectaba muy lejos, el hombre amarillo lo llamó.

—El Amo dice que te des prisa, Dave, o te quedarás sin nada.

El hombre espantapájaros se aproximó lentamente, con la cabeza hundida entre los hombros. Llevaba las piernas desnudas, los pantalones rotos a la altura de las rodillas, y su camisa era poco más que un sucio harapo. Murmuró algo sobre que «no andaba muy fino últimamente y no estaba seguro de si debería comer algo».

El Amo lo interrumpió.

—Este es un buen almuerzo, Dave. Siéntate y come todo lo que quieras. Hay de sobra.

El rostro apesadumbrado de Dave se iluminó cuando posó la vista sobre lo que habían dispuesto sobre el lienzo rojo. Cogió los pedazos de pan de maíz cocido y de carne ahumada frita que le tendió Sampson y se apartó de los otros. Fue a sentarse en el borde mismo de la línea de sombra, y allí dio cuenta de su comida.

Después del almuerzo, los peones se tumbaron bajo el árbol y durmieron durante una hora. Yacían boca arriba, con sus viejos sombreros cubriéndoles la cara. El molinero se sentó con la espalda apoyada contra el tronco y observó al harapiento visitante mientras se escabullía a través del campo segado e iba a ocultarse entre los arbustos de sastrás que crecían a lo largo de la cerca. Pensaba en que era una tarea lóbrega ser responsable de las vidas de otros hombres. Hubo un tiempo en que el pobre Dave, aquella suerte de fantasma de hombre sin demasiadas luces, había sido uno de los muchachos más alegres del lugar. Él y Tap llevaban la voz cantante en todos los festivales rurales. Dave era un virtuoso de la armónica y solía tocar para que los negros bailaran en la dura tierra pisada del patio trasero. Habían pasado ya seis años desde que empezó a desmoronarse.

Seis años atrás, la señora Morrison, una dama de Baltimore, viajó hasta la zona para alojarse con un pariente tres millas arroyo abajo. La acompañaba su criada de color, Susanna, quien solía acercarse a la casa para bailar con los negros de los Colbert. Era una moza vistosa, con unos ojos grandes y cálidos y una risita irresistible. Tenía los pies ligeros y era una bailarina graciosa. Colbert y Sapphira salían a veces para verla bailar mientras Dave tocaba su armónica y los demás negros la «espoleaban» dando palmas. Dave siempre la acompañaba a casa. Lizzie le contó a su Ama que todas las noches después de cenar, Dave se mudaba de camisa y bajaba al arroyo para cortejar a Susanna, y que antes de partir se revolcaba una y otra vez

sobre el arriate de tanacetos «para oler dulce». El chico conservó el apodo de «Tanaceto Dave» hasta mucho después de haber dejado de hacerle la corte a la muchacha y de querer oler dulce.

Cuando la señora Morrison preparaba ya el equipaje para regresar a la ciudad, Dave fue a ver a Sapphira y le rogó que comprase a Susanna para poder casarse con ella. Estaban «prometidos», le contó, y Susanna deseaba quedarse. Al principio, el Ama se rio de él. Pero Dave rompió a llorar como un niño. Se tiró al suelo y juró que «se fugaría y la seguiría si se la llevaban en los coches». La desesperación del chico ablandó a la señora Colbert. Le dijo que se levantara y se comportase, y que se lo pensaría. Y se lo pensó, y habló con Henry sobre el asunto aquella misma noche. Ambos estuvieron de acuerdo en que era absurdo comprar a otra muchacha cuando ya tenían de sobra. Pero a la mañana siguiente, muy temprano, Sapphira despertó a su esposo para decirle que había decidido comprar a Susanna siempre y cuando la mujer aceptara un precio razonable a cambio. La muchacha era buena costurera y podía encargarse de la costura más fina de toda la casa.

Sapphira pidió el coche y partió nada más desayunar. El molinero no confiaba en que fuera a tener éxito, pero nada dijo. Había visto al ama de Susanna en la iglesia baptista en una ocasión, y no le gustó su porte arrogante ni tampoco su aspecto. Tenía una cara pequeña y severa, blanca como la harina.

A su regreso, Sapphira mandó llamar a su esposo al molino. Estaba enormemente decepcionada. La mujer le había contestado al instante, diciendo que desaprobaba por completo la esclavitud. Cuando los negocios mercantes de su difunto marido le llevaron de Bath, Maine, a Baltimore, ella se había visto en la necesidad de adquirir dos negros para el servicio doméstico. En Baltimore no había otra forma de conseguir buenos criados. No vendería a Susanna a ningún precio. La muchacha estaba adiestrada para trabajar en una casa de ciudad. Y una vez de regreso en Baltimore no volvería a pensar en aquel negro chalado nunca más.

Susanna y su ama abandonaron el vecindario, y Dave se fugó tal y como había amenazado con hacer. Caminó hasta Winchester y se subió a los «coches». Cuando llegó a Harpers Ferry y le dijeron que debía esperar allí al tren grande que continuaba hasta Washington, se descorazonó. Pasados unos días regresó vagabundeando a casa, pero ya nunca volvió a ser el mismo muchacho. Fue de mal en peor. Pasaba días, a menudo semanas, en las montañas, doquiera que hubiese un buen whisky destilado ilegalmente. A día de hoy vivía en las montañas durante todo el verano. En otoño bajaba al molino para tomar prestada la escopeta de Sampson e ir a cazar. Dave podía imitar el reclamo del pavo salvaje a la perfección, y mantenía surtida de estas recelosas aves la mesa de la casa. Y al Ama le encantaban. La paciencia que Sapphira mostraba hacia Dave era algo que a menudo maravillaba a Colbert. Cuando Dave trocaba sus ropas a cambio de whisky y regresaba a casa con el rabo entre las piernas y sin una camisa que echarse al cuerpo, ella lo despachaba al arroyo para que se lavase, le hacía quemar sus andrajos y le mandaba ponerse unos pantalones enteros y

una camisa de «ferroviario» nueva. Más pronto que tarde volvía a desaparecer y no regresaba hasta el invierno. Año tras año, Taylor se lo encontraba en el granero alguna mañana después de la primera helada importante, completamente enterrado en el heno. Sapphira se preocupaba de que se le proveyera de ropa y comida durante todo el invierno. Hasta Lizzie se apiadaba de él, pero ella no le dejaba entrar en la cocina a comer con los demás peones. Llenaba un cubito con vituallas y se lo daba.

Los hombres terminaron la siega del prado grande antes de la puesta de sol. Esa noche, el molinero se excusó temprano de la mesa de la cena, admitiendo que estaba cansado. Estaría «en forma» en unos pocos días, le dijo a su esposa, pero esa noche le dolían los brazos y la espalda por el desacostumbrado ejercicio.

Una vez en su cuarto del molino, se echó sobre la cama y se quedó tumbado muy quieto, observando cómo se apagaban las últimas luces del crepúsculo. Aguardaba con anhelo las dos semanas próximas, que lo desembarazarían del dolor que aquejaba su espalda y sus pensamientos. Le venía bien pasar el día en los campos, sentir su fortaleza embriagada por el sol y la tierra, y marcar el ritmo a hombres más jóvenes que él en la siega de heno y trigo.

Por aquellos días, Henry Colbert no se encontraba a gusto a solas con sus pensamientos. Con demasiada frecuencia le asaltaba la preocupación por lo que Sampson le había contado. De tanto en tanto, su mente tomaba conciencia de las verdaderas intenciones de Martin. El veneno que corría por las venas del joven bribón parecía agitar algo en las suyas. El Colbert que llevaba dentro amenazaba con levantar la cabeza tras un largo periodo de hibernación. No era que se temiese a sí mismo. Por nada del mundo, ni por un instante, comprometería aquella dulce confianza y aquel afecto que durante tanto tiempo le habían servido de consuelo. Pero ese consuelo había dejado de ser lo que era. Ahora trataba de evitar a Nancy. El sonido de sus ligeras pisadas sobre los viejos tablones labrados a hachazos del suelo del molino, su sonrisa matinal, no elevaban su espíritu como lo hacían de costumbre.

Se dijo a sí mismo que en su afán de mantener vigilado a Martin había empezado a ver a través de sus ojos. A veces, en sueños, esa preocupación por Martin, la sensación de verse casi como él, le sobrevenía como un funesto sortilegio.

¿Cómo iba a deshacerse de aquel tipo? En aquellos días, y en aquellas tierras, un hombre no podía echar a su sobrino de casa salvo que este hubiese denostado de modo flagrante la hospitalidad de sus anfitriones. El molinero había contemplado seriamente la posibilidad de sobornar a Martin. Era la opción con más probabilidades de éxito, si bien resultaba una idea del todo extravagante aquello de ofrecerle dinero a un familiar cercano para que abandonase el vecindario. Con todo, había viajado a Winchester la semana anterior, antes de que el heno estuviese a punto, y había retirado del banco una suma de dinero más elevada de la que por costumbre solía tener a mano. Ahora se encontraba guardada bajo llave en el cajón de su secreter. Le



agradaba la sensación de saber que estaba allí, preparada.

Antes de desvestirse para la noche, Colbert tomó de la estantería un libro que leía a menudo, *La guerra santa*, de John Bunyan. Se trataba de un ejemplar editado en Glasgow en 1763. Abrió el libro por un pasaje que se refería al estado de la ciudad de Alma Humana después de que Diábolo atravesara sus puertas y se hiciera con el poder sobre la ciudad:

«También comenzaron a escasear las cosas en Alma Humana. Ahora se apartaban de ella las cosas que su alma ansiaba. Cayó la sequía ardiente sobre todas sus cosas placenteras, en lugar de verdor. Sobre los moradores de Alma Humana había ahora arrugas y algunas muestras de la sombra de la muerte. Y ahora, ¡con qué dicha habría gozado Alma Humana de la quietud y satisfacción de la mente, aunque fuera con la más humilde condición del mundo!»<sup>[5]</sup>.

A continuación avanzó hasta las páginas en que se describía el estado de Alma Humana después de haber sido reconquistada y reclamado su trono por el príncipe Emmanuel, el Hijo de Dios:

«Cuando la ciudad de Alma Humana se hubo librado hasta aquí de sus enemigos y de los que perturbaban su paz, lo siguiente fue que se dio una orden estricta de que Lord Recia-Voluntad, buscara e hiciera todo lo posible por aprehender a los diabolianos de la ciudad que quedaran aún con vida (...) También prendió a Sentir-Carnal y lo puso en la prisión; pero no sé cómo se lo hizo, que escapó; y el atrevido villano no se ha ido aún de la ciudad, sino que acecha en las guaridas diabolianas durante el día, y como un fantasma pasa por las casas de hombres honrados durante las noches»<sup>[6]</sup>.

En este libro hallaba gran consuelo. Un hombre honrado, que había sufrido mucho, le hablaba de cosas sobre las que él no podía desahogarse con nadie.

La cosecha de trigo casi había concluido. Nancy y sus compañeras habían llevado el almuerzo a los segadores hasta el gran campo de trigo, al otro lado de Back Creek. De camino a casa, Nancy se escabulló del grupo y cruzó corriendo el patio de la señora Blake hasta llegar a la puerta de su cocina. Mary y Betty ya habían terminado de lavar los platos y su madre se disponía a tostar granos de café en el horno. Tras reparar en el semblante que traía Nancy, la señora Blake les dijo a las niñas que podían ir carretera abajo a ver al Abuelo, que seguía segando el trigo. Cuando se hubieron marchado, se dirigió a la muchacha amarilla.

—¿Y ahora qué ocurre, niña? ¿Te ha importunado ese bribón otra vez? Siéntate y cuéntame.

Nancy se dejó caer sobre una silla.

—¡Ay, me estoy volviendo loca, ya no lo soporto más, de verdad que no! No puedo descansar ni de día ni de noche. ¡Acabaré tirándome al estanque del molino, vaya que sí! —Hundió la cabeza entre los brazos y prorrumpió en sollozos.

—¡Calla, calla! No hables así, Nancy, es horrible. Deja de llorar, y cuéntamelo todo. —Se fue hasta la muchacha y acarició sus hombros temblorosos hasta que los sollozos se volvieron más roncós y, por así decirlo, se secaron.

Nancy alzó el rostro.

—Señorita Blake, usted es la única persona con la que puedo hablar. Este hombre me persigue día y noche, tanto que desearía no haber nacido.

—Supongo que muchos deseamos lo mismo de vez en cuando. Pero al final salimos a flote y aguantamos con lo que nos toca. ¿Se lo has contado a tu padre?

—¿Cómo iba a contárselo, señorita Blake? Me moriría de vergüenza si tuviera que decírselo a ese buen anciano. No tengo nadie a quien acudir, solo usted.

—Entonces intenta aclararme la situación, Nancy. ¿Es que no puedes evitarle?

—Lo peor es por las noches, señorita Blake. Ya sabe que duermo junto a la puerta de la señorita Sapphy, y él está justo encima, en la planta de arriba. Una noche le oí bajar las escaleras descalzo y me levanté de un salto y entré corriendo en la alcoba del Ama fingiendo que la había oído llamar. A ella le enfadó mucho que la despertase y me mandó de vuelta a la cama, y yo me quedé ahí despierta hasta que amaneció. Si me quedase dormida profundamente, él podría plantarse a mi lado en cualquier momento. Si me pusiese a gritar, el Ama me echaría la culpa de todo. Diría que he sido yo la que ha hecho algo para que él pensase que soy una mala muchacha. Otra noche oí que bajaba sigilosamente y yo me levanté de un salto y corrí en busca del anciano señor Washington. Ya sabe usted que duerme en un camastro en la bodega. Dejó que yo durmiera en su cama, y él pasó la noche sentado en el pasillo. Así que no puedo volver a entrar corriendo en la alcoba del Ama, y odio tener que molestar al

señor Washington. Él necesita descansar. Vaya, señorita Blake, que no hay forma de pararle los pies al señor Martin. Puede colarse en mi cama cualquier noche si me quedo dormida. No puedo pedir ayuda a nadie. ¡No puedo hacer nada!

En estas, Nancy se levantó como un resorte de la silla y se quedó de pie con las manos pegadas a la frente y a su pelo negro azulado.

—¡Se lo digo, prefiero ahogarme antes de que me ponga las manos encima! Solo quiero que alguien vaya al Amo de mi parte y le cuente que no lo hice por maldad. Por favor, señora, cuénteles qué fue lo que me llevó a hacerlo.

Cuando mencionó al Amo, empezó a llorar otra vez y no pudo continuar.

Finalmente, la señora Blake habló con sosiego pero con mucha resolución.

—Voy a alejarte de todo esto, Nancy. Eso sí, no quiero volver a oír hablar de la represa del molino. Eres joven y tienes la vida por delante. Después de observar cómo iban las cosas, he estado pensando en cómo alejarte del molino. Hace ya tiempo que no eres feliz del todo ahí abajo.

—No, señora, no desde que ella la tomó conmigo. —Nancy pronunció estas palabras de forma ausente, como hablando para sí—. No es que me haga nada. No sé lo que es, pero ya ni me mira. Simplemente me ha dado la espalda.

La señora Blake la cogió de los hombros.

—Ahora presta atención, Nancy. ¿Tendrías el valor suficiente para irte de aquí a un lugar mejor, donde estarías a salvo? No puedo echar a Mart Colbert, pero sí puedo sacarte a ti. ¿Te irías?

—Me iría a cualquier sitio con tal de alejarme de él. Hasta Georgia me iría a recoger algodón, desde luego que sí.

—No hará falta llegar a tanto, Nancy. Tú aguanta un poco más, y yo te sacaré de este entuerto. ¿Le has contado algo a Till?

Nancy levantó la vista con ojos interrogantes, sorprendidos.

—¿A Ma? ¿Cómo iba a hacerlo, señora?

La señora Blake se dio la vuelta y empezó a meter troncos de combustión lenta en el fogón para proseguir con la tostadura.

—Mira, ya suben las niñas por la carretera. Será mejor que las dejes que te acompañen a casa. Es posible que Madre te haya echado de menos, pero si están contigo no dirá nada.

Después de que Nancy y las niñas se hubiesen marchado, la señora Blake se sentó a vigilar las sartenes en que los granos de café iban adquiriendo un color marrón. Entendía por qué Nancy no acudía a Till en busca de consejo y protección. Till había sido una Dodderidge mucho antes de convertirse en la madre de Nancy. En la cabeza de Till, su primera obligación era para con su ama. Desde que la señora Colbert se había quedado inválida, la posición de Till en la casa era de primer orden. Y para ella, la posición lo era casi todo. Mucho tiempo atrás, Matchem la había enseñado a «valorar su posición», y aquello se había convertido en el dictado de su vida. Si algo se interponía entre ella y el Ama, el orden de la casa se vendría abajo.

Nancy había llegado a este mundo por accidente. Y Till contemplaba su otro parentesco, la relación con los Dodderidge, como una de las condiciones que a uno le vienen dadas de nacimiento. Empezando por Jezebel, los suyos habían vivido bajo el techo y la protección de aquella familia durante cuatro generaciones. Era su lugar natural en el mundo.

Sí. La señora Blake sabía por qué Till hacía la vista gorda ante lo que sucedía en la Casa del Molino. Y reparó una vez más en cómo ella misma era, por naturaleza, incapaz de comprender en absoluto a su madre. Hasta donde le alcanzaba la memoria, había visto a su madre realizar actos tanto de una generosidad extrema como de una inusitada crueldad que se le antojaban puramente caprichosos. En ese momento, la señora Blake no podía poner la mano en el fuego y afirmar que la señora Colbert no hubiera invitado a aquel calavera a su casa con el deliberado propósito de hacerle daño a Nancy. Tal vez le hubiera pedido que viniera simplemente para disfrutar de su compañía, y ahora estaba dispuesta a tolerar cualquier cosa que al joven le divirtiese con tal de prolongar su estancia a su lado. Esto último era bastante probable teniendo en cuenta que la señora Colbert, aunque a menudo generosa, se creía el centro de todo y consideraba a los demás solo en relación a sí misma. Así había nacido y así la habían educado.

Con todo, no podía pasar por alto las inconsistencias. Estaban su singular indulgencia con «Tanaceto» Dave, su genuino afecto hacia Till y la vieja Jezebel, su paciencia con la perezosa esposa de Sampson. Incluso ahora, desde su silla, tomaba parte en todas las celebraciones que para los negros eran importantes. Le gustaba verlos felices. La mañana de Navidad se sentaba en el largo pasillo y hacía que todos los hombres de la casa acudieran a recoger sus regalos y a tomar la copa de Navidad. Servía a cada hombre un potente ponche en uno de los recios vasos de cristal tallado que pertenecieron a su padre. Cuando Tap, el muchachito del molino, chasqueaba los labios y decía: «Señorita Sapphy, si la teta de mi madre hubiese sabido así, no me habrían destetado jamás», ella se reía como si nunca antes hubiese oído aquel viejo chiste.

Cuando los negros enfermaban, ella los cuidaba, enviaba ropa blanca para los recién nacidos y pedía verlos tan pronto como la madre estaba en pie y recuperada. Mientras recordaba todas estas cosas e intentaba ser justa con su madre, la señora Blake se levantó de la silla de repente.

—No, no es falso. Ella cree en ello y ellos creen en ello. Pero no está bien —dijo en voz alta.

En la diligencia de la mañana siguiente, la señora Bywaters envió una importante carta a David Fairhead pidiéndole que se acercase a Back Creek lo antes posible. Él se presentó ante la verja de su casa en su viejo caballo gris al atardecer del día siguiente. Esa noche, la señora Blake y el señor Whitford, el carpintero, se reunieron en la estafeta para hablar con él. Cuando estuvieron sentados en la sala privada de la jefa de la estafeta, donde nadie los interrumpiría, la señora Blake le reveló su osado propósito. La señora Bywaters estaba sentada a su lado para prestarle apoyo.

A las dos mujeres el plan se les antojaba una empresa desesperada. Jamás hasta entonces se había fugado un esclavo negro de Back Creek, ni de Hayfield, ni de Round Hill, ni siquiera de Winchester. Pero el señor Fairhead las tranquilizó. Les dijo que el ferrocarril subterráneo<sup>[7]</sup> estaba ahora más activo que nunca. La severa Ley de Esclavos Fugitivos, aprobada seis años antes, no había logrado evitar en modo alguno que los esclavos se fugaran. El carácter injusto de la ley en sí había generado nuevos simpatizantes de los fugitivos y abierto nuevas vías de escape. Hoy por hoy, llegaban a Canadá negros procedentes de lugares tan distantes como Luisiana. Los ferrocarriles y los vapores de los lagos los ayudaban. Si un negro lograba llegar a Pensilvania o a Ohio, rara vez fracasaba en su huida.

Fairhead le explicó a la señora Blake lo sencillo que sería hacer llegar a Nancy desde Winchester a Martinsburg, y desde allí a Pensilvania. Mientras ella estaba allí sentada, él podía escribirle una carta a su primo de Martinsburg, que estaría encantado de auxiliarla. Esta carta podía salir en la diligencia a la mañana siguiente.

El señor Whitford dijo que él podía colaborar también con la causa de la señora Blake hasta Winchester. Tenía un carromato cubierto por un toldo ligero en el que transportaba ataúdes hasta distintos cementerios bastante apartados. Bajo el toldo se podían colocar sillas para dos mujeres que podrían hacer el trayecto hasta la ciudad sin ser vistas. Si viajaban entrada la noche, llegarían a Winchester a tiempo de coger la primera diligencia de la mañana hacia Martinsburg.

La señora Blake regresó a casa mucho más tranquila. Pero todavía le quedaba la parte más ardua de organizar, la entrevista que más temía.

La noche siguiente salió hacia el molino por la carretera del arroyo, donde las probabilidades de encontrarse con alguno de los criados de la casa eran muy remotas. Una vez en el molino, se acercó hasta la ventana norte del cuarto de su padre. Estaba dentro, sentado a su mesa. Pero, en lugar de leer, miraba el suelo con aire taciturno.

—¿Puedo pasar, Padre? —preguntó en voz baja.

—¿Eres tú, Rachel? Aguarda un momento.

Salió a la plataforma donde se descargaban las carretas, la tomó de la mano y la condujo por el oscuro pasillo hasta su cuarto. Tras cerrar la puerta, pasó el cerrojo.

La señora Blake tomó asiento y respiró hondo.

—Bueno, Padre, he venido hasta aquí para que hablemos sobre un asunto. Me arrepiento de no haber venido antes. Supongo que ya sabrá de qué se trata.

Lo miró buscando alguna señal de asenso, pero él siguió sentado, mirando al suelo con el ceño fruncido. La falta de aliento por parte de su padre ponía a prueba su paciencia, sobre todo cuando él tenía que saber bien lo que ella tenía en mente. Estaba cansada, y el paseo a lo largo del arroyo se le había hecho eterno.

—Padre —estalló ella con indignación—, ¿es que se va a quedar mirando cómo arruinan a una buena muchacha sin levantar un dedo?

El molinero cruzó la estancia y cerró la ventana. Su rostro estaba ahora encarnado, como también el de la señora Blake. Ella prosiguió algo acaloradamente.

—Seguro que sabe que ese tarambana de Mart Colbert anda detrás de Nancy día y noche. La va a hacer suya, al final. Es una buena muchacha, pero los hombres de la familia Colbert jamás dejan que nada ni nadie se les escape. La cogerá en algún lugar y la forzará.

Su padre apretó sus poderosos puños.

—¡No lo hará! Solo la gracia de Dios ha impedido que no lo haya estrangulado aún.

—Entonces, ¿por qué no hace algo para salvarla?

No contestó. Su hija lo contemplaba atónita. Su rostro encarnado y sus puños agarrotados no le proporcionaban ninguna pista sobre lo que sucedía en su mente. Se estaba produciendo en él una lucha interior, eso seguro. Ella siempre había sido testigo de su rapidez de actuación y lo cierto es que jamás lo había visto así antes.

—Quizá me esté sobrepasando en mis obligaciones —dijo ella por fin—, pero no podía quedarme de brazos cruzados y contemplar lo que está pasando aquí. Ha acudido a mí en busca de ayuda, y no he sido capaz de sustraerme. Voy a sacar a Nancy de este lugar y voy a ponerla rumbo a la libertad.

Él levantó la vista y la miró a los ojos, con un brillante destello en los suyos.

—Si eso fuera posible, Rachel...

—Bueno, pues sí que es posible. El señor Fairhead se ha ofrecido a ayudarme. No es tan complicado como nos pueda parecer a los que vivimos aquí. Hay esclavos fugándose por doquier en estos tiempos. Tiene unos amigos cuáqueros que llevarán a la muchacha hasta Pensilvania. Unas cinco millas a las afueras de Martinsburg hay una balsa que nos llevará a mi y a Nancy hasta el otro lado del Potomac. Una vez hayamos cruzado, un transporte saldrá a nuestro encuentro y la llevará de casa en casa. En un día y una noche puedo dejarla en buenas manos.

—¿Y qué será de ella?

—Los cuáqueros conseguirán que cruce la frontera del estado de Nueva York y la meterán en los coches. Hay un ferrocarril que atraviesa Vermont hasta Canadá, y allí estará a salvo de los cazadores de esclavos. Dice que los trabajadores del ferrocarril están siempre dispuestos a ayudar. Ocultan a los esclavos fugitivos en los vagones del

equipaje y los transportan a salvo hasta Montreal.

—¿Montreal? ¿Y qué va a hacer una muchacha joven como ella en una ciudad tan grande y extraña? Allá arriba solo hablan francés, por lo que me han dicho. Debes de haberte vuelto loca, Rachel. Acabará mal, seguro. Una chica bonita como ella... Se la llevarán a una de esas casas, lo quiera o no.

El molinero se enjugó la frente con su enorme pañuelo. La estancia cerrada se estaba caldeando en exceso.

—Padre, puedo asegurarle que en las grandes ciudades hay mucha gente harto más amable que algunas de las personas de esta granja. Sabe bien que Madre trata a Nancy con mano dura y que viene tratándola así desde hace mucho tiempo. No entiendo cómo la chica lo ha podido soportar. Que Dios me perdone, pero tengo la sensación de que ha hecho venir a ese bribón a propósito, y ha estado intentando arrojar a la muchacha a su paso todo el tiempo. Ella sabe que Nancy duerme desprotegida en el pasillo todas las noches, y que él puede abordarla en cualquier momento. Lo ha intentado más de una vez. La pobrecilla tuvo que ir corriendo en busca del viejo Washington a la bodega, y él le prestó su camastro. En otra ocasión...

El molinero se puso de pie de un salto y derribó la silla a su espalda.

—¡Calla, Rachel, no quiero oír ni una palabra más! Tú y yo no podemos hablar de estas cosas. No está bien. ¿Para qué vienes a contármelo si ya has llegado a un acuerdo con el señor Fairhead y con Whitford? Yo no puedo tomar parte en un plan que merme la propiedad de tu madre.

—Acudo a usted porque necesitamos dinero, cien dólares, para hacerla llegar sana y salva a Canadá. Y yo no los tengo. Si los tuviera, no recurriría a nadie.

Henry Colbert caminaba despacio por la habitación, con los ojos fijos en el suelo. Le avergonzaba mostrarse tan irresoluto delante de su hija. Pensaría que entregarle el dinero le producía resquemor, quizá. El dinero estaba allí, en su secreter. Hacía factible su plan, lo convertía casi en un hecho consumado... Una pérdida que nunca se le podría compensar. Había empezado a consolarse con la esperanza de que, una vez Martin se hubiese quitado de en medio, lo mismo las cosas volvían a ser como antes. Pero, tras cada una de sus palabras y tras cada uno de sus argumentos, su hija aumentaba su certeza de que Nancy nunca volvería a ser la misma, de que nunca sería feliz allí. Debía afrontarlo.

—Rachel —dijo por fin con su tono natural de voz—, entre tú y yo no debe mediar nada más acerca de este asunto. Ni palabras ni ninguna otra cosa. Mañana por la noche me acostaré temprano y dejaré mi abrigo colgado de una silla junto a esta ventana abierta de aquí. —Subió la hoja inferior de la ventana norte y la sostuvo con un palo—. Y ahora te acompañaré a casa.

—No, Padre, gracias. Podríamos encontrarnos con alguien. Preferiría que no nos vieran juntos esta noche.

La noche siguiente, la señora Blake caminó de nuevo hasta el molino por la carretera del arroyo. El cuarto de su padre se hallaba a oscuras, pero la ventana estaba abierta. Introdujo la mano, sacó el abrigo que colgaba del respaldo de la silla, y palpó los bolsillos. Del bolsillo interior extrajo un paquete plano de billetes.

El molinero la escuchó llegar y luego marcharse desde su cama. Permaneció tumbado muy quieto y rezó de todo corazón por su hija y por Nancy. *Ningún gorrión cae a tierra sin que Dios lo sepa.* Nunca más volvería a oír esas ligeras pisadas más allá de su puerta. Ella subiría de Egipto a una tierra mejor. Tal vez fuera como el astro de la mañana, esta criatura. El último astro de la noche. Se disponía a salir del oscuro letargo de los protegidos e irresponsables para labrarse su propio camino en este mundo en el que nadie es libre del todo, y donde lo mejor que puede sucederle a uno es tener la oportunidad de recorrer su propio sendero y ser responsable solamente ante Dios. Los negros de Sapphira estaban más protegidos, mejor alimentados y mejor vestidos que los blancos pobres de las montañas. Y aun así, ¿qué harapiento y trasquilado montañés cazador de ardillas se cambiaría por Sampson, su leal primer peón de molino?



El señor Whitford debía presentarse en la casa de la señora Blake a la una de la madrugada. Si salía a esa hora, lo más probable era que no se topara en la carretera con ningún viajero, y llegaría a Winchester mucho antes del amanecer. Él y sus pasajeras desayunarían temprano con el viejo cuáquero amigo del molinero y del señor Fairhead. Desde la casa del cuáquero, cogerían la diligencia a Martinsburg. Si la señora Blake se encontraba con algún conocido por la calle o en la diligencia, a nadie le extrañaría que se encontrara de viaje hacia Martinsburg atendida por la criada de su madre.

Nancy debía dirigirse a la casa de la señora Blake hacia medianoche. Cuando todo estuvo en calma en la Casa del Molino, se levantó de su jergón, se vistió a oscuras y se escabulló por la puerta trasera con los zapatos y las medias en una mano y, en la otra, una vieja funda de almohada rellena con ropa para cambiarse y sus escasas pertenencias.

Cuando llegó al amarradero, se sentó detrás de él y se calzó los zapatos. La luna estaba en su fase oscura y no sería fácil distinguir una silueta que cruzase el prado. Pero si se encontraba con alguien, el hecho de que portase su chal de invierno y un sombrero levantaría sospechas. Para viajar como la doncella de la señora Blake, debía ir vestida para la ciudad. Su sombrero era un viejo turbante negro de la señora Colbert. Till le cosió una pluma roja cuando Nancy acompañó a su ama a Winchester en Pascua.

La señora Blake estaba sentada en el umbral de su puerta, esperando, y su casa estaba a oscuras. Exhaló un suspiro de alivio cuando vio una figura salir del prado y cruzar la carretera. Fue a recibir a Nancy a la verja, la llevó hasta la sala, bajó las persianas, y prendió una vela.

—Bien, Nancy, aquí tienes mi vieja bolsa de tejido de alfombra. Voy a dártela para que te la quedes, y puedes guardar en ella lo que sea que lleves en ese hatillo. A partir de ahora debemos ir bien arregladas, como si fuésemos de visita. Me alegro de que lleves una pluma en el sombrero. Te sienta muy bien, y el sombrero ya era bueno cuando Madre lo compró. Veo que traes contigo una de las viejas faltriqueras de redecilla. Vendrá muy bien para llevar las cartas que he escrito para que se las enseñes a los cuáqueros, y quizá también a la gente del ferrocarril, diciéndoles que eres una muchacha digna y que cuentas con todo mi apoyo. Pero cuando te dé tu dinero en Martinsburg, debes guardarlo dentro de las medias. Llévalo siempre encima.

—¡Oh, señorita Blake, la redecilla no es mía! La señorita Sapphy me la dio ayer, junto con tres pares de sus mejores medias de seda para que las zurciese. De verdad que era mi intención zurcirlas hoy, pero es que no he podido ponerme a ello. He

estado todo el día con la cabeza como en las nubes. Las zurciré tan pronto como llegue allí, y las enviaré de vuelta con la diligencia o como sea. —Nancy preparaba la bolsa nerviosamente mientras hablaba.

La señora Blake levantó la vista y luego pasó rápidamente a la cocina para serenarse. Pensó en cuán vago era, incluso para ella, ese «allí» del que hablaba Nancy. *Allí* era Canadá, ¿no? Ni siquiera la propia señora Blake había estado nunca más allá de Baltimore. Siempre había pensado en Boston como una ciudad situada muy, muy al norte. ¡Y Nancy hablaba de enviar cosas de vuelta por diligencia! Por un momento sintió que todo su valor se le caía a los pies.

Cuando regresó a la sala, se puso a estirar los tapetes de las sillas, hablando por encima del hombro con tono despreocupado.

—Será mejor que dejes aquí tu labor. Yo me encargaré de zurcirlas con cuidado y de enviarlas a casa. Las cosas suelen extraviarse si se envían por diligencia. ¡Escucha! Ese tiene que ser el señor Whitford. Ha detenido los caballos delante de la cancela. Voy a vestirme.

Escasos minutos después, la señora Blake salía por la puerta de su casa con su mejor vestido de los domingos, guantes negros incluidos, seguida de Nancy, que iba cargada con la bolsa de viaje. El señor Whitford las ayudó a montar en la parte trasera del carromato y luego desató los caballos. Al poco, el tiro atravesaba chapoteando las aguas de Back Creek. La señora Blake experimentó un instante de aprensión y miró a Nancy. Pero la muchacha parecía exhausta y apagada por las emociones del día. Llevaba la cabeza reclinada sobre las rodillas como si dormitara. Solo cuando pasaron por la casa del viejo Elliot, y un salto sobre una piedra de arenisca balanceó su silla hacia un lado, despertó.

En los márgenes de la carretera, todas las casas estaban a oscuras. Las primeras ventanas iluminadas que se encontraron fueron las de la infame taberna que había en las proximidades de Hoag Creek, un lugar en el que se juntaban viles hombres: destiladores ilegales y ladrones de ovejas y púgiles que portaban nudilleras de bronce en las peleas, bebían whisky barato, jugaban a los dados y contaban sucias historias sobre gente decente hasta el amanecer. El sonido de los cascos de los caballos sobre la carretera a una hora tan tardía sacó a los jaraneros al camino. Iban tambaleándose y dando alaridos.

—¡Alto ahí, forastero, llévanos al otro lado de la Brecha! ¿Quién eres? ¡Un maldito funcionario del Gobierno! ¡Adentro con él, compañeros, que le salga por las orejas! Viene buscando destiladores ilegales y, mira por dónde, los ha encontrado.

—¡Le daremos aguardiente para dar y tomar!

Bill Hooker, que solo tenía un ojo y se pavoneaba de no haberse cortado jamás el pelo, agarró los caballos por el bocado, pero le cocearon, y cayó de bruces sobre la carretera.

—¡Sacadlo de ahí! —gritó Whitford—. ¡Y volved al lugar del que habéis salido! Soy Whitford, de Back Creek, y transporto un ataúd a su morada.

Los pendencieros dejaron escapar un grito ahogado o dos, y retrocedieron dando tumbos hacia la taberna.

—Espero que no se haya asustado, señora Blake —dijo Whitford—. Es curioso. Esos tipos asesinan sin pestañear, pero ven un cadáver y salen corriendo.

En Martinsburg, el señor Taverner, el primo del señor Fairhead, fue a recibir a la diligencia y condujo a la señora Blake y a su acompañante hasta su casa, donde su mujer las hizo sentirse muy a gusto.

Al caer la noche llevó en su calesín a las dos mujeres hasta la balsa. Ya había avisado al balsero de que esa noche cruzarían el río dos amigas, así que el balsero no hizo preguntas. Dijo «Buenas noches, señora» a la señora Blake, y le tendió la mano para ayudarla a subir a la embarcación. Nancy la siguió. Nunca antes había subido a una barca; nunca antes visto un río más ancho que Back Creek.

El Potomac discurría por allí con fuerza, saltando sobre escollos y rocas con un rugido parecido al de una catarata. Hacía frío río adentro, y las revueltas aguas lanzaban una fina lluvia de gotas en suspensión. El chal de invierno de Nancy no era lo bastante grueso para mantener el frío a raya. La señora Blake podía sentir cómo tiritaba a su lado en el estrecho banco. La balsa oscilaba y cabeceaba prendida de su cable a pesar de los esfuerzos del barquero, que trataba de enderezarla con los remos. En un momento dado, la señora Blake llegó a creer que se habían soltado. Cuando alcanzaron aguas menos profundas, el balsero amarró la balsa y ayudó a las dos mujeres a trepar por las rocas hasta llegar a tierra firme. Gritó «¡Hola!», pero no obtuvo respuesta.

—Tenemos aquí una pequeña caseta, donde aguardan los pasajeros. Esa gente suya a veces llega tarde. Será mejor que entren y se sienten en el banco hasta que aparezcan sus amigos. No se asusten, yo estaré por aquí. El señor Taverner me ha dicho que uno de los pasajeros tenía que regresar. Estaré por aquí para cuando me necesiten.

La señora Blake y Nancy se sentaron muy juntas en la húmeda caseta, que olía a humo de tabaco y a madera podrida. Un grillo chirriaba con estridencia en el interior, y afuera prevalecía el perpetuo y agitado rugido del río: un sonido hermoso cuando no se está asustado, pero Nancy lo estaba. Y la señora Blake se sentía decepcionada. Hasta el momento, el viaje había sido rápido y agradable, pero este parón resultaba un tanto inquietante. Podía sentir cómo el valor iba abandonando poco a poco a la muchacha que tenía a su lado. Quizá no estuviese de más decir algo. Cualquier cosa práctica que distrajese a Nancy de sus pensamientos. Le pidió que se palpase las piernas para comprobar si llevaba las ligas bien atadas, y si el dinero seguía a salvo en el interior de sus medias. Al instante supo que su comentario había sido un error. La muchacha languideció de cabeza a los pies.

—¡Oh, señorita Blake, por favor señora, lléveme a casa! No puedo irme a vivir entre extraños. Todo esto es demasiado duro. Déjeme volver e intentar hacer mejor las cosas. No me importa que la señora Sapphy me regañe. Vaya, ella me crio, y

ahora está enferma y sufre. Solo tiene que mirar sus pobres pies. Tendría que haber aguantado más. Señorita Blake, por favor, señora, quiero volver a mi casa, al molino y a mi gente.

—Vamos, no digas tonterías. ¿Qué me dices de Martin?

—Puedo evitarle, señorita Blake. No va a estar allí para siempre. ¡No puedo soportar no tener un hogar!

—Has sido una muchacha muy valiente hasta el momento, y no debes fallarme ahora. He corrido un gran riesgo trayéndote hasta aquí. Si regresáramos, Madre jamás te perdonaría, ni a ti ni a mí. Sería peor que antes. Estos cuáqueros te tratarán bien, y tú estarás feliz y volverás a sentirte tan contenta como antes. Si no eres feliz cuando llegues al final de tu viaje, hallaré la forma de hacerte volver. No te des por vencida después de todo lo que el señor Fairhead y el señor Whitford han hecho por ti. Recuerda que estabas dispuesta a tirarte a la represa del molino.

—Sí, señora —suspiró la muchacha.

Pero la señora Blake dudaba que la hubiese estado escuchando. La muchacha era incapaz de asimilar nada. Tenía la mente paralizada de añoranza y de miedo. Después de aquello, permanecieron sentadas en silencio.

El enervante suspense no se prolongó demasiado. Por encima del rugido del río, la señora Blake creyó oír un traqueteo de ruedas y un retumbar de cascos sobre una carretera pedregosa.

—Escucha, creo que ya llegan. ¡Escucha! —Salió corriendo de la caseta, tirando de Nancy tras ella.

Una vieja calesa emergió del oscuro bosque, y el cochero se apeó. Era un hombre de color, eso lo supo al instante por su voz. Un predicador negro, como probó ser, y un hombre libre. Al saludar a la señora Blake, se quitó un viejo sombrero de piel de castor que portaba como distintivo de su vocación.

—¿Señora Blake? Siento haberla hecho esperar, señora. He tenido algunos problemas por el camino. La carretera que sale de Williamsport es muy mala y ha llovido mucho últimamente. Sus amigos me enviaron con la calesa porque el reverendo Fairhead les escribió contándoles que la muchacha es joven y se asusta con facilidad. Yo soy pastor evangelista. Todos me conocen en la zona, y pensaron que no se sentiría tan rara conmigo.

—Me alegro de que haya venido, Tío. La chica se ha dejado llevar un poco por la tristeza. Hasta ahora, nunca había estado tan lejos de casa, y teme a los extraños.

El alto hombre negro se volvió hacia Nancy y apoyó una mano sobre su hombro.

—La gente con la que vas no son extraños, cielo. Se hacen llamar amigos<sup>[8]</sup>, y son amigos de todo el pueblo de Dios. Te tratarán como si ellos mismos te hubiesen criado desde niña, y en tu camino irás pasando de una familia amable a otra. Recibieron una carta del reverendo Fairhead en la que les hablaba de ti, y ya te consideran una más de la familia. Ahora debemos ponernos en camino, niña. Conviene que mañana crucemos a Pensilvania lo más pronto posible.

Su voz tenía algo de solemne y reconfortante a la vez, como la voz de una profecía. Cuando le tendió a Nancy su mano, ella trepó a la calesa. Él colocó la bolsa de viaje en el interior. Luego se volvió hacia la señora Blake con el sombrero todavía pegado al pecho.

—Y usted, señora, tenga por seguro que el Señor la bendecirá, pues Él mismo dijo: «Bienaventurados los misericordiosos».

Desató el tiro y aguardó un momento, pero Nancy no pronunció palabra alguna, ni para él ni para la señora Blake. Había permanecido muda mientras el anciano le hablaba, como si estuviera drogada. Y es cierto que lo estaba: por la más amarga de las drogas. El predicador arreó a los caballos chasqueando la lengua al comprobar que la muchacha no tenía ninguna frase de despedida que decir. Pero, al partir, la señora Blake elevó la voz hacia ella.

—¡Adios, Nancy! ¡Nos volveremos a ver!

El hijo más pequeño de la señora Bywaters entró un día en el patio de la señora Blake portando una carta. Ella estaba sentada en la sala junto a una ventana abierta, cosiendo. El niño se retiró la gorra y se acercó a hablar con ella a través de la ventana.

—Buen día tenga usted, señora Blake. Le traigo una carta. Madre dice que debieron de echarla ayer al buzón cuando ya era de noche porque no la ha visto hasta esta mañana, cuando estaba matasellando el correo para la diligencia. Ha pensado que quizá fuera importante, así que me ha pedido que se la trajera.

—Gracias, Jonathan. Es muy considerado de su parte.

Después de que Jonathan se hubo ido, la señora Blake se quedó sentada mirando el sobre que le había traído. La dirección estaba escrita con la aseada caligrafía de su madre. No había tenido noticias de la Granja del Molino desde su regreso de Winchester en la diligencia tres días antes, salvo de boca de Bluebell. Aquella negra mentecata (qué duda cabe que enviada por Lizzie) había cruzado el prado después de caer el sol y, sin malicia alguna, le había preguntado si había visto a Nancy últimamente. En casa nadie sabía nada de ella y empezaban a estar muy preocupados. Taylor pensaba que debían dragar la represa del molino, pero Trudy había dicho que quizá estuviera en la casa de la señorita Blake o en algún otro sitio del que la señorita Blake tuviese noticia.

No. La señora Blake no sabía nada del paradero de Nancy, y Bluebell haría bien en volver corriendo a casa ya que la señora Blake pensaba acudir a una jornada de oración en la iglesia.

—Sí, señora. Ya me voy. En casa no sabemos nada porque la señorita Sapphy no ha vuelto a pronunciar el nombre de Nancy desde que encontramos su jergón vacío una mañana. Y Till tampoco ha vuelto a mentar su nombre. Cuando Ma le preguntó que dónde estaba Nancy, le dijo que se metiera en sus asuntos. Pero creemos que Till lo debió de hablar con la Señorita porque desde el mismísimo primer día Till se ha estado ocupando de limpiar el cuarto del Amo y el del señor Martin. No parece que Till eche mucho de menos a su niña. Anoche, cuando Taylor le preguntó si debía dragar la represa del molino, ella le dijo que hiciera lo que le diese la gana y que la dejara en paz.

La señora Blake se caló la capota con decisión y apuntó con el dedo en dirección a la puerta de la cocina. Cuando Bluebell hubo salido, cerró la puerta tras ella y pasó el cerrojo. Hasta ahí todas las noticias que había recibido de la gente de la granja.

La carta que Jonathan le había traído era algo definitivo, sin duda, porque llevaba sello y le llegaba a través de la estafeta. La gente de Back Creek no se servía del servicio postal para enviarles cartas a sus vecinos. Si había que enviar una nota

carretera arriba o carretera abajo, esta ni siquiera se introducía en un sobre. Se plegaba, se doblaba por una esquina y se entregaba a alguno de los niños que hubiera por allí para que se la llevase al destinatario. Emplear un sello gubernamental se consideraba una extravagancia. Finalmente, la señora Blake abrió la carta y leyó.

Se ruega encarecidamente a la señora Blake que no vuelva a visitar la Casa del Molino.  
Sapphira Dodderidge Colbert

Bueno, era lo mejor, admitió la señora Blake mientras plegaba el papel. Su madre afrontaría esta situación con dignidad, igual que lo había hecho con otros infortunios previos. No pondría a los cazadores de esclavos a la zaga de Nancy. No haría preguntas. Sabía, cómo no, que la muchacha nunca habría podido fugarse sin ayuda, y con esta carta le decía que sabía perfectamente quién había ideado la fuga. Era probable que los negros de los Colbert supieran que la casa de la señora Blake había permanecido cerrada dos días, y que Mary y Betty se habían hospedado con la señora Bywaters mientras su madre estaba fuera. Lo que más la apenaba era el daño que esto infligiría en el orgullo de su madre. La desaparición de Nancy se convertiría en el tema central de los chascarrillos del vecindario. Cada vez que la señora Colbert saliera con su coche se toparía con rostros inquisitivos. Las murmuraciones y las conjeturas entre sus propios criados la mortificarían. La señora Blake sabía hasta qué punto detestaba su madre que nadie se extralimitara con ella o la burlase, y le apenaba haber precipitado una humillación más sobre quien tanto había perdido ya: su actividad a caballo y a pie, su fina figura y su sonrosada tez.

La señora Colbert podía soportar la merma de sus bienes sin demasiados problemas. «Tanaceto» Dave representaba claramente un menoscabo de su propiedad, y ella nunca se había quejado ni intentado castigarle. No obstante, si el muchacho se hubiese fugado e instalado en Baltimore, entonces habría sido muy probable que su Ama hubiese ordenado su captura y su regreso.

Una muchacha como Nancy, refinada y muy bonita, habilidosa con la aguja y en las tareas del hogar, bien podía generar mil dólares, quizá más. Pero la señora Blake creía, y en ello hacía justicia a su madre, que la pérdida de ese dinero no era lo que hería sus sentimientos. Desdobló la carta una vez más y, mientras la miraba, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Uno no sabe bien siempre qué debe hacer —murmuró para sí—. Detesto mortificarla. Quizá debería haber recapacitado en lo mucho que sufre y en sus pobres pies, como me dijo Nancy esa noche en la oscura caseta junto a aquel río tumultuoso. Quizá debería haber recapacitado y aguardado.

La señora Blake estuvo muy ocupada el mes de agosto cosiendo para que sus niñas lo tuvieran todo listo para la escuela. No vio a nadie de la Casa del Molino salvo a su padre, que la acompañaba caminando hasta su casa desde la iglesia todos los



domingos. El nombre de Nancy nunca se mencionó entre ellos.

Un domingo por la mañana, la gorda Lizzie cogió a la señora Blake a la puerta de la iglesia y la abordó.

—¿Cómo está, señorita Blake? Quizá sepa usted cuándo volverá Nancy a casa, ¿sí? Ayer mismo se lo pregunté a la señorita Sapphy y me dijo que suponía que Nancy volvería de Chestnut Hill cuando se la hiciese llamar. Pero mire por dónde que Tap se topó con un negro de Chestnut Hill en Winchester y este le dijo a Tap que ellos no han visto a Nancy por allí. Empiezo a creer que Taylor tenía razón y que la chica se tiró a la represa del molino. Dice que es mentira eso de que salen a la superficie en cuatro días. Es fácil que se haya quedado enganchada en una raíz grande y que siga todavía ahí abajo.

Para entonces, una docena de personas ávidas de noticias se había congregado a su alrededor, y la señora Blake lanzó a Lizzie una mirada furibunda.

—Aquí llega tu amo. Será mejor que le preguntes a él.

Lizzie se dio la vuelta y vio al molinero que subía por el sendero. Con un «¡Santo cielo!» se apresuró a entrar en la iglesia y subió las estrechas escaleras de la galería tan rápido como a una mujer de su constitución le era posible.

Tras las primeras heladas de octubre, cuando todo el mundo salía a los bosques a recoger castañas y nueces, la señora Blake y sus dos pequeñas se toparon por casualidad con un grupo de recolectores de nueces de la Casa del Molino. Till estaba entre ellos. Saludó a la señora Blake con una calidez desconocida en ella y la llamó por su nombre de pila.

—Es un verdadero placer verla de nuevo, señorita Rachel. Me alegra verla tan bien y tan animada.

La señora Blake preguntó por la salud de su madre.

—Me preocupa mucho, señorita Rachel. El doctor Clavenger viene a verla desde Winchester todas las semanas. A veces le saca el agua y entonces ella está mejor. Ya no se levanta para el desayuno. Se queda en la cama todo el día hasta que yo la visto y la llevo a la sala para tomar el té.

Su conversación se vio interrumpida de repente por el sonido de unos gritos y de cierta rebatiña. Tap, el más ágil de los chicos del molino, había trepado a un alto castaño y estaba vareando las ramas con un palo. Los negritos lanzaban alaridos bajo la lluvia de castañas, y todas las mujeres se hincaron de rodillas y empezaron a rebuscar entre la hojarasca y a meter los frutos en sus bolsas y cestas. Till y la señora Blake se pusieron también a recoger castañas una al lado de la otra y, llegado un momento en el que estaban agachadas muy juntas, Till preguntó con un murmullo cauto y apenas audible: «¿No tiene noticias, señorita Rachel?».

—Todavía no. Cuando lo haga, te lo haré saber. La dejé en buenas manos, Till. Y no tengo la menor duda de que ya estará en Canadá, entre ingleses.

—Gracias, señora, señorita Rachel. No puedo hablar más. No quiero que esos negros me vean llorar. Si ella está allá arriba con los ingleses, entonces tendrá alguna

oportunidad.

Nadie en Back Creek recordaba un otoño tan agradable, con heladas antes del amanecer, calor estival a mediodía y noches frías. A lo largo de la mañana entera, la montaña permanecía sumida en una neblina azulada y, por la tarde, amplios abanicos de pesado y dorado sol calentaban su espalda y sus laderas. El color en las colinas, en los prados de más abajo y a lo largo de los arroyos nunca había sido tan intenso. Las lluvias fueron escasas en octubre, y los árboles conservaban sus hojas. Los grandes arcos del patio de la señora Blake parecían antorchas llameantes. Hojas de color escarlata descendían revoloteando suavemente hasta la verde hierba sin que las copas de por encima perdieran su frondosidad.

Al llegar noviembre, cambió el tiempo. Aparecieron las lluvias torrenciales. Apenas si había un día despejado. La tierra no tardó en empaparse, los prados se tornaron barrizales y todos los arroyos experimentaron crecidas. Las aguas de Back Creek inundaron sus orillas e invadieron amarillas y espumosas la carretera del molino. La estancia que ocupaba la escuela debajo de la iglesia baptista, excavada muy adentro en la ladera, se tornó muy húmeda. De la noche a la mañana, la escuela de David Fairhead cerró sus puertas. Casi la mitad de sus alumnos estaban en cama con gargantas ulceradas o difteria.

Raro era el invierno en el que no se producía una epidemia de difteria en Hayfield o Back Creek o Timber Ridge. Este año llegó antes de que empezara el invierno. El doctor Brush cabalgaba con sus alforjas el día entero de casa en casa, sin molestarse jamás en lavarse las manos en sus idas y venidas. Su tratamiento consistía en frotar la garganta con una mezcla de azufre y melaza, y en prohibir a sus pacientes la ingestión de alimentos y agua. Si hallaba «placas blancas», declaraba el caso como difteria y se privaba al paciente de comer o beber nada hasta que las placas desaparecieran. Pocos niños sobrevivían a este tratamiento.

Una noche ya tarde, la semana después de que el colegio cerrara sus puertas, el señor Whitford conducía su carromato cubierto por la carretera principal, transportando dos ataúdes a Timber Ridge. Al pasar junto a la casa de la señora Blake, reparó en que la puerta principal estaba abierta de par en par y en que se veía una luz titilar en una de las ventanas de la sala. Esta era una señal para que los transeúntes supieran que en el interior necesitaban ayuda. Mientras hacía que el tiro aminorase el paso, la señora Blake en persona salió corriendo a la carretera para detenerle.

—Tenemos problemas, señor Whitford. Tengo a las dos niñas enfermas y necesito que dé aviso a la estafeta. Sí, señor, están resfriadas desde ayer, pero esta noche, justo después de cenar, se han puesto muy malas. Quizá la señora Bywaters pueda bajar a echarme una mano. Y quizá pueda enviar a uno de sus chicos con usted en busca del

doctor. Es probable que esté por algún sito en las montañas. Yo no me atrevo a salir de casa, y no ha pasado ni un alma por la carretera antes que usted.

—Haré que venga alguien enseguida, señora Blake. No se preocupe, señora. —El señor Whitford arreó a sus caballos con el látigo.

En la estafeta se produjo un breve intercambio de pareceres entre la señora Bywaters y David Fairhead. La mayoría de la gente, aunque no todo el mundo, creía que la difteria se «pegaba». Evidentemente, no era conveniente que la jefa de estafeta, que debía permanecer en su puesto y recibir a gente durante todo el día, fuese allí donde había una enfermedad contagiosa. Fairhead dijo que iría él: Whitford podía llevarle hasta la casa de la señora Blake para, a continuación, subir hasta Timber Ridge, entregar sus ataúdes y seguir los pasos del doctor Brush hasta dar con él.

Cuando Fairhead llegó a casa de la señora Blake, la encontró en una de las habitaciones de la planta de arriba sosteniendo la palangana delante de Betty, que vomitaba. Después recostó a la criatura sobre su almohada, se levantó y dijo: «Oh, me alegro de que sea usted, David». Se volvió hacia él con una mirada extraña y oscura en los ojos que lo asustó. Él adoraba a aquellas niñas. Se quedó quieto y trató de pensar. La señora Blake tenía a las niñas en camisón, les había recogido el pelo en una trenza y las había metido en las dos camitas que ocupaban la habitación que compartían. Fairhead le dijo sentirse convencido de que no debían permanecer en la misma habitación.

—Hay una habitación de sobra al otro lado del pasillo, David. La cama está hecha. Puede llevarse a Mary y acostarla allí.

De madrugada, el señor Whitford les trajo recado de que el doctor Brush pasaría por allí al salir el sol, si la señora le tenía preparado un buen desayuno y café en abundancia. El doctor llegó, examinó la garganta de las niñas, halló sus «placas blancas» y se sentó en el comedor para dar buena cuenta de su desayuno. David Fairhead salió rumbo al molino al instante.

El molinero estaba plantado ante su diminuto espejo, afeitándose, cuando Fairhead lo llamó desde el otro lado de la ventana abierta.

—Señor Colbert, vengo de casa de la señora Blake. Las dos niñas están enfermas con un fuerte dolor de garganta. El doctor Brush está ahora allí. He pensado que quizá querría usted hablar con él antes de que se vaya.

El molinero soltó la navaja, echó mano del abrigo y partió con David a través de la pradera. Cuando regresó a casa, una hora después, se dirigió directamente a la alcoba de su esposa y se sentó a su lado.

—Sapphira, me han llamado a casa de Rachel. La epidemia ha golpeado su hogar. Las dos niñas están enfermas.

Ella se irguió sobre las almohadas y lo miró con ojos escrutadores.

—¿Quieres decir que es difteria?

—Eso es lo que dice Brush.

—¡Brush! ¡Vaya, ese hombre es un completo ignorante! Si fuera por él, bien podría tratarse de sarampión. ¿Has mandado a alguien a la ciudad para que avise a mi médico?

—No. Acabo de llegar de casa de Rachel. Pensé que sería mejor consultarlo antes contigo. Ha sido tan repentino que apenas he tenido tiempo de pararme a pensar en ello.

—¿Por qué no has mandado llamar a Clavenger? —Palpó bajo la almohada en busca de su campanilla y la sacudió vigorosamente. El anciano Washington acudió al instante.

—Washington, manda a alguien al molino y que avise a Tap. Que venga ahora mismo, cuanto antes. Y tú, Henry, debes enviar a Tap a Winchester en tu caballo. ¿A quién tiene Rachel allí que pueda ayudarla?

—David Fairhead salió de casa de la señora Bywaters en plena noche para acudir en su ayuda. Va a quedarse con ellas. Es mejor enfermera que cualquiera de las mujeres de por aquí.

Su esposa apenas si le prestaba atención.

—Aquí viene Tap. Dile que entre. Quiero hablar con él, y tú haz que ensillen a Victor.

Tap se acercó a la puerta de la alcoba que el Amo había dejado entreabierta, y habló en voz baja por la rendija.

—¿Me buscaba, señorita Sapphy?

—Sí, así es. Pasa.

El muchacho entró sosteniendo entre las manos un sombrero harapiento. Los negros jamás se movían por la casa sin alguna suerte de sombrero en la cabeza.

—Bien, Tap, escucha atentamente —empezó ella con gravedad. Tap se quedó muy tieso y abrió los ojos de par en par, dispuesto a recibir una reprimenda—. Te voy a enviar a la ciudad a buscar al doctor Clavenger. Tengo a mis dos nietas muy enfermas.

El muchacho negro la miró con los ojos desorbitados a la vez que dejaba caer los hombros.

—No dirá las niñitas de la señorita Blake, ¿verdad que no, señora? —preguntó con pesar.

—Sí, Mary y Betty tienen difteria, y debes ir y traer al doctor Clavenger lo más deprisa que puedas. Tú puedes cabalgar más rápido que el señor Henry y que Sampson porque pesas menos. Yo no puedo escribirle al doctor Clavenger, tengo la mano muy mal —la alzó—, así que tienes que explicarle al doctor que por aquí mueren niños todos los días y que no se lo perdonaré jamás si no acude a nosotros antes de que caiga la noche. ¿Entiendes lo grave que es esto, Tap?

Tap apretó aún más su arrugado sombrero contra el pecho.

—Puede confiar en mí, señorita Sapphy. Buscaré al doctor, lo traeré conmigo. Puede confiar en mí.

Su voz, de costumbre alegre, se había transformado en un sonido ronco y sombrío. Se escabulló de la habitación y escasos minutos después su ama lo vio alejarse a toda velocidad por el camino de acceso a lomos de Victor, el trotón veloz.

Para entonces ya había corrido la voz por toda la casa de por qué Tap se dirigía a la ciudad. Till se presentó ante la señora Colbert sin que la llamasen. Se plantó al pie de la cama con su corrección habitual y las manos ocultas debajo del delantal blanco.

—¿Hay algo que pueda hacer, señorita Sapphy?

—Sí, Till, sí que puedes. Quiero que vayas a casa de la señora Blake para ver cómo van las cosas. El señor Henry ya ha estado allí, pero los hombres no se fijan en los detalles. Y llévate a uno de los chicos para que cargue con un hato de sábanas y fundas de almohada limpias. Rachel no debe de tener demasiadas porque siempre está regalándolas. Mientras estás allí, fíjate bien en qué es lo que necesitan. No le preguntes a Rachel, entérate por ti misma. Y si no te da reparo, cuélate y échales un vistazo a las niñas, y dime luego qué aspecto tienen.

—Seguro que no me da reparo, señorita. ¿A quién le digo que la atienda si llama usted con la campanilla?

La señora Colbert dejó escapar una risita seca y triste.

—Bueno, solo te tengo a ti ahora, Till. Puedes decirle a Washington y a Trudy que se sienten afuera, en el pasillo.

Tap regresó de Winchester, pero vino solo. El doctor Clavenger había tenido que viajar a Berryville para realizar una intervención crítica que el médico local no se atrevía a acometer. La señora Clavenger, su esposa, le envió una carta a la señora Colbert en la que le prometía que tan pronto como su marido llegase a casa ensillaría un caballo que estuviera descansado y saldría hacia Back Creek. Pensaba, era más, estaba segura de que estaría allí a mediodía del día siguiente. Para el molinero y Fairhead, que lo aguardaban en la casa de la señora Blake, el día siguiente parecía muy lejano.

Era descorazonador ver sufrir a las pequeñas y escucharlas suplicar para que les diesen agua. Su abuelo no lo pudo soportar. Se fue a casa y, escarbando entre el serrín de la nevera de debajo de su molino, encontró algunos pedazos del hielo del año anterior. Estaba reblandecido e incluso algo picado, pero se lo llevó consigo y dejó que las niñas chupasen trocitos en la boca. No temía al doctor Brush, y tenía autoridad como cabeza de familia. El hielo las ayudó a soportar la larga tarde.

Fairhead insistió en quedarse junto a las pacientes esa noche. La señora Blake lo relevaría a las cuatro de la mañana. Ambos cenaron juntos en la cocina por la tarde temprano. Cuando la señora Blake subía la escalera trasera, elevó la voz para que el señor Fairhead la oyese.

—Le he preparado un caldo de pollo, David. Lo he puesto a enfriar encima de la mesa. Eche algunos palitos de nogal al fogón para mantener el fuego encendido, y podrá calentárselo en cualquier momento de la noche si le apetece tomar algo.

Fairhead salió al patio para llenar sus pulmones de aire frío. Las habitaciones de las personas enfermas se mantenían cerradas a cal y canto en aquellos días. La tarde azul se extinguía dando paso al ocaso, y sobre los pinos de la colina comenzaban a adivinarse tenuemente las estrellas plateadas. Fairhead estaba profundamente desanimado. Tenía la certeza de que el doctor Clavenger sabría qué había que hacer, pero quizá mañana fuese demasiado tarde.

Clavenger era todo lo que no era el pobre viejo Brush: un hombre inteligente consagrado a su profesión, además de todo un caballero. Ejercía en el condado de Frederick por accidente. Cuando trabajaba como miembro de la plantilla de un hospital de Baltimore, se enamoró de una muchacha de Winchester que se encontraba de visita en la ciudad. Después de comprobar que ella no accedería jamás a vivir en otro lugar que no fuese su ciudad natal, él renunció a la atractiva perspectiva de ejercer en la ciudad y se instaló en Winchester. Una decisión estúpida, pero así era Clavenger.

Mientras Fairhead paseaba de un extremo a otro del patio, mantenía los ojos fijos en las ventanas de la habitación de la señora Blake, situadas en la planta superior. Tan

pronto como se iluminara la luz de las velas allí arriba le habría llegado el turno de acudir junto a sus pacientes. Rodeó la casa, cogió algunos palitos de la pila de la leña, y estaba ya a punto de entrar en la cocina cuando a través de la ventana observó algo que lo dejó atónito. Una figura blanca emergió del hueco de las escaleras y atravesó como flotando la penumbra interior de la estancia. Era Mary, descalza y en camisón, que parecía caminar como sonámbula. Llegó hasta la mesa, se desplomó sobre una silla de madera y alzó el cuenco de caldo con las dos manos. (Debía de haberle llegado el aroma de la sopa caliente a su habitación; la puerta del hueco de las escaleras se había quedado abierta.) Bebió despacio, con los codos apoyados en la mesa. La lumbre despedía reflejos de luz titilante sobre ella y sobre las paredes y el techo encalados. Fairhead sabía que debía entrar y quitarle la sopa. Pero fue incapaz de moverse o de emitir sonido alguno. La escena que divisaba a través de la ventana tenía algo de solemne, igual que el acto de la eucaristía.

Después de que la niña se hubiera esfumado escaleras arriba, él permaneció allí afuera, contemplando la estancia vacía, elucubrando para sí. Recordó cómo en los sueños la cosa más trivial adquiere, a veces, un significado misterioso e inexplicable. Podría haber llegado a pensar que su visión había sido un sueño si no fuera porque, cuando por fin decidió entrar, encontró su cuenco de sopa vacío.

Fairhead subió las escaleras muy despacio y entró en la habitación de Betty. Después de limpiarle la garganta con un burdo artilugio llamado clavo de hilas, cogió el último trozo de hielo (que descansaba envuelto en un trapo sobre el alféizar de la ventana) y se lo colocó en la boca. Ella lo miró con gratitud e intentó sonreír. Él le susurró que no tardaría en volver. Cogió la vela y cruzó el pasillo hasta la habitación de Mary. No sabía lo que se encontraría allí. Escuchó el crujido de la puerta y luego un silencio de muerte. Tapando la luz de la vela con el cuenco de la mano, entró sin hacer ruido y se aproximó a la cama. Mary yacía de lado y dormía profundamente. La noche anterior no había dormido nada y la había pasado dando vueltas en la cama pidiendo agua. Su madre, que había permanecido junto a ella toda la noche, le había contado a Fairhead que la niña deliraba y que había tenido que sujetarla para que no se levantara. Fairhead se inclinó sobre ella. Sí, su aliento seguía despidiendo aquel olor nauseabundo, pero aun así no quiso despertarla para limpiarle la garganta. Regresó con Betty, a quien le gustaba que él le diese la vuelta a su almohada y permaneciese sentado junto a ella.

Mary durmió toda la noche. Cuando la señora Blake entró a las cuatro de la mañana y sostuvo la vela ante el rostro de la niña, supo que estaba mejor.

El doctor Clavenger detuvo su caballo junto al amarradero a eso del mediodía. Ya había desmontado y atado su montura antes de que Fairhead tuviese tiempo de cruzar el patio para recibirlo. El doctor tenía un aspecto tan fresco que nadie hubiese dicho que llevaba más de treinta horas sin dormir. Comentó que la cabalgada le había relajado y añadió: «El paisaje es precioso». Incluso se podía percibir un asomo de rubor en la tez morena de sus mejillas y, mientras saludaba a David con un apretón de



manos, le dedicó una mirada cálida y amistosa con aquellos ojos color avellana que, bajo ciertas luces, resultaban completamente verdes.

—Me alegra encontrarle aquí, David. Me será de gran ayuda, igual que cuando el doctor Sollers tuvo pleuresía. Y ahora, para empezar, ¿podría enviar a alguien al molino para que le pida al señor Colbert que me mande un caballo en condiciones y descansado? He pensado que podría llevar mi yegua a su establo y dejarla descansar allí durante la noche. Mañana volveré cabalgando a la ciudad con ella.

—Sí, señor. Till está en la cocina. Ella le dará el recado.

—Bien. —Cogió al joven del brazo y caminó lentamente hacia la casa. Cuando estuvo ante la puerta principal se detuvo, echó la vista atrás y se quedó mirando las laderas azules de North Mountain, que se erguían a su espalda—. ¡Qué hermosa se ve la línea de la montaña desde aquí! ¡Mucho mejor que desde el patio de la señora Colbert! —Con un dedo, perfiló en el aire el controrno de la larga cresta de la sierra. Luego, respiró hondo y pasó al interior.

Tras saludar a la señora Blake en el pasillo, pidió con mucha cortesía una jarra de agua fresca y dos vasos. El viaje, dijo, le había dado mucha sed. David dejó caer las alforjas que llevaba en la mano y corrió afuera, a la nevera, a buscar agua fría. El doctor Clavenger le dio las gracias y bebió con evidente satisfacción. Luego invitó a la señora Blake a subir las escaleras con un delicado gesto de la mano y la siguió portando consigo la jarra y los dos vasos, que ella supuso emplearía para suministrar algún medicamento. Sin embargo, lo primero que hizo fue incorporar a Mary con un brazo y llevarle a los labios un vaso lleno en una tercera parte. Ella tragó con ansia y sin dificultad. La recostó de nuevo, cruzó el pasillo e hizo lo mismo con Betty. Esta tosió y gorgoteó al beber.

—Eso está muy bien. Has tragado una buena parte. Por ahora será suficiente.

La señora Blake y Fairhead permanecieron a su lado mientras examinaba a sus pacientes, pero él apenas les hizo preguntas. Actuaba pausadamente y con soltura. Miraba a las niñas, sus gargantas incluso, casi como había mirado a la montaña: con compasión, con admiración casi, pensó David. Si la señora Blake intervenía para darle información acerca del desarrollo de la enfermedad, él alzaba la mano en un delicado gesto de rechazo. Habló con las niñas, no obstante, mientras las examinaba. Les hablaba con un tono tranquilizador, como si estuviese allí para hacerlas sentir más a gusto. Incluso cuando vieron venir los clavos de hilas, no sintieron temor alguno. Sus clavos era muy diferentes a los del doctor Brush, y él no empleaba azufre ni melaza. Estuvo con ellas durante casi dos horas y, cuando ya se marchaba, les lanzó un beso a la vez que se despedía diciendo: «Niñas, sed buenas hasta que vuelva mañana».

Una vez abajo, procedió a darles a la señora Blake y a Fairhead una serie de instrucciones claras y concisas.

—Deje las ventanas abiertas tal y como las he dejado yo, señora Blake —concluyó—. Hoy, por fin, hace mejor tiempo. Deje que entre el aire y el sol en las

habitaciones. No cogerán frío, pero si teme por ellas, écheles encima algunas mantas más. Y dígale a su padre que intente conseguir unos trocitos más de hielo para las niñas en esa cueva suya.

Fairhead acompañó al doctor hasta el amarradero, donde el caballo del molinero ya le esperaba dispuesto.

—Doctor Clavenger, ¿podría aguardar un momento? Hay algo que creo que debo contarle.

El doctor se sentó en el escalón inferior del amarradero, apoyó la espalda contra el segundo escalón y relajó el cuerpo en una postura reposada, como si tuviese la intención de pasar allí la tarde contemplando la montaña. Cuando David empezó a contarle lo que había visto en la cocina la noche anterior, el médico se dispuso a escucharle con mucha atención, adoptando aquella expresión meditabunda que se le asentaba justo detrás de los ojos, tan peculiarmente suya. Ni una sola vez lo interrumpió, pero cuando David concluyó diciendo: «y no puedo creer que no haya empeorado ni un ápice por ello», el doctor lo miró con una sonrisa socarrona.

—Aquí, en Back Creek, es mejor que esto quede entre nosotros. La criatura tenía hambre. Ese caldo caliente suyo satisfizo esa necesidad y le permitió dormir. Su organismo empezó a absorber lo que necesitaba. Es así de simple. Lo que me sorprende es que se quedara usted paralizado junto a la ventana y no se precipitase al interior y privase a la criatura de la oportunidad de beber.

El doctor se subió al amarradero (era un hombre de baja estatura) y pasó la pierna por encima de la montura.

Al día siguiente, avanzada ya la tarde, la señora Colbert estaba sentada en la sala junto al fuego, con la silla girada de tal modo que podía contemplar el paisaje que se extendía al otro lado de las ventanas del norte. Desde el verano había cambiado sus hábitos diurnos sin manifestarlo. Ahora ya no abandonaba la cama hasta la hora del té. Observaba el sendero del prado, aguardando con impaciencia el regreso de su marido. Estaba en la casa de Rachel desde esa mañana, y ella sabía que el doctor Clavenger había llegado poco después del mediodía. No podía entender por qué no le habían mandado a alguien con noticias de cómo se encontraban las niñas.

Cuando por fin divisó al molinero cruzando el prado, sacudió la cabeza y suspiró. Su lento caminar, el modo en que llevaba los hombros caídos, le revelaron que no traía buenas noticias. No levantó la vista ni dirigió la mirada hacia las ventanas al atravesar el patio. Le oyó abrir y cerrar la puerta principal, pero él no entró a verla de inmediato. Cuando por fin lo hizo, no habló. Se plantó junto a la silla de ella y se inclinó para calentarse las manos junto al fuego.

—Pobre Rachel —articuló por fin—, hemos perdido a la pequeña Betty.

—¡Oh, Henry! ¿No ha podido Clavenger hacer nada?

—Supongo que no. Ha sido tan repentino. Sucedió mientras él estaba allí. Yo

estaba en la habitación de Mary, y de pronto se presentó en la puerta, alzó un dedo y me lanzó una mirada penetrante. Salí con él, y al minuto ella se había ido. Se fue sin más, sin oponer resistencia, como quien se queda dormido. Al principio no nos lo podíamos creer.

—¿Y Mary?

—Ella está mejor. Clavenger dice que se pondrá bien. Debemos estar agradecidos. Pero Betty era la niña de mis ojos.

La señora Colbert extendió el brazo y cogió su mano.

—Lo sé, Henry. Lo sé. Pero son cosas que no están en nuestras manos. Uno será dejado y otro será tomado. No están en nuestras manos. —Permaneció en silencio un momento. De repente apretó los fríos dedos de él y prorrumpió con un resquicio de su obstinación de siempre—: Y, Henry, ¡Mary sacará *tanto más* de la vida!

—Más para ella, quizá —suspiró el molinero—. Pero dudo que ofrezca tanto consuelo a los demás. El espíritu dulce nos ha dejado.

—Siéntate, querido. Coge mi viejo escabel de ahí y ponte cómodo, junto al fuego. Tienes las manos heladas. Este es un momento en el que ambos debemos meditar.

Extendió el brazo para alcanzar el frasco rojo de debajo de la mesa del té y vertió el ron en su taza vacía. Él se lo bebió obedientemente. Ella sabía que estaba demasiado cansado para hablar, de modo que permanecieron sentados en silencio. Cuando Washington pasó para recoger la bandeja, ella se llevó un dedo a los labios y señaló hacia la jarra de agua caliente. Él comprendió que debía traer té recién hecho para el Amo. Lo trajo al poco rato y después salió sin emitir sonido alguno. La cena estaba lista, pero supo que no era momento de hacerlo saber.

Y, mientras tanto, el Ama pensaba, le daba vueltas a las cosas en su cabeza. No había visto a Rachel desde la desaparición de Nancy, hacía ya meses. Se preguntaba hasta dónde podía confiar en sí misma. Por fin, cuando creyó haber tomado una decisión, apoyó su mano sobre el hombro caído de su esposo.

—Henry, va a ser muy duro para Rachel y Mary seguir en esa casa ahora. Todo les traerá recuerdos. ¿Por qué no pedirles que vengan y pasen aquí el invierno? Me gustaría acogerlas, a mi coste. Ya no soy tan capaz como el año pasado. Rachel es muy orgullosa, pero si tú le dijeras que he empeorado y que deberíamos tener a alguien aquí, no dudo que vendrá. Mary me haría mucha compañía. Echo de menos a la niña cuando no la veo. Y si algo me ocurriera, la casa no quedaría abandonada y no te resultaría tan solitaria. Till es una buena ama de llaves, pero los demás negros no la obedecerían más de una semana si no tuviese a una mujer de la familia que la respaldase. La casa estaría manga por hombro en cuestión de días. Rachel y Till juntas podrían hacer que las cosas siguieran como deben.

Colbert sintió cómo un escalofrío le recorría el cuerpo. Sapphira no le había hablado nunca antes sobre la posibilidad de que algo pudiera ocurrirle ese invierno a ella. Y, aunque ahora lo mencionara de una forma tan casual, lo cierto era que aquello le atenazaba el corazón de terror. Sintió como si en un instante se agolparan en su ser

los profundos sentimientos que atesoraba hacia todas aquellas cosas a las que se había habituado y que daba por descontadas: su larga enfermedad, con todas sus incomodidades, y el intrépido valor con el que ella afrontaba lo inevitable. Extendió los brazos, la tomó de las manos y enterró el rostro en el cuenco de sus palmas. Ella notó cómo las lágrimas le humedecían la piel. Permaneció así acurrucado un largo rato, apoyado contra la silla de ella y con la cabeza sobre su rodilla.

Nunca había entendido del todo a su esposa, pero siempre se había sentido orgulloso de ella. De joven había sido valiente e independiente. Llevaba la cabeza bien alta y había hecho de esta Casa del Molino un lugar agradable al que la gente de la ciudad le gustaba acercarse. Después de envejecer y enfermar, nunca tiró la toalla. Ni siquiera lo hacía ahora, cuando sabía que el final no quedaba muy lejos. Había visto a hombres fuertes flaquear y lloriquear ante el advenimiento de la muerte. Él mismo la temía. Pero, mientras estaba allí, apoyado contra su silla y con el rostro oculto, supo cómo sucedería todo en el caso de ella: su esposa haría que su muerte resultara fácil para los demás porque la afrontaría con esa compostura que él en ocasiones había atribuido a la falta de corazón, pero que ahora identificaba como fortaleza. Mientras permaneciese consciente, sería dueña de la situación y de sí misma.

Tras este largo silencio, durante el cual le pareció que ella seguía el curso de sus pensamientos, levantó la cabeza sin dejar de apretar sus manos, y habló titubeante.

—Sí, esposa querida, que Rachel se quede con nosotros. Eres una mujer generosa por pensar en ello. Eres buena con muchísimas personas, Sapphy.

—¡No tan buena como Rachel con su cesta! —Ella rompió la solemnidad del momento con ligereza, pellizcándole la oreja.

—Hay distintas formas de ser bueno con la gente —porfió el molinero con terquedad, como si la idea se le acabase de ocurrir y no estuviese dispuesto a permitir que nadie le empujase a dejarla escapar—. A veces, poner a la gente en su sitio es una forma de ser bueno con ellos.

—Quizá. Todos lo haríamos mejor de disponer de nuestras vidas para vivirlas de nuevo. —Ella permaneció en silencio un instante, y luego añadió meditabunda—: Pero, bien mirado en su conjunto, hemos pasado años muy felices aquí, y los dos amamos este lugar. Ninguno de los dos estaría a gusto en ninguna otra parte.

Habían transcurrido veinticinco años desde que la señora Blake se llevara a la esclava de su madre al otro lado del Potomac. Y la Guerra Civil, que sobrevino muy poco después de que Nancy se fugase, ya había acabado hacía tiempo. Fue entonces cuando las gentes de Back Creek volvieron a ver a la muchacha amarilla.

En todos esos años, las tierras situadas entre Romney y Winchester no habían cambiado apenas. Allí seguían las mismas familias viviendo en sus mismas viejas propiedades. Como es lógico, en el molino de los Colbert vivían ahora otras personas, y también había varias casas nuevas de ladrillo con pretenciosos pórticos junto a la carretera de peaje que corría entre Winchester y Timber Ridge. Pero el puente de madera para transeúntes sobre Back Creek colgaba por encima de sus aguas justo como lo había hecho en la época de los Colbert: un curioso puente «colgante», sin pilares, tendido desde la lengua rama blanca de un enorme sicomoro que crecía en la orilla y se abatía sobre el arroyo. La señora Bywaters, aunque era ya una anciana, seguía siendo la jefa de estafeta. No la destituyeron durante el periodo de los *carpetbaggers*<sup>[9]</sup>, cuando se llevaron a cabo todos esos nombramientos gubernamentales más que cuestionables. Durante la guerra, cuando las tropas federales marchaban valle arriba y abajo, sus bien conocidas simpatías por los norteños les resultaron muy útiles a los soldados confederados. Cuando volvían a casa de permiso, siempre podían ocultarse de las partidas de búsqueda en su buhardilla, tan llena de recovecos. Su casa estaba siempre eximida de cualquier registro.

La guerra originó pocas enemistades entre los vecinos del lugar. Cuando en la batalla de Bull Run hirieron a Willie Gordon, un muchacho de Hayfield que se había unido a los rebeldes, fue el señor Cartmell, el padre de la señora Bywaters, quien salió a su rescate en su carreta, atravesó las líneas federalistas y lo trajo de regreso a casa. Mientras el muchacho yacía moribundo a causa de una pierna destrozada y gangrenada (el doctor Brush no se atrevió a amputarla, y el doctor Clavenger estaba muy lejos, al servicio de Lee), las gentes de Hayfield, fuesen cuales fuesen sus diferencias políticas, se relevaban a su lado, noche y día, y hacían por él lo único que aliviaba un poco su dolor: transportaban agua fría desde la nevera y, con una taza de latón, la vertían ininterrumpidamente sobre su pierna durante horas y horas sin fin.

El hijo del señor Whitford se alistó en el ejército del Norte, como solo podía esperarse de un hijo digno de su padre. Su vecino más próximo, el señor Jeffers, tenía un hijo en la caballería de Ashby. Los padres siguieron siendo amigos. Cultivaban sus tierras colindantes y conversaban juntos por encima de la cerca como siempre lo habían hecho. Ambos admiraban al joven Turner Ashby del condado de Fauquier, que estaba al mando de la línea confederada entre Berkeley Springs y Harpers Ferry.

La línea quedaba tan cerca de casa que las noticias de las hazañas de su excelente caballería llegaban a Back Creek de boca del cochero de la diligencia. La información sobre los eventos de la guerra en lugares más apartados tardaba en llegar. A veces llegaba mucho después del evento, pero Stonewall Jackson y Ashby, que operaban en el condado de Frederick, daban mucho que hablar a los vecinos.

Ashby cayó el segundo año de la guerra. Fue víctima de un disparo que le atravesó el corazón después de que mataran a su caballo mientras cabalgaba liderando una carga victoriosa cerca de Harrisonburg, el sexto día de junio. Incluso hoy, si se encuentra uno viajando por Winchester el seis de junio y se detiene a visitar el cementerio confederado, es probable que encuentre flores frescas en la tumba de Ashby. Fue todo lo que los virginianos de antaño admiraban: *Como Paris hermoso y como Héctor valiente*. Y murió joven. «De vida breve y gloriosa», solían decir los viejos virginianos.

Tras la rendición de Lee, los muchachos campesinos de Back Creek y Timber Ridge volvieron a sus granjas y se pusieron a trabajar para rescatar los abandonados campos. La tierra seguía allí, pero pocos caballos quedaban para trabajarla. El ir y venir de las tropas entre Romney y Winchester había dado buena cuenta del ganado. Hasta los gallos y las gallinas habían sido robados por los forajidos.

Los soldados rebeldes que regresaron estaban cansados, descorazonados, aunque no humillados ni amargados por el fracaso. La gente del campo aceptó la derrota de la Confederación con dignidad, igual que aceptaban la muerte cuando acometía a sus familias. La derrota no era nada nuevo para aquellos hombres. Para las gentes granjeras, casi todas las estaciones traían consigo la derrota en alguna de sus formas. Sus campos de maíz, plantados a mano y cultivados con la azada, se veían arrasados por el granizo o el trigo quemado por la sequía o estallaba el cólera entre los cerdos. La tierra tampoco era demasiado fértil, y los métodos de cultivo no eran demasiado buenos.

Los muchachos de Back Creek se alegraban de estar en casa de nuevo. Podían ver salir el sol sobre un monte conocido o ponerse detrás de otro. Ahora podían reparar el tejado del pajar allí donde tenía goteras, ayudar a la anciana con su jardín y mantener bien alta la pila de leña. Se fueron para luchar por su Estado natal, hicieron cuanto pudieron y ahora la guerra había llegado a su fin. Todavía vestían sus abrigo del ejército en invierno porque no tenían otros, y cultivaban los campos con cualesquiera que fueran los harapos que sobrevivían del uniforme. Los días de las reuniones confederadas y de las cenas de veteranos habían quedado muy atrás.

Cuando Nancy regresó después de tantos años, lo hizo a un mundo distinto, si bien el paisaje exterior apenas había cambiado. Los jóvenes de 1856 empezaban a encanecer, y los niños que acudían a la escuela del sótano de David Fairhead estaban ahora casados y tenían hijos propios.

Esta nueva generación era más alegre y despreocupada que la de sus antecesores, tal vez porque tenían menos tradiciones con las que cumplir. La guerra había dado al traste con muchas de las viejas distinciones. Las parejas jóvenes eran pobres y despilfarradoras y joviales. Les gustaba celebrar picnics y reuniones religiosas campestres en verano, paseos en trineo y bailes en invierno. Todo joven granjero con ambiciones poseía un elegante calesín y un faetón, pero estos se usaban para ir a la iglesia los domingos y para los viajes a Winchester y a Capon Springs. El caballo era todavía el medio de transporte habitual para moverse por el vecindario. Las mujeres hacían visitas de sociedad, acudían a la estafeta y al modisto a caballo. Una mujer hermosa (o una muchacha guapa) a lomos de un buen caballo ofrecía una bonita estampa en la carretera, con el ajustado traje de montar de falda larga, el sombrerito con la larga pluma. Los veteranos de caballería se levantaban sobre los estribos para saludarla mientras ella trotaba y pasaba de largo.

Era un luminoso y ventoso día de marzo. Todos los montes desnudos se alzaban todavía en su pálido color beis, y en lo alto, muy por encima de ellos, discurrían veloces y algodonosas nubes blancas como corderos sacados a pastar en primavera. Yo tenía algo más de cinco años y, en aquel día memorable, no me dejaban levantar de la cama porque tenía un resfriado. Estaba en la habitación de mi madre, en la tercera planta de un viejo caserón de ladrillo al que se accedía por un pórtico blanco con columnas aflautadas. Incorporada sobre unos grandes almohadones, podía ver cómo las nubes sesgaban el luminoso y frío cielo azul y lanzaban rápidas sombras sobre las empinadas laderas. Las tablillas de las persianas verdes de las ventanas repiqueteaban, el viento restañaba y sacudía con furia el lacio cordaje de los grandes sauces del patio. Era el último día que yo habría escogido para permanecer dentro de casa.

Me habían metido en la cama de mi madre para que, desde allí, pudiese divisar la carretera de peaje, por entonces una carretera de macadán con un revestimiento de caliza azul. Discurría muy cerca de nosotros, entre el pequeño arroyo que fluía al pie de nuestro amplio patio delantero y la base de las elevadas colinas que, desde bien temprano, nos tapaban el sol de invierno.

Resultó muy penosa la espera de la diligencia esa mañana. Por lo general, podíamos escuchar el traqueteo de las llantas de hierro de las ruedas y el chacolotear de los cuatro caballos herrados antes de que asomaran por la curva en la que el mojón de pedernal, con letras profundamente talladas, decía: ROMNEY - 35 MILLAS. Pero ese día soplaba un fuerte viento del oeste. Quizá no pudiésemos oír cómo llegaba la diligencia, le señaló la señora Blake a tía Till.

Y es que yo no estaba sola en la habitación. Había allí dos personas más que me hacían compañía. La señora Blake estaba sentada con las manos sobre el regazo. Por su aspecto, cualquiera habría dicho que estábamos en la iglesia. Tía Till se había situado a su lado. Era una enjuta anciana negra, aseada y menuda, encorvada de hombros pero con la espalda todavía bien recta a la altura de las caderas. Conversaban poco. Aguardaban y miraban, justo lo mismo que hacía yo. De tanto en tanto entraba mi madre, se acercaba con su enérgico y rápido caminar hasta la ventana, y echaba un vistazo afuera. Era joven y no tenía la paciencia de las otras dos ancianas.

—No te pongas nerviosa —me decía—. Puede que haya que esperar un buen rato hasta que llegue la diligencia.

Hasta mi padre aguardaba la diligencia. No había salido a cortar leña con los hombres. Los había enviado al bosque con Moses, el hijo del anciano Taylor de los Colbert, al mando. Padre estaba abajo, en su taller del sótano, debajo de los escalones



del pórtico, enredando con alguna cosa. Probablemente, estaría confeccionando unos zapatos de cuero amarillo para las patas delanteras de su perra pastora preferida: eran muchos los que gastaba en el desempeño de sus obligaciones, corriendo arriba y abajo por las pedregosas laderas.

La inquietud que se percibía en el interior de la casa era casi idéntica a la que se notaba en el viento y las nubes y los árboles de fuera. Y es que hoy volvía Nancy a casa desde Montreal, y se acercaría desde Winchester en la diligencia. Ya eran veinticinco años los que llevaba fuera.

Yo había oído hablar de Nancy desde que tenía memoria. Mi madre solía ponerme a dormir cantándome:

*Abajo junto al cañaveral, cerca del molino,  
Vivía una muchacha amarilla. Se llamaba Nancy Till.*

Nunca se me ocurrió pensar que aquella canción pudiera no hablar de nuestra Nancy. Yo sabía que había trabajado como ama de llaves durante mucho tiempo para una familia acaudalada, allí, en la lejana Canadá, donde Till decía que hacía tanto frío que si lanzabas el contenido de una taza de hojalata al aire, bajaba transformado en hielo. Nancy a veces escribía a su madre, y siempre le enviaba cincuenta dólares por Navidad.

De repente, mi madre entró a toda prisa en la habitación. Sin decir una sola palabra, me envolvió en una manta, me llevó en brazos hasta el diván curvado que había junto a la ventana y me recostó contra el alto reposacabezas para que pudiera mirar afuera. Allí llegaba la diligencia, con un baúl en lo alto y los dieciséis cascos doblando con brioso trote la curva en la que se encontraba el mojón.

La señora Blake y tía Till habían seguido a mi madre y ahora se encontraban de pie, a nuestra espalda. Vimos a mi padre bajar corriendo por el patio delantero. La diligencia se detuvo en el rústico puente que vadeaba nuestro pequeño arroyo. Las escalerillas de la parte posterior se desplegaron. Mi padre extendió una mano para ayudar a bajar a alguien. Una mujer con un abrigo negro largo y un turbante negro se apeó. Llevaba un maletín de mano. Su baúl proseguiría el camino hasta la cabaña de Till, en la vieja casa del molino. Cruzaron el puente y ascendieron por el paseo de ladrillo, entre los setos de boj. Luego me metieron de nuevo en la cama, y la señora Blake y Till volvieron a ocupar sus sillas. El escenario mismo del reencuentro se había dispuesto a mi conveniencia. Cuando me eché a llorar porque no me dejaban bajar para ver a Nancy entrar en la casa, tía Till me dijo: «No te apures, cielito. Tú quédate aquí y la verás al mismo tiempo que yo». La señora Blake se quedó con nosotras. Mi madre bajó para darle la bienvenida a Nancy.

Les oí hablar en las escaleras y en el pasillo. Las voces de mis padres, emocionadas y cordiales, y otra voz, suave y agradable, aunque no precisamente «calurosa» o eso me pareció a mí. Al menos, no lo bastante para la ocasión.

Till ya se había levantado. Cuando la extraña entró en la habitación detrás de mi madre, dio unos pasos inciertos hacia ella. Luego cayó con docilidad entre los brazos de una mujer alta de piel dorada que atrajo a la menuda anciana negra contra su pecho y la sostuvo contra sí, inclinando su rostro sobre la cabeza escasamente cubierta de lana gris. Ninguna de las dos articuló palabra. Fue como salido de las Escrituras aquel encuentro, como los dibujos de nuestra vieja Biblia.

Después de esos breves momentos de tierno silencio, la visitante dejó ir a tía Till con una suave caricia sobre sus hombros encorvados, y se volvió hacia la señora Blake. Unas lágrimas brillaban en las profundas hendiduras a ambos lados de la nariz de la señora Blake. «Bueno, Nancy, niña, has conseguido que estemos bien orgullosas de ti», dijo. Entonces vi, por primera vez, la preciosa sonrisa de Nancy. «Jamás olvido quién fue la persona que me llevó al otro lado del río aquella noche, señora Blake.»

Cuando Nancy dejó a un lado su largo abrigo negro, me percaté con asombro de que estaba forrado de piel gris, ¡de arriba abajo! No teníamos abrigos como aquel en Back Creek. Se retiró el turbante y se echó hacia atrás un mechón de su brillante pelo negro azulado. Llevaba un vestido de seda negra. Del cuello le colgaba una leontina de oro que descendía hasta el cinturón, donde llevaba el reloj inserto en un pequeño bolsillo.

—Ahora debemos sentarnos y hablar —dijo mi madre.

Era lo que se decía siempre a las visitas. Mientras hablaban, yo miraba y escuchaba. A mí siempre me habían descrito a Nancy como joven, de piel dorada y «grácil»: esa era la palabra que usaba mi padre.

«Abajo junto al cañaveral, cerca del molino, vivía una muchacha amarilla...» Esa era la imagen que siempre había tenido en mente. La extraña que vino a dar cuerpo a aquella imagen tenía cuarenta y cuatro años. Y, si bien ya no era grácil, sí que era otras cosas. Tenía, me daba la vaga sensación, presencia. Y su voz poseía encanto, si bien su forma de hablar era distinta a la que teníamos nosotros en Back Creek. Sus palabras se me antojaban demasiado precisas, asaz cortantes en su impecable nitidez. Mientras la señora Blake solía preguntarme si quería que me leyese de mi «libro d'istoria» (*Peter Parley's Universal*), Nancy articulaba la his-to-ria de Canadá. No me gustaba esta pronunciación. Hasta mi padre decía «'storia». ¿No era esa la forma más correcta y sencilla de decirlo? Nancy añadía a muchas palabras sílabas que yo jamás había oído pronunciar antes. Eso me desagradaba. No me parecía una forma amable de hablar.

En su forma de expresarse le veía un defecto. Pero me gustaba cómo se sentaba en la silla, el atisbo de deferencia en su voz cuando se dirigía a mi madre, y me gustaba verla moverse. Había un no se qué tan sereno y medido en sus movimientos... Lo noté cuando fue a recoger su bolso y lo abrió al pie de mi cama para enseñarnos las fotos de su marido y de sus tres hijos. Al referirse a su ama la llamaba Madame, y Coronel Kenwood a su amo. La familia estaba pasando la

primavera en Inglaterra y esa era la razón por la que Nancy había podido venir a casa y visitar a su madre. Podía quedarse seis semanas justas. Luego debía regresar a Montreal y preparar la casa para el regreso de la familia. Su marido era el jardinero de los Kenwood. Era mitad escocés, mitad indio.

Nancy se quedaría para el almuerzo. Luego caminaría hasta casa con su madre, para alojarse con ella en la vieja cabaña de su infancia. El «molinero nuevo», como todavía lo llamaban a pesar de que llevase ya al frente del molino diecisiete años, era un buen hombre del otro lado de Blue Ridge. Permitió que Till se quedase en su cabaña, detrás de la Casa del Molino, que cultivase su propia huerta y que incluso tuviera un cerdo o dos.

Cuando mi madre y mi padre y la señora Blake bajaron a almorzar, Nancy y Till se quedaron sentadas donde estaban, cogidas de la mano, y siguieron hablando como si yo no estuviese allí. Nancy le hablaba a su madre sobre su marido y sus hijos, le contaba que tenían una casita para ellos solos al extremo del parque, y que el trabajo se repartía entre los hombres y las doncellas.

Entonces, Till la interrumpió de pronto, mirándola a la cara con orgullo e idolatría.

—¡Nancy, cielo, hablas igualito que la señora Matchem, allá en Chestnut Hill! Me encanta oírte.

Finalmente las llamaron a la planta baja para que se sentaran al segundo servicio y almorzaran lo mismo que la familia, servidas por la misma criada (la Sally del negro Moses). Mi madre me dio un ponche de huevo para que me calmase, y bajó las persianas. Yo estaba agotada por la excitación y me quedé dormida.

Durante su estancia en Back Creek, Nancy venía a menudo con su madre a nuestra casa. Solía traer una pequeña bolsa de tela de alfombra con su labor y un delantal limpio, e insistía en ayudar a la señora Blake y a la Sally de Moses en las tareas domésticas en que estuviesen metidas en ese momento. Les rogaba que la dejaran tostar el café. «Su aroma me resulta más dulce que el de las rosas, señora Blake —decía riéndose—. Allá arriba, el café es muy malo así que he aprendido a beber té. Tan pronto como esté tostado, moleré un poco y prepararé una taza para todas, con su permiso.»

Nuestra cocina era casi tan grande como una sala moderna de música, y para mí era la estancia más agradable de toda la casa; la más interesante. La sala resultaba un poco estirada cuando no estaba llena de gente, pero aquí todo era acogedor. Aparte de la cocina económica de ocho fogones, había un enorme hogar con un soporte en forma de aguilón para colgar las ollas sobre la lumbre. En las noches de invierno, se mantenía viva la rugiente hoguera, después de que el fuego de los fogones se hubiera extinguido. Todos los criados de la casa y del exterior se sentaban en torno al hogar de la cocina y comían nueces y contaban historias hasta que se iban a acostar.

Teníamos tres mesas de cocina: una para amasar el pan, otra para preparar pasteles y repostería, y una tercera con el tablero de zinc para descuartizar aves de corral y conejos y para rellenar pavos. Las altas alacenas almacenaban azúcar y especias y comestibles. Nuestras carretas de la granja traían provisiones desde Winchester en grandes cantidades. Tras las puertas de una rinconera muy especial se apilaban todos los botes de conservas de frutas en licor, y los frascos de cristal de jengibre y monda de naranja en whisky. La verdura enlatada y las frutas en conserva que no llevaban alcohol se guardaban en una despensa muy fría. De hecho, ¡la atravesaba un arroyo!

Till y Nancy solían venir a almorzar y después de lavar los platos se sentaban con la señora Blake en las mecedoras de madera junto a la ventana del oeste, por donde el sol entraba a raudales. Sacaban la labor de costura o de tejer del maletín de tela de alfombra y charlaban sobre los viejos tiempos, mientras el bizcocho de mantequilla o el pastel de vainilla y chocolate de turno se cocía a fuego lento en el horno. A mi me dejaban sentarme con ellas y coser *patchwork*. A veces su conversación era desconcertante, pero aprendí enseguida que era mejor no interrumpir nunca con preguntas: parecía romper el embrujo. Nancy quería saber qué había ocurrido durante la guerra, y qué había sido de todo el mundo; y también yo.

Mientras estaba allí sentada tejiendo lazadas con la punta de su ganchillo, decía: «¿Y qué se hizo de Lizzie y de Bluebell después de morir la señorita Sapphy?».

Entonces Till intervenía: «Pero bueno, ¿no te he contado que el señor Henry las liberó junto a todos los negros justo después de que la Señorita muriera? Pero antes de la guerra era muy difícil deshacerse de los negros liberados. ¡Y que me aspen si no le costó Dios y ayuda deshacerse de las dos! Incluso después de conseguirle a Lizzie un buen puesto en el hotel Taylor House de Winchester, ellas siguieron inventándose excusas para quedarse. No había quien las sacase de la cocina. Al final tuvo que llevarlas él en coche a la ciudad e instalarlas en persona en el hotel, y les dijo por última vez que ya no las necesitarían nunca más en el molino. Ya sabes que a él nunca le gustaron esas dos negras. Se tomó muchísimas molestias para conseguir a su gente buenos trabajos. ¿Te acuerdas de Sampson, cielo?».

«Pues claro que me acuerdo, Madre. Era el más formal de todos los peones del Amo.» Llegado este momento, lo más seguro era que Till se hubiese puesto de pie de un brinco diciendo: «Antes de ponerme con Sampson, voy a darle la vuelta al pan, señora Blake. Por el olor yo diría que ya está casi listo».

Una vez cambiados de posición todos los moldes, Till se sentaba y proseguía.

«Te diré, el señor Henry le consiguió a Sampson un fabuloso puesto allá arriba, en Pensilvania, en una nueva clase de molino que llaman molino de rodillos. Le ha ido bien a Sampson, y sus hijos han salido buenos, eso dicen. Al poco de terminar la guerra, Sampson volvió con la única intención de visitar la vieja hacienda. El molinero nuevo lo trató pero que muy bien, y dejó que durmiera en el antiguo cuarto del Amo en el molino. Él ya no duerme ahí, lo usa solo como oficina, para recibir a la

gente y eso. Mientras estuvo aquí, Sampson venía a verme a la cabaña todos los días para comer mi pan de trigo. “No te molestes en prepararme comidas especiales, Till —me decía—. Tú pon verdura y un poco de tocino y pan de trigo del tuyo en cantidad. No he vuelto a tomar pan de verdad desde que me fui.” Me dijo que en el molino ese tan grande donde trabaja, la molienda se hace por vapor, y que las máquinas funcionan muy rápido y se calientan un montón y quemán todo el sabor de la harina. “El único pan auténtico es el que se hace con harina molida con la fuerza del agua”, me dijo.»

«Y Tap, ¿qué fue de él, señora Blake?»

Entonces seguiría una triste historia. Yo la conocía bien. En muchas ocasiones había oído hablar de Tap, el alegre chico del molino con ojos brillantes y dientes relucientes, que tanto les gustaba a todos. «El pobre Tap», le llamaban ahora. La gente decía que no había sido capaz de soportar su libertad. Se fue a la ciudad (por «ciudad» se entendía siempre Winchester), donde cada día era como un día de circo para un muchacho criado en el campo, y se empleó en varios trabajos hasta que acabó la guerra. Al principio de la Reconstrucción<sup>[10]</sup>, un alemán de baja estofa procedente de Pensilvania abrió un salón con sala de billares en Winchester, un antro donde se permitía jugar a los negros, y donde se jugaba con apuestas. Una noche en la que Tap había bebido demasiado, golpeó a otro negro en la cabeza con un taco de billar y lo mató. Los granjeros de Back Creek que recordaban a Tap de niño acudieron al juicio para testificar sobre su buen carácter. Pero lo colgaron de todas formas. La señora Blake y Till siempre decían que fue un jurado yanqui el que lo colgó; que un jurado sudista habría sabido que en Tap no había ninguna maldad.

En una ocasión, Nancy miró a la señora Blake con una sonrisa y le preguntó por Martin Colbert. Yo nunca había oído hablar de él. La señora Blake le echó una mirada que significaba que aquel era un tema prohibido. «Lo mataron en la guerra —dijo con brevedad—. Llegó a capitán de caballería, y los Colbert lo honraron por todo lo alto después de morir. Hasta le pusieron un monumento. Pero reconozco que el vecindario se sintió aliviado.»

Ante todo, Nancy quiso saber cómo habían sido los últimos días de sus antiguos amos. Esa historia casi podría habérsela contado yo, de tan a menudo que había oído hablar de ellos. Henry Colbert sobrevivió a su esposa cinco años. Fue testigo del estallido de la Guerra Civil, y estaba seguro de que sería testigo de su final. Pero halló la muerte en la temporada de la cosecha del heno de 1863, mientras trabajaba en los campos con los pocos negros que le suplicaron que les permitiera quedarse en la Granja del Molino después de que el molinero liberase a todos los esclavos de su esposa. El Amo estaba encima del carro, atrapando el heno que Taylor iba levantando hacia él con la horca. Dio un paso atrás demasiado pegado al borde del cargamento y cayó al suelo golpeándose en la cabeza con un saliente de roca. Estaba inconsciente cuando los peones cargaron con él hasta la casa, y murió a las pocas horas.

Cuando mis padres salían a dar un largo paseo a caballo, a veces me acercaban hasta la cabaña de Till, y luego me recogían a su regreso. Fue allí donde escuché las viejas historias y vi los recuerdos y tesoros de Till. Estaban guardados en un arcón de madera de pino con la tapa abatible. Tenía algunos de los libros del molinero, el lanudo chal verde que él usaba como sobretodo, algunas de las cofias y pañoletas de encaje de la señorita Sapphy, y algún que otro objeto delicado, como unas zapatillas de terciopelo con hebillas. Su mayor tesoro era un broche: estaba engastado en oro viejo, y debajo del cristal había un mechón de pelo negro del señor Henry y otro del pelo castaño de la señorita Sapphy, de cuando se casaron. El molinero en persona se lo había regalado, decía ella.

En verano, Till solía llevarme al otro lado del prado, hasta el cementerio de los Colbert, para depositar flores en las tumbas. Cada vez que me hablaba de la gente que estaba enterrada allí, no había ocasión en la que no recordara algo distinto; algo nuevo que no me había contado hasta entonces. Sus historias sobre el Amo y el Ama no eran jamás meras repeticiones, sino que iban convirtiéndose en un retrato más y más completo de aquellas dos personas. Adoraba hablar de los últimos días de la señora Colbert. De la reconciliación entre el Ama y la señora Blake durante aquel invierno, tras la muerte de Betty, cuando la señora Blake y Mary se alojaron en la Casa del Molino. El Ama sabía que ya no le quedaba mucho de vida. Los drenajes se habían tornado cada vez más frecuentes. El doctor Clavenger se acercaba ahora desde Winchester dos veces a la semana. Le dijo a Till que no sabía de nadie con aquella clase de hidropesía que hubiese vivido tanto como la señora Colbert. Dijo que era porque tenía el corazón como un roble. Pero que llegaría el día en que la presión del fluido sería demasiado alta, y entonces su corazón se pararía.

«Se pasaba en cama casi todo el día, aquel último invierno —recordaba Till—, y le gustaba estar sola, pero no se quejaba de nada. Cuando entraba en su alcoba por la mañana temprano, ella decía: “Buenos días, Till”, tan alegre como siempre. Nada más acabar el desayuno, le gustaba que la señorita Mary entrase para charlar con ella un rato. Después de eso, quería estar sola. Hacia las tres de la tarde, yo entraba para vestirla. Le costaba mucho, y aquella simple actividad hacía que perdiese el aliento, pero no se daba por vencida y nunca se enfadaba. Cuando ya la tenía vestida, el señor Henry y Sampson solían subir del molino para sentarla en la silla y conducirla hasta la sala. La señora Blake y Mary entraban entonces para tomar el té con ella, y el señor Henry se quedaba muchas veces a tomar una tacita. La Señorita siempre estaba de buen humor a la hora del té, y se diría que ella y la señora Blake se reconfortaban la una a la otra más que nunca hablando de los viejos tiempos y de su gente en el condado de Loudoun. Y la señorita Mary estaba prendada de su abuelita. Si alguna vez supo de pasadas desavenencias, lo había olvidado. Sabía tratar a la señorita Sapphy, y significó muchísimo tenerla en la casa aquel último invierno. Estaba tan llena de vida...»

Por la forma en que Till hablaba de la larga visita de la señora Blake, por las insinuaciones que dejaba caer inconscientemente, uno comprendía que siempre había existido cierto formalismo entre la señora Colbert y su hija; cierto grado de reserva por ambas partes. Después del té, durante la hora previa a la cena, el Ama prefería permanecer a solas en la sala. Hubo muchas nevadas ese invierno, hasta bien entrado el mes de marzo. A la señora Colbert le gustaba sentarse y contemplar cómo la luz de la tarde perdía intensidad sobre los campos blancos y las píceas del otro lado del arroyo. Cuando Till entraba con la luz, permitía que colocara solo cuatro velas, y estas debían disponerse sobre la mesa del té y de forma tal que las llamas del interior encontraran su reflejo en el exterior, en el cenador de lilas cubierto de nieve. Eran como velas que brillasen en una casita de muñecas, decía Till, y allí fuera estaba la mesa del té también, toda dispuesta como si se esperasen invitados. Cuando Till se asomaba a la puerta, hallaba al Ama contemplando esta pequeña escena exterior. Y a menudo sonreía. Till estaba convencida de que la señorita Sapphy veía espíritus allí afuera, espíritus de los jóvenes que solían venir de visita a Chestnut Hill.

El Ama murió allí, erguida en su silla. Cuando el molinero acudió a la hora de cenar y entró en la sala, se la encontró así. El fortísimo corazón había sido reducido por fin. Aunque su campanilla descansaba a su lado, no la hizo sonar. Debió de haber unos momentos de dolor o de lucha, pero prefirió estar sola. Till pensaba que era muy probable que la «gente elegante» estuviera esperándola fuera, en el cenador, y que se fue con ellos.

«Jamás debería haber venido a este sitio tan apartado —me decía Till a menudo—. No la educaron para esto. La señora Matchem, allí en la vieja casa, no superó nunca que la señorita Sapphy no comprase Chestnut Hill y viviese como una dama, en lugar de dejarse caer en el total abandono en manos de los Bushwell y venirse aquí, donde nadie era gran cosa.»

*En esta historia he tomado prestados apellidos del condado de Frederick para varios de los personajes, pero en ningún caso he empleado el nombre de una persona a la que yo conociese o viese. Mi padre y mi madre, cuando volvían a casa de Winchester o de Capon Springs, hablaban a menudo de conocidos a los que habían visto. Los nombres de esos desconocidos me producían una vívida fascinación, en tanto nombres solamente: el señor Haymaker, el señor Bywaters, el señor Householder, el señor Tidball, la señorita Snap... Por alguna razón, el nombre del señor Pertleball me resultaba particularmente encantador, si bien nunca vi al hombre que lo portaba, y hasta el día de hoy no sé siquiera cómo se escribe.*

Willa Cather



# Notas

[1] Se refiere al Libro de Oración Común de la Iglesia Anglicana. (Todas las notas son de la traductora.) <<

[2] Se refiere a la mansión de la histórica plantación que, a orillas del Potomac, en Virginia, tuvo George Washington, primer presidente de Estados Unidos. <<

[3] Personajes femeninos de *El viaje de Christiana*, segunda parte de la célebre novela de John Bunyan *El progreso del peregrino*. <<

[4] En el original, *racing counties*. Cather se refiere a los condados con una fuerte tradición de cría de caballos y carreras ecuestres, que en su época llegarían a identificarse como la esencia del vicio y de la corrupción. De ahí que Nancy confunda la inmoralidad de Martin con las costumbres y la cultura de su condado de procedencia. <<

[5] Tomo la traducción de la versión de *La guerra santa* editada por Libros Clie, Tarrasa (Barcelona), 1990. <<

[6] *Ibid.* <<

[7] El *underground railroad* fue una red clandestina que operó en Estados Unidos durante el siglo XIX para ayudar a los esclavos fugitivos de las plantaciones del Sur a huir a los estados libres del Norte y a Canadá. <<



[8] La Sociedad Religiosa de los Amigos es el nombre de la comunidad cuyos miembros son conocidos comúnmente con el nombre de cuáqueros, si bien ellos mismos se autodenominaron «amigos». <<

[9] Durante la posguerra, se dio este nombre a los oportunistas políticos del Norte que, cargados con sus *carpetbags* (maletines de tela de alfombra), viajaban al Sur para desbancar a los lugareños y ocupar sus puestos de trabajo en la administración. <<

[10] Periodo de 1865 a 1877 durante el cual se produjo la integración de los estados Sudistas en la Unión. <<